

**Metáfora, pensamiento y lenguaje**  
**(Una perspectiva viquiana de teorización**  
**sobre la metáfora como elemento**  
**de interconexión)**

**Marcel Danesi**

*Universidad de Toronto*

Presentación y traducción de José M. Sevilla

**Mínima del CIV**  
**2004**

**Presentación**, por J.M. Sevilla 5

**ENUNCIACIÓN** 9

**I. METÁFORA Y LENGUAJE** 11

[1] La facultad de hablar 13

[2] Teorías principales 16

[3] Teorías innatistas 18

[4] La metáfora 22

[5] La visión de Giambattista Vico 31

**II. METÁFORA Y PENSAMIENTO** 33

[6] Los conceptos 34

[7] Metáforas conceptuales 37

[8] El discurso 44

[9] Los modelos culturales 50

**III. METÁFORA Y FANTASÍA** 53

[10] La fantasía 53

[11] La metafORIZACIÓN 59

[12] Los esquemas mentales 61

[13] El significado 63

**IV. METÁFORA Y GRAMÁTICA** 69

[14] La gramática 70

[15] Metáfora y gramaticalización 74

[16] Competencia conceptual 79

[17] Creatividad lingüística 81

**V. METÁFORA Y CULTURA** 87

[18] La interconexión 87

[19] Sistemas representativos 92

[20] El gesto 95

[21] Reflexiones conclusivas 98

**REFERENCIAS Y BIBLIOGRAFÍA GENERAL** 101

Colección *Mínima del CIV*  
dirigida por José M. Sevilla

Esta publicación ha contado con una ayuda del Grupo de  
Investigación *Ontología, Racionalidad y Praxis* (Cód. HUM 389 )  
del Plan Andaluz de Investigación (Junta de Andalucía)

Primera edición: 2004

©Marcel Danesi, 2004

©de la presente edición Centro de Investigaciones sobre Vico, 2004

©de la traducción española José M. Sevilla Fernández, 2004

ISBN: 84-86273-94-3

Depósito Legal: SE-1401-04

Edita: CIV

Editorial KRONOS sa  
Sevilla

Imprime: Editorial KRONOS sa

Conde Cifuentes, 6. 41004 Sevilla

Telf.: 95 441 19 12 Fax: 95 441 17 59

E-mail: editorialkronos@terra.es

Diseño y maquetación: Hal 9000

Impreso en España - *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor, o en su defecto del titular del *copyright*.

## PRESENTACIÓN

Marcel Danesi, conocido semiótico y metaforólogo canadiense, es un laborioso investigador empeñado en la labor de desentrañar el papel fundamental y el valor primordial de la metáfora en la elaboración de los procesos cognitivos y de lenguaje. Este reputado profesor de semiótica y teoría de la comunicación de la Universidad de Toronto, y profesor adjunto de ciencia de la comunicación en la Universidad suiza de Lugano, viene trabajando desde hace años en la configuración de una teoría de la metáfora mostrada tanto a la base de la adquisición de la lengua, como también de impulso básico en los procesos de conceptualización y desarrollo de las capacidades racionantes, y elemento de interconexión entre sistemas lógico-simbólicos y conceptuales. Para ello, centrando sus investigaciones en la *lingüística cognitiva*, Danesi no duda en interrelacionar resultados de investigaciones lingüísticas, neurológicas, psicológicas, psicopedagógicas, o de filosofía del lenguaje, entre otras, proponiendo un ámbito de estudio interdisciplinar, cuyo eje es la metáfora.

Numerosos son los ensayos de Danesi enfilados a este objetivo, y no menos numerosas son sus publicaciones, mayormente en inglés y en italiano. Para esta ocasión, hemos preparado en esta colección “Mínima del CíV” la edición en español de un pequeño pero sustancial libro, en el que el Autor sintetiza buena parte de su teoría y nos ofrece, con ánimo de provocar y estimular a su estudio, las principales propuestas que articulan sus meditaciones, invitando –con un discurso claro, sencillo y ameno, no exento de figurativas ejemplificaciones pedagógicas– a prestar especial atención a las investigaciones sobre la metaforización que actualmente se llevan a cabo en el ámbito de la lingüística cognitiva, y proponer –a la vez que mostrar– tanto a lingüistas como a metaforólogos, psicólogos, antropólogos, y filósofos, la emergencia de un *giro* en los estudios acerca de las interconexiones conceptuales metafóricas en el pensamiento y el lenguaje. Un “giro” en el que hay que tener presente, como verdadero promotor de una doctrina sobre las relaciones entre metáfora, lengua y cultura, a Giambattista Vico (1668-1744) y su *Scienza nuova*.

Este giro viquiano, que permite afinar una presunta alternativa al modelo chomskiano, afirma el valor preeminente de la metáfora como lenguaje figurado (“lógica poética”), que Danesi propone viquianamente en las internalidades de la problemática relación lengua-mente. Todo ello sobre la ocupación en un plano de interconexiones entre formas verbales, formas no verbales (signos, gestos, etc.) y significaciones, que estructuran el objeto de indagación y estudio.

Este libro, que –como su Autor indica– ha sido reelaborado expresamente para esta edición a partir de diversos materiales y que aparece originalmente en español, nos ofrece a través de pocas páginas las premisas constitutivas de la idea central que mueve toda la teorización de este semiótico: que existe una verdadera interconexión entre pensamiento y representación; que nuestro sistema conceptual es altamente metafórico; y que la comunicación se basa en ese mismo sistema conceptual-metafórico. Valientemente, Danesi no sólo reivindica el valor esencial de la metáfora, sino que –a la vez que postula su posición básica en la constitución del lenguaje y del pensamiento– también propone el estudio “científico” de ésta.

Quienes se sientan estimulados por las interesantes propuestas que Danesi realiza en este volumen, pueden acercarse a otras obras del Autor, de entre las cuales –dado el gran número de artículos en revistas especializadas y de libros– cabe ahora referir –además de *Cervello, linguaggio e educazione* (Roma, Bulzoni, 1988) y *Neurolinguistica e glottodidattica* (Padova, Liviana Editrice, 1988)– algunos de sus últimos volúmenes entre los títulos siguientes: *Vico, Metaphor, and the Origin of Language* (Bloomington, Indiana University Press, 1993); *Cool: The Signs and Meanings of Adolescence* (Toronto, University of Toronto Press, 1994); *Giambattista Vico and the Cognitive Science Enterprise* (New York, Peter Lang, 1995 –ed. it., Bari, Edizioni dal Sud, 2001–); *Interpreting Advertisements: A Semiotic Guide* (New York - Ottawa - Toronto, Legas, 1995); *Increase Your Puzzle IQ* (Wiley, 1997); *The Body in the Sign: Thomas A. Sebeok and Semiotics* (Toronto, Legas, 1998); *Sign, Thought, and Culture: A Basic Course in Semiotics* (Toronto, Canadian Scholars’ Press, 1998); *Of Cigarettes, High Heels, and Others Intersteering Things* (1999); *Semiotics in Language Education*. (Berlín, Mouton de Gruyter, 2000); *The Forms of Meaning* (Berlín, Mouton de Gruyter, 2000 [con Thomas A. Sebeok]); *Deictic Verbal Constructions* (Urbino, Centro Internazionale di Semiotica e di Linguistica, 2001 [en colaboración con D. Santeramo]). En español han sido publicados tres importantes artículos suyos sobre el tema aquí planteado: “La metáfora

y la formación de los conceptos abstractos”, en J.M. Sevilla y M. Barrios Casares, *Metáfora y discurso filosófico*, Madrid, Tecnos, 2000, pp. 194-227; “Sentido, concepto y metáfora en Vico. Una óptica interpretativa de las investigaciones científicas sobre la metáfora” y “Acertijos matemáticos e imaginación: una visión viquiana de la enigmatología”, en *Cuadernos sobre Vico*, 11-12 (1999-2000), pp. 107-127, y 15-16 (2003), pp. 49-64, respectivamente.

José M. Sevilla  
Universidad de Sevilla

## ENUNCIACIÓN

El presente volumen ha surgido a partir de una serie de seminarios que tuve el privilegio de impartir en varias universidades italianas, entre ellas la Università di Roma “La Sapienza”, la Università dell’Aquila y la Università Cattolica di Milano. Estos seminarios han proporcionado el material para la publicación de diversos estudios sobre la metáfora desde el punto de vista viquiano, constituyendo el presente volumen una reelaboración y actualización de dichos estudios.

Las investigaciones desplegadas en diferentes campos de la lingüística contemporánea han revelado la presencia de una “fuerza creativa metafórica” en el cerebro humano, que sostiene tanto la comunicación verbal como la expresión simbólica en general. Este descubrimiento, que se manifiesta concretamente a partir de la publicación de obras científicas hacia el final de los años sesenta del siglo XX, se presenta hoy como radical. Incluso, parece apropiado pensar que ella pueda ofrecer la clave científica para comprender mejor la etiología psíquica de los conceptos y del simbolismo humano en general. En esta perspectiva pionera viene propuesta, como noción central, la idea de que el pensamiento humano es altamente fantasioso, manifestándose en un simbolismo “interconexo” por el cual las palabras, los gestos, la pintura y otros sistemas representativos nacerían de la misma “fuerza creativa metafórica”. Sin embargo, esta noción no sorprenderá a aquellos que presten atención a la *Scienza nuova* del filósofo napolitano Giambattista Vico (1668-1744). Esta obra pionera (tercera edición de 1744) nos ofrece un cuadro teórico verdaderamente fructífero para, de manera mucho mejor, “explicar” psicológicamente el papel de la metáfora en la formación de los conceptos. En la obra viquiana hallamos una noción, que Vico llama *lógica poética*, que se presenta hoy como particularmente provechosa, por su capacidad de ofrecer un punto de vista teórico capaz de interpretar todo aquello que los recientes descubrimientos sobre la metáfora, acaecidos en lingüística, han revelado.

El objeto del presente trabajo no es, ciertamente, el de profundizar en el conocimiento de la *Scienza nuova* desde un punto de vista lingüístico-teórico. Para ello existe ya una amplia literatura en este sector de los estudios viquianos. El objetivo específico de este trabajo es, justamente, ofrecer una interpretación viquiana de aquello que ha sido revelado por las investigaciones recientes sobre la metáfora y, de este modo, elaborar un análisis verdaderamente “científico” de la metáfora, en el sentido viquiano de esta palabra.

La idea de escribir este volumen ha nacido de la convicción de que la lingüística hoy día se halla en un nivel verdaderamente crítico, en cuanto parece haber tomado un “giro humanístico”, por así decir, muy significativo. La visión particular que será discutida e ilustrada en este trabajo no viene, por tanto, propuesta como *teoría* del lenguaje; sino que pretende, simplemente, insertarse en el discurso interdisciplinar y multidimensional que la lingüística ha permitido realizar en los últimos años. Nuestra visión, retoma y amplifica, en parte, algunas temáticas expuestas ya en otro anterior volumen (M. Danesi, *Lingua, metafora, concetto: Vico e la linguistica cognitiva*, Bari, Edizioni dal Sud, 2001).

Resulta inútil decir que no es posible afrontar todos los argumentos que las indagaciones sobre la metáfora permitirían abordar. Por ello, quien escribe ha tenido que elegir específicamente acerca de qué cosas tratar con detalle, qué cosas poner en evidencia, y qué cosas mencionar sólo brevemente. No obstante, este libro quiere dar al lector una visión indicativa, tanto del recorrido que la perspectiva *metaforológica* ha trazado en lingüística, como también del recorrido que podría seguir en el futuro.

Deseo expresar mi sincera gratitud al profesor José M. Sevilla, insigne estudioso viquiano, que ha mostrado un notable interés por las ideas que vengo generando desde hace años en el ámbito de la lingüística. Él ha propuesto la publicación de este trabajo en lengua española. Este libro constituye, por tanto, un símbolo concreto de amistad entre nosotros dos, una amistad nacida desde un profundo aprecio por la filosofía de Giambattista Vico.

Marcel Danesi  
Universidad de Toronto, 2003

## I METÁFORA Y LENGUAJE

La facultad de hablar ha sido siempre considerada una característica principal que distingue al Hombre de las bestias. Nuestra especie viene denominada “*sapiente*” específicamente por el hecho de que posee esta facultad. Mas, ¿por qué la poseemos? ¿Y por qué creemos que la “sabiduría” esté conectada con el “hablar”? Estos son, y han sido siempre, misterios que ocupan, y continuarán ocupando, un puesto central en muchas ciencias del Hombre.

Está claro que podemos comprender mejor las cosas dándoles *nom-bres*, por esto en la antigüedad raramente se distinguía entre *lógos* “palabra” y *mente*, entendida como facultad que permite pensar, reconocer, razonar, reflexionar, recordar, etc. *Lógos* venía –de hecho– a ser considerado tanto la actividad de hablar como la sede del pensamiento. Hoy, los antiguos debates sobre la relación entre lenguaje y mente están muy lejos de hallarse apagados; han llegado a ser, de hecho, más “candentes” desde los años setenta del siglo XX a la estela de las investigaciones empíricas, verdaderamente interesantes, sobre el lenguaje metafórico.

Mientras que, tradicionalmente, se ha pensado la metáfora como un tipo de similitud, hoy día se comienza a pensar en ella como “huella” o indicio verbal en el funcionamiento de la mente, por así decir. Algunos lingüistas sugieren hoy, por añadidura, que la mente humana es, fundamentalmente, un “dispositivo metafórico”. Para éstos, la expresión *Tú eres un tigre* no constituye una simple “elección retórica” o “decorativa” para decir *Tú eres cruel*, sino que, justamente, revela una forma de pensamiento que prevalece no sólo en el estilo poético, sino también –de modo significativo– en conversación cotidiana.

Es precisamente el tema de la relación entre metáfora, mente y lenguaje lo que nos ocupará este estudio. Resulta un tema de gran interés y, obviamente, de gran relevancia para mejor comprender cómo desplegamos nuestras actividades de reflexión y de clasificación, no menos que de creación

y de invención verbal. Gracias a los esfuerzos en el pasado siglo de diversos estudiosos en filosofía, en psicología y en lingüística [entre ellos Sapir 1921, Cassirer 1944, Whorf 1956, Lakoff e Johnson 1980, Langacker 1990], estudiar la metáfora ha llegado a ser hoy una actividad científica altamente realizable. De hecho, ella puede ser investigada en la actualidad, del mismo modo que, en el pasado, se han sistemáticamente examinado los fenómenos de pronunciación y de gramática. Desde esta nueva óptica científica, el hilo conductor común es la noción de que la metáfora es, mucho más que una mera figura retórica, un fenómeno que nos ofrece la clave científica para investigar mejor la mente humana. Y, como ya sido advertido, en otro lugar, por quien escribe [v. Danesi 1993, 1995, 2001], globalmente, los estudios en este sector interdisciplinar no han hecho más que confirmar la visión del gran filósofo napolitano Giambattista Vico (1668-1744), el cual sostenía, en su importante obra la *Scienza nuova*, que el discurso metafórico revelaba la operación general de la *fantasia*, la innata actitud de la mente para crear imágenes, atribuyendo a cualquier realidad aspectos y significados subjetivos, diversos de aquellos que normal y universalmente les son atribuidos.

Si bien la metáfora siempre ha sido considerada por poetas, rétores, filósofos y críticos literarios como un argumento fundamental de discusión, en cambio ha sido, hasta hace poco tiempo, ampliamente ignorada por los lingüistas, por los psicólogos y por los teóricos de la comunicación. Pero, en 1977, el psicólogo americano Howard Pollio y algunos colegas suyos publicaron un estudio fundamental que mostró a la comunidad científica, de manera impresionante, cuán alejados están de ser simples ornamentos los aspectos metafóricos, aquellos que pueden ser analizados como formas lineales “de base” del discurso. Estos estudiosos mostraron, empíricamente, que el pensamiento metafórico constituye una habilidad creativa preponderante del comportamiento comunicativo humano. Ellos, efectivamente, calcularon que la mayor parte de los hablantes de una lengua produce, en el curso de una vida media, cerca de tres mil nuevas metáforas y siete mil expresiones idiomáticas a la semana. Desde la publicación de esa obra, se ha verificado una difundida insatisfacción en lingüística en las confrontaciones de modelos basados en interpretaciones puramente literales y convencionales de la palabra y del discurso. Dichos modelos, tradicionalmente, han excluido desde su perspectiva el análisis del lenguaje figurado, creyendo que la creatividad inherente a los actos comunes de nueva metafórica se revelase de las “extensiones” o de las “desviaciones” *vis-à-vis* de un sistema semántico literal de base. Al contrario, los estudios sobre la

metáfora llevados a cabo en los años setenta, ochenta y noventa, han demostrado, de modo relevante, que la metaforización es un fenómeno dominante desde el punto de vista cognitivo y, lo que aún es más, que la *verbalización* misma —es decir, la representación verbal de un contenido— no es más que una estrategia signica que permite “organizar” las estructuras asociativo-metafóricas que sostienen el pensamiento, transformándolas en estructuras “externas” lineales, de modo que éstas puedan ser expresadas fónicamente (u ortográficamente, según el caso).

Actualmente, el lenguaje figurado ha llegado a ser un argumento candente para muchas disciplinas de la mente. Existe hasta ahora una revista especializada, con título *Metaphor and Symbol*, publicada por Lawrence Erlbaum & Associates, de Hillsdale, New Jersey, que desde 1986 ofrece un importante instrumento de difusión de la investigación sobre la metáfora, y, por lo demás, ha nacido una nueva rama de la lingüística, que se llama *cognitiva*, la cual se propone estudiar científicamente las relaciones entre metáfora, pensamiento y lenguaje.

## [1]

## LA FACULTAD DE HABLAR

El lenguaje no sólo sirve a una vasta gama de funciones socio-interactivas; sino que permite, ante todo y sobre todo, clasificar la realidad. Esto se nota cada vez que nos referimos a un color. Las ondas electromagnéticas reflejadas por los cuerpos constituyen un *continuum* físico; los “colores” que identificamos en este *continuum* son signos arbitrarios desarrollados a través del tiempo para organizar su contenido. La percepción sensorial de los colores es debida a radiaciones electromagnéticas capaces de estimular la retina del ojo. Dichas radiaciones pertenecen a la —así llamada— banda constituida por el conjunto de las radiaciones monocromáticas. Cada una de ellas, entonces, viene comprendida a través del término lingüístico que la codifica. En las lenguas europeas (entre ellas el italiano), se considera generalmente que son siete las categorías principales del espectro luminoso correspondiente a otras tantas bandas de radiaciones, o bien a otras tantas *zonas de color*. Se tienen, así, los colores denominados tradicionalmente *fundamentales*, es decir, los colores del iris: *rojo, naranja, amarillo, verde, azul, índigo y violeta*. Pero este sistema clasificatorio no es universal. En otras lenguas existen diversos modos de segmentar el espectro, por lo que parece que estamos predispuestos a “ver” en nuestra mente sólo aquellos “colores” nombrados por el lenguaje que hablamos. Como decía el gran psicólogo ruso Lev Vigotskij [1931],

percibimos aquellos colores que hemos codificado lingüísticamente; percibimos, en cambio, las otras partes del espectro como “matices”, no como categorías diferenciadas.

El lenguaje es, obviamente, el conjunto de signos verbales por medio de los cuales el hombre logra clasificar el mundo y, en consecuencia, comprenderlo. Ciertamente, el lenguaje sirve también para otras funciones, entre ellas la comunicación verbal, que hace posible la mutua comprensión entre los miembros de una misma comunidad. No obstante, si bien es verdad que una de sus funciones, adquirida a través de cientos de miles de años de existencia, es la de permitir la interacción social, resulta también indiscutible que el lenguaje venga usado fundamentalmente para pensar las cosas, suministrando para tal función un sistema de *signos lingüísticos*, entendiendo como signo la combinación de un concepto (*significado*) y de la imagen acústica que lo representa (*significante*) [Saussure 1916]. Sin tales signos, no sería posible pensar el mundo de modo “ordenado” y “estructurado”. Tomemos, como segundo ejemplo, el mundo de las plantas que, a la mente cruda preverbal como es la del recién nacido, se presenta como un flujo de percepciones incoherentes. Una específica percepción llega a ser “planta distinta” en el momento en que viene denominada *árbol*, *arbusto*, *hierba*, etc. El uso de los signos lingüísticos como éstos crea, en efecto, las categorías mismas de la flora, teniendo como objeto facilitar en modo práctico su clasificación. Obviamente, las categorías así formadas son subdivisibles en categorías menores (tipo, clase, orden, familia, género, especie) sobre la base de afinidades siempre mayores. La clave de atención, entonces, es que dichas categorías son específicas al lenguaje usado.

La facultad de hablar es, según muchos, innata y especie-específica; valga decir, una facultad que diferencia al Hombre de todos los demás animales, permitiéndole aprender el lenguaje verbal como elemento característico de la especie a la que pertenece. Ello no obstante, en los últimos años del siglo veinte han sido efectuados, por diversos psicólogos estadounidenses, interesantes experimentos con chimpancés, que han permitido demostrar cómo estos primates son, aparentemente, capaces de aprender en gran medida el lenguaje verbal con métodos particulares. Así, el matrimonio Gardner [1969, 1975] ha enseñado al chimpancé llamado Washoe más de 180 vocablos con el alfabeto gestual de los mudos, y resultados igualmente sorprendentes han sido obtenidos con técnicas diversas por Premack [1976] y por otros. Tales investigaciones permiten, sin embargo, desmentir la hipótesis de que el lenguaje sea una facultad específicamente humana. Importantes investigaciones

han sido también las realizadas sobre las relaciones, demostradas estrechísimas, entre lenguaje y pensamiento, aunque es verdad que los psicólogos están divididos entre quienes afirman (tras la estela de las concepciones del psicólogo ruso Vygotskij [1931] que el lenguaje sea una premisa indispensable del pensamiento, y quienes –en cambio– creen (como el psicólogo suizo Piaget [1923, 1936, 1944, 1955]) que el pensamiento se desarrolla autónomamente y sólo en un segundo momento es relevante una influencia recíproca entre estas dos facultades.

En las últimas décadas, el estudio científico de la metáfora ha permitido, por otro lado, entrever una *interconexión* signica entre todos los lenguajes del hombre, verbales y no verbales [véase, por ejemplo, Sebeok y Danesi 2000]. Con el término *lenguajes no verbales*, se entiende todas las formas de representación, cognición y comunicación independientes de la palabra hablada o escrita. Ejemplos de dichos lenguajes son el lenguaje mímico, la expresión del rostro, el gesto, la dirección de la mirada, la distancia entre personas que interoperan, la colocación recíproca (por ejemplo, los puestos en la mesa), el uso del tiempo, etc. La interconexión entre lengua hablada y gesto, por ejemplo, se nota de modo prominente cuando se habla. Las gesticulaciones que acompañan el enunciado oral están lejos de hallarse desconectadas de él; al contrario, ellas lo refuerzan icónicamente. Por ejemplo, cuando se dice *Hoy me siento con humor*, se tiende a hacer un gesto de la mano hacia arriba que simula, gestualmente, aquello que decimos verbalmente.

En el uso común, el término *lenguaje* es, tal vez, confundido con el de *lengua*, pero, propiamente, el lenguaje es la facultad humana, universal e inmutable, que permite a las personas expresarse con el aparato fonador y que se realiza y actúa en las diversas lenguas, siempre particulares y variables; el lenguaje es, por tanto, una actividad psicofísica, respecto a la cual las diversas lenguas son la actuación práctica. Haciendo posible la objetivación de un contenido de conciencia mediante símbolos fónicos con fin a la función del significar, el lenguaje aparece como la expresión simbólica por excelencia, soporte del pensamiento e instrumento de su comunicación. Esto es el lenguaje típico y exclusivo del hombre, del cual se diferencia profundamente aquello que impropriamente se denomina *lenguaje animal*, simple código de señales que transmiten un mensaje global no descomponible ni analizable en singulares unidades significantes, como sucede en cambio en los enunciados expresados por el lenguaje humano.

## [2]

## TEORÍAS PRINCIPALES

El problema acerca de los orígenes del lenguaje, larga y ampliamente debatido por filósofos, filólogos, antropólogos y lingüistas, no ha encontrado aún una solución satisfactoria, llevando a resultados ambiguos y, a menudo, diametralmente opuestos [Danesi 1993]. En la antigüedad, Parménides (final del siglo VI a.C. - primera mitad del siglo V a.C.), y, posteriormente, sus discípulos se ocuparon de la relación entre el *sujeto* y el *predicado* en la sintaxis del enunciado, considerando la lengua el “espejo noético” de cómo conocemos la realidad. Platón (428-347 a.C.) dedicó al lenguaje un diálogo completo (*Cratilo*), en el que sostiene que el lenguaje es parangonable a una imagen pictórica de las cosas, que era, para el gran filósofo griego, un instrumento para conocer, asumiendo la naturaleza objetiva sólo cuando fuese corregido formalmente en todas sus partes. A continuación, Aristóteles (348-322 a.C.) indagó el lenguaje desde un punto de vista lógico y formal, analizando las relaciones del lenguaje mismo con el conocimiento; y, por cuanto concierne a la naturaleza del lenguaje, él mantenía que éste era un “sonido” de la voz, significativo propiamente en cuanto símbolo de las afectaciones del alma humana. Sólo en la edad helenística se tuvo el estudio sistemático del lenguaje y de las relaciones entre categorías gramaticales y estructura de los significados que ellas permiten codificar.

La investigación posterior se mueve en dos posiciones: a saber, la *convencionalidad* frente a la *naturalidad* del lenguaje. En el Medioevo, tanto Dante (1265-1321), en el *De vulgari eloquentia*, como el filósofo escocés Duns Scoto (1266-1308), consideraron la palabra como “espejo” de la realidad. Después, en el Renacimiento, el lenguaje llega a ser considerado un instrumento sobre todo estético, visión que permanece, también en el s. XVII, central, por lo que la visión filosófica del lenguaje comenzó a arribar a la concepción viquiana del lenguaje como espontaneidad y creación metafórica. En el s. XIX, el problema fundamental venía dado por el contraste entre unicidad lógica de la lengua y multiplicidad de los lenguajes. Según Wilhelm von Humboldt (1767-1835), por ejemplo, el lenguaje habría nacido como facultad universal que se diversificó luego en diversos lenguajes nacionales. Con el idealismo –movimiento filosófico del primer romanticismo para el que las categorías del conocer, aunque no derivando de la experiencia sensible porque son inmanentes al intelecto, sin embargo no la trascienden de manera absoluta– el lenguaje se identificó totalmente con la expresión poético-creativa.

Aún en el s. XIX, aparece fundamental para un estudio verdaderamente científico del lenguaje la obra de Ferdinand de Saussure (1857-1913), fundador de la lingüística estructuralista. Como he mencionado antes, Saussure descompuso el signo lingüístico –aunque haciéndonos siempre salvar la unidad funcional en el sistema lingüístico mismo– en dos ámbitos distintamente analizables: el *significante*, la imagen acústica (es decir, la representación que nos viene dada por nuestros sentidos respecto a aquello que se quiere denominar), y el *significado*, por identificarse con el concepto que tal imagen codifica. El vínculo que une estas dos caras del signo, denominado *significación*, era, según Saussure, del todo arbitrario y convencional.

En tiempos más recientes, el problema de la relación entre lenguaje y realidad ha ido alargándose debido a la confluencia de otras orientaciones de pensamiento. Un primer momento puede considerarse el positivismo lógico, que tuvo por origen las investigaciones sobre el tema de las relaciones entre filosofía y ciencia, iniciadas entre 1922 y 1925 por el Círculo de Viena, a las cuales se superpuso la influencia del análisis lógico de la matemática, conducida, mientras tanto, por Bertrand Russell (1872-1970) y por Ludwig Wittgenstein (1889-1951). El problema de la “verificabilidad” de las proposiciones sobre “hechos de experiencia” se convierte, decididamente, en problema del lenguaje, en cuanto sólo en el ámbito del lenguaje se cumplen las operaciones lógicas y tiene sentido una verificación de las proposiciones. Con Rudolf Carnap (1891-1979), la ciencia no es más que una “construcción lógica del mundo” y la filosofía se agota en el análisis del lenguaje científico, que termina por asumir el carácter de un radical “formalismo”, porque se resuelve en el puro análisis de los símbolos adoptados sin ninguna referencia a los datos reales.

Del positivismo lógico se puede distinguir, a pesar de las estrechas relaciones y afinidades, la así llamada “filosofía analítica”, con la que la problemática del lenguaje se extiende desde el lenguaje científico al ordinario, o, mejor, a la variedad de lenguajes humanos. Vinculándose a las reflexiones del último Wittgenstein [1953], los filósofos “analíticos” atribuyeron al análisis del lenguaje una tarea de clarificación capaz de eliminar las oscuridades, los equívocos y las confusiones que están en la base de los malentendidos y, por tanto, facilitar el uso puramente práctico de las proposiciones. Dos estudiosos representativos de esta dirección son los ingleses A.A. Ayer (1910-1989) y G. Ryle (1900-1976). Al mismo tiempo hacen su aparición direcciones y líneas de pensamiento que van más allá del análisis puramente formal del lenguaje, para ocuparse de su función significativa. Charles Morris (1901-1979), de la Universidad de Chicago, construyó una teoría general de

los signos, en la que otorga gran relieve a la dimensión pragmática del lenguaje y, por tanto, a sus dimensiones psicológicas, sociológicas y pedagógicas. El análisis de la estructura de los significados codificados por el lenguaje se hizo el objeto de la ulterior investigación de Carnap. El interés por la problemática del lenguaje, intensificándose, no dejó de comunicarse también a otras corrientes de pensamiento (fenomenología, materialismo histórico, estructuralismo filosófico y corriente hermenéutica), dando lugar a fecundas integraciones y ampliación de perspectivas.

El estudio más profundo del lenguaje viene, sin embargo, atribuido al lingüista estadounidense Noam Chomsky (1928- ), fundador en los años cincuenta-sesenta de la denominada “gramática generativa”. Chomsky sostiene que son las estructuras sintácticas del lenguaje las que constituyen tal facultad y que, en su forma básica, son innatas. Dichas formas son, por lo demás, descriptibles con los procedimientos de la lógica matemática, procedimientos que, según Chomsky, permiten clarificar con precisión las “reglas” universales que posibilitan construir todas las frases de una lengua.

## [3]

## TEORÍAS INNATISTAS

Una noción particularmente clave para el estudio de las bases del lenguaje es aquella de *período crítico*, propuesta por el lingüista americano Eric Lenneberg en 1967. A pesar de que su definición de “período crítico” ha sido enseñada refutada, no se puede negar la importancia de su teoría que, presuponiendo un mecanismo biológico innato para el aprendizaje del lenguaje en la especie humana, fue el punto de partida para los subsiguientes estudios de Chomsky sobre la noción de la *Gramática Universal*.

Aún habiendo desacuerdo acerca del período preciso en que tiene lugar la lateralización, no hay duda alguna de que ésta se verifica, más temprano o más tarde, durante el período de la infancia. Desde el nacimiento hasta cerca de los seis años, el cerebro está sometido a una rápida maduración y tiene una gran plasticidad, por lo que, en caso de lesión, puede reorganizar muchas de sus funciones. Tras la pubertad, el cerebro alcanza el máximo de su peso y, por tanto, pierde casi toda su plasticidad neuronal. Los datos que Lenneberg tenía a su disposición dejaron en evidencia que, de los 21 a los 36 meses, se producen la adquisición del lenguaje y la preferencia de [el uso de] la mano, y que en la edad que va de los 11 a los 14 años emergen acentos extranjeros y, finalmente, que desde entonces en adelante la adquisición de las lenguas se hace más difícil. El proceso general de maduración

neurofisiológica se concluiría, por tanto, en torno a los 12 años, cuando el proceso de lateralización cerebral estaría definitivamente consolidado. De hecho, Lenneberg notó que, después de la pubertad, los síntomas de la afasia adquirida tendían a llegar a ser irreversibles dentro de los 3-6 meses de haberse instaurado; pero que, en cambio, en los niños tales síntomas se manifestaban indiferentemente con una lesión de uno u otro hemisferio; y, por último, que los pacientes afectados de retraso mental llegaban a adquirir en parte el lenguaje primario sólo hasta los 12 años aproximadamente. Lenneberg llegó a la conclusión, por ello, de que se debía hablar de un período crítico cuyo límite inferior (hacia los dos años de vida) es establecido por la falta de maduración y el superior en relación con una pérdida de adaptabilidad y con una incapacidad de reorganización cerebral, proceso que se hace irreversible sólo después de que han concluido los fenómenos de crecimiento del cerebro.

La concepción de Lenneberg hace inteligible las razones por las que los niños consiguen construir por sí solos una gramática de sus lenguas nativas en base al *input* lingüístico al que son expuestos, a pesar de que tal *input* sea típicamente “incorrecto” o “incompleto”. De hecho, cuando hablan a los niños los adultos usan de modo característico estrategias comunicativas “innaturales”, como la expansión (si un niño dice “Marco comer”, entonces el adulto tiende a responderle diciendo “¿Marco quiere comer?”, o bien “¿Quieres comer, Marco?”) y la reducción, o sea una simplificación del lenguaje usado, alineándolo con el estadio evolutivo del niño. Sólo que, poco a poco, según los niños replican con mayor complejidad al discurso de los adultos, parece que éstos acrecientan gradualmente la complejidad de los propios enunciados.

Como hemos mencionado antes, fue Noam Chomsky quien llega a proponer, con gran claridad, la noción de *Gramática Universal*, término que él acuñó para la referencia a las propiedades de la gramática que son comunes a todas las lenguas del mundo. Descubrir cuáles sean estos “universales lingüísticos” ha sido uno de los mayores objetivos de la gramática generativa de los últimos años. La *Gramática Universal* constituiría, en pocas palabras, el bagaje de conocimientos que serían innatos y que permitirían aprender la lengua a la que el niño está expuesto entre todas las posibles, limitando el número potencialmente infinito de hipótesis implícitas que el niño haría mientras adquiere las estructuras lingüísticas exclusivamente a aquellas que son naturales (es decir, dentro de las posibilidades ofrecidas por las lenguas existentes) [v., p.e., Chomsky 1986, 1990, 1995, 2000].

Para explicar los aspectos psicológicos de la *Gramática Universal*, ya en los años sesenta del siglo XX Chomsky sostenía que todos nosotros hemos nacido con un “dispositivo” para la adquisición del lenguaje, denominado el LAD (*Language Acquisition Device*), que nos permite construir el sistema lingüístico sobre la base de los datos a que estamos expuestos en nuestro ambiente [v. McNeill 1966]. El problema con las teorías innatistas de este tipo es, entonces, que, una vez que hemos “explicado” la capacidad de desarrollar el lenguaje con el LAD, nos queda por explicar su naturaleza y cómo venga transmitido genéticamente. Parece, por otro lado, ahora fuera de cualquier discusión que durante las fases verdaderamente iniciales del lenguaje una de las estrategias de aprendizaje más frecuentemente usadas es la imitación, estrategia del todo excluida por el modelo LAD.

La teoría de la *Gramática Universal*, por lo demás, no hace ninguna referencia al sistema límbico, en el que, más allá de los estados emotivos y motivacionales que regulan las interacciones sociales, tendría origen la programación consciente del comportamiento intencional que estaría en la base del acto comunicativo. Como es sabido, hay diversos tipos de habilidades lingüísticas a lo largo del *continuum* que va del lenguaje propiamente proposicional al lenguaje automático. Entre estos dos extremos están incluidos discursos memorísticos, canciones, idiomas, expresiones familiares o de uso común como fórmulas de saludo, frases convencionales y otras formas que forman parte del, así llamado, lenguaje emocional. Sabemos que cuanto más cercana al lenguaje automático está una determinada habilidad lingüística, tanto más estable es en el caso de lesiones en el hemisferio izquierdo. Ello no significa necesariamente que el lenguaje automático tenga que estar representado en el hemisferio derecho y el proposicional en el izquierdo, puesto que estas formas lingüísticas pueden ser localizadas bilateralmente a nivel de las estructuras subcorticales, como esquemas de movimiento preprogramado por el aparato fonador. Parece indudable que estructuras cerebrales como el tálamo y el sistema límbico constituyen uno de los ámbitos de estudio más interesantes para nuestra neurociencia, porque sus funciones emotivas y motivacionales tienen un rol no ciertamente secundario en la actividad verbal entendida como acto comunicativo interpersonal.

Teorías innatistas, como la del *período crítico* y la de la *Gramática Universal*, son inconcluyentes y de escaso valor, en opinión de quien esto escribe, por el simple hecho de que no tienen en cuenta el fenómeno de la metáfora que, según las investigaciones al caso, tendría un origen neurofisiológico bien distinto del que aquellas teorías sugieren. Hoy se sabe que el

hemisferio derecho despliega un papel importante en lo que se refiere a la programación del discurso metafórico. Hemos visto ya cómo los estudios efectuados con pacientes *split-brain* han atribuido al hemisferio derecho un cierto potencial semántico, especialmente por cuanto se refiere a la comprensión de palabras y frases de significado concreto y bastante frecuentes. Los estudios con sujetos normales, en cambio, llevan hoy a creer que el hemisferio derecho mantiene simultáneamente a disposición un conjunto de significados alternativos, y esto es, sobre el significado más apto a las particulares exigencias comunicativas. Existen, por tanto, diferencias tanto cuantitativas como cualitativas en el modo en que los dos hemisferios procesan el significado de las palabras; con todo, la contribución de ambos es necesaria para alcanzar el significado global de un mensaje metafórico.

Según Chiarello [1998a] ambos hemisferios pondrían a disposición las modalidades de acceso al significado de las palabras y a las relaciones semánticas entre ellas, pero algunos procesos están estrechamente lateralizados a izquierda y o otros a derecha. Por una serie de investigaciones sobre el reconocimiento de los significados de las palabras, resulta efectivamente que el significado de una palabra es procesado más velozmente y de manera más cuidada si la palabra en cuestión está precedida de una palabra vinculada a ella semánticamente. Esto sería debido a dos mecanismos de proceso: (1) la activación semántica difusa y (2) la individuación semántica controlada. La memoria semántica parece tener una estructura en red que comprende conceptos semánticamente vinculados entre sí. Varios experimentos han revelado, de hecho, que durante el reconocimiento de una palabra viene activada la representación semántica correspondiente presente en la red y, por cierto período de tiempo, también otras representaciones de palabras correlativas con ella semánticamente. Si una de éstas viene presentada inmediatamente después, su reconocimiento resulta facilitado. El mecanismo de activación difusa consiste, propiamente, en este proceso de facilitación relativamente automático y provisional que actúa independientemente de las expectativas del oyente. Por otro lado, el mecanismo de interpretación semántica controlada viene activado cada vez que el oyente procesa, activa y voluntariamente, el significado de la primera palabra para desplegar vínculos con otras coligadas semánticamente a ella. Cuando una de éstas viene presentada inmediatamente a continuación, su reconocimiento es facilitado por el hecho de que la atención ha sido dirigida justamente hacia el área de la memoria semántica a la que pertenecen los significados de las palabras coligadas; contrariamente, si viene presentada una palabra no coligada a la primera, el mecanismo llega a ser inactivo.

vo. Estos dos mecanismos no estarían disponibles de igual modo en los dos hemisferios; y esto es, que mientras la activación semántica difusa y automática acaece en ambos, la activación controlada actúa sólo en el izquierdo, el cual permitiría seleccionar el significado más apropiado en el mismo momento en que el derecho mantiene aún disponibles más interpretaciones.

En sujetos normales, el sistema semántico del hemisferio derecho, que por sí solo no sería suficiente para permitir la comprensión del lenguaje careciendo de capacidad selectiva, está siempre disponible, por medio del cuerpo calloso, de la lámina de sustancia blanca entre los dos hemisferios cerebrales, para ofrecernos información de metáforas, juegos lingüísticos y diferentes enunciados ambiguos. Por tanto, el hemisferio derecho parece desplegar una función de complemento a los mecanismos presentes en el izquierdo, otras veces de corrección, y otras de control. Por tanto, como muchas teorías expuestas anteriormente, también ésta, aunque tenga el soporte de muchos datos clínicos y experimentales, deberá ser sometida a ulteriores verificaciones.

Asignar un papel significativo al hemisferio derecho por cuanto se refiere a la metáfora, plantea el problema de clarificar si su mecanismo de procesamiento constituye un sistema autónomo o forma parte de un único sistema cuya jefatura corresponde al hemisferio izquierdo; o sea, que la cuestión que los neurolingüistas se plantean es si los dos hemisferios funcionan como dos unidades modulares y, por tanto, con un mecanismo propio de representación de las informaciones y un mecanismo propio de control, o no. Estas dos funciones, entonces, no implican necesariamente dos estructuras neuronales distintas; justamente los mismos grupos de neuronas utilizadas para la representación pueden también participar en el control de la información.

En suma, antes que pensar en un “LAD” o en “una gramática universal innata”, presente en una particular parte del cerebro y por tanto con una base “orgánica”, como sostiene aún hoy Chomsky, es mucho más apropiado pensar el lenguaje como una facultad que, como todas las demás facultades del hombre (música, gesto, etc.), implica a todo el cerebro. Cómo emerge esta facultad desde las funciones neurofisiológicas continua siendo, por otra parte, todo un misterio.

[4]

## LA METÁFORA

Las reflexiones sobre el lenguaje figurado, y sobre la relación lengua/mente, tradicionalmente se deben sobre todo a filósofos. Entre las teorías

as clásicas de la metáfora, prevalece hasta hoy en muchos acercamientos a la filosofía del lenguaje el punto de vista de Aristóteles (384-322 a.C.), el cual, como es bien sabido, consideraba la metáfora como un medio expresivo muy eficaz, usado especialmente por poetas, definiendo esta figura lingüística como una forma de parangón con el que se da a una cosa el nombre que pertenece a otra. Según esta perspectiva, el proceso de transferencia semántica acaecería en muchas maneras: desde un término específico a uno genérico, a través de la analogía, etc. El modelo de Aristóteles ha sido denominado el modelo de la *comparación*. Por lo demás, Aristóteles fue quien acuñó el término “*metáfora*” (del griego *metà* –“arriba, sobre, más allá”– y *phérein* –“llevar”–), para referirse a la acción semántica que la metáfora permite realizar, en la que el aspecto de un referente es “llevado sobre, encima”, por así decir, o transferido a otro referente, de modo que el segundo se nos refiere como si fuese el primero. Por ejemplo, en la expresión *Juan es un león*, se nos refiere a la persona llamada “Juan” como si fuese el animal llamado “león”, para comunicar cualidades de “robustez”, “fuerza física”, “vigor”, “coraje”, etc. Si bien Aristóteles da a entender la cualidad de instrumento cognoscitivo de la metáfora [v., p.e., 1952: III, 1410b], sin embargo él clasificó a ésta sustancialmente como una estrategia retórico-ornamental, usada sobre todo por poetas, cuya función principal era la comparación. Aristóteles, entonces, no entrevió la posibilidad de que la metáfora funcione como proceso de *sustitución* cognoscitiva, si bien él comprendía que ésta permitía también remplazar un concepto abstracto, y por tanto sensorialmente inaccesible, con uno concreto.

Fue Quintiliano (c. 35-100 d.C.) quien destacó la función *sustitutiva* de la metáfora; pero él, como Aristóteles, no consideró la metáfora más que una estrategia de sustitución decorativa: en la expresión *Juan es un león*, el vehículo de la metáfora, “león”, según Quintiliano, no sería más que una simple sustitución retórica de su contraparte literal, es decir, un “hombre valiente”, y por tanto una estrategia retórica que permite producir dicho concepto más concreto-visual en términos de animales. En suma, en el mundo antiguo, aparte de algún momento de reflexión verdaderamente aguda de Aristóteles sobre el poder cognoscitivo del lenguaje figurado, la metáfora no era considerada más que un ornamento retórico, utilizado simplemente para “embellecer” el lenguaje literal.

También en el Medioevo los filósofos escolásticos consideraban de escaso valor el papel de la metáfora en el pensamiento humano. La polémica que dominaba la época era aquélla entre realistas y nominalistas, la cual retomaba el antiguo conflicto de los filósofos presocráticos entre aquellos

para los cuales el lenguaje era “naturaleza” y aquellos para quienes en cambio era “ley”. Solamente santo Tomás (1224-1274), en su *Summa Theologiae*, afirmaba que la metáfora tenía un rol cognoscitivo, puesto que permitía, según él, aferrar las verdades espirituales, las cuales no eran expresables directamente con el lenguaje literal. No obstante, santo Tomás aceptó la visión aristotélica de la metáfora, en cuanto proponía que, en su estructura de base, la metáfora no fuese más que una manifestación de la comparación.

En los siglos XVI y XVII, la metáfora continuó siendo descartada como poco más que un aspecto decorativo por los filósofos, los cuales tendían, como mucho, a considerarla una mezquina estrategia de “engaño lingüístico”. Thomas Hobbes (1588-1679), por ejemplo, la caracterizó como un obstáculo a la comunicación, ya que, según éste, propiciaba el discurso ambiguo y oscuro, y, por tanto, era un elemento a eliminar totalmente del lenguaje. Tal perspectiva fue revalidada por John Locke (1632-1704), el cual se lanzó de modo particular contra el uso de la metáfora en el discurso filosófico. Es de destacar que Hobbes pensaba que las leyes de la mente humana reflejaban las leyes de la matemática, es decir, que las nociones matemáticas que la mente humana produce reflejarían la estructura de ésta. Tal punto de vista, como es sabido, nace en tiempos de Pitágoras (560-480 a.C.), cuando los primeros matemáticos pensaban que las leyes de la Naturaleza eran expresadas directamente por la representación numérica. Para Hobbes, el pensamiento matemático constituía una huella en los orígenes del saber en la especie humana, noción a la que Vico se opone seriamente en la *Scienza nuova*.

Más tarde, en el siglo XVII, la escuela de Port-Royal abrió la vía para un estudio de carácter hobbesiano-cartesiano de las “leyes universales” de la gramática que, según esta escuela, regulaban todas las lenguas. Pero la orientación sucesiva de la reflexión gramatical hacia la historia y la comparación ensombrece este tipo de acercamiento, y enciende un nuevo interés por la metáfora. Desde Etienne Bonnot de Condillac (1715-1780) a Wilhelm von Humboldt (1767-1835) y a Frederich Nietzsche (1844-1900), en la segunda mitad del siglo XVIII un grupo de lingüistas y filósofos comenzó a sospechar que la metáfora podría estar en la base de las categorías de pensamiento. La perspectiva más radical de la época –respecto a la metáfora– fue avanzada, como hemos señalado anteriormente, por Vico. La concepción viquiana se basaba en la común observación del hecho de que los seres humanos tienen la capacidad innata de metaforizar cuando no saben referirse a algo [Conte 1972]. Para Vico, entonces, el lenguaje metafórico era mucho más que una simple manifestación del estilo ornamental, más bien era la verdadera y pro-

pia columna vertebral del lenguaje y del pensamiento. Definiendo el discurso metafórico como el resultado de una innata *lógica poética*, Vico lo consideraba el modo más natural de representar la experiencia de la memoria, evocando y registrando imágenes mentales todas ellas particulares de la realidad. Para Vico, la metáfora era un índice del funcionamiento de la *fantasía*, que él definió como una facultad de la mente humana que permite al individuo crear ideas, conceptos, etc., basadas en las imágenes del mundo que se ha formado personalmente. Estos “actos de fantasía” permiten a cada individuo transformar las propias experiencias concretas en un sistema de reflexión e ideación interior. La metáfora es la manifestación de esta transformación, revelando un innato *estilo poético* al formar los conceptos. El pensar y el hablar abstractos y racionales, que Vico llamaba *estilo en prosa*, se alcanzan en un nivel posterior respecto al estilo poético más imaginativo del lenguaje metafórico [Danesi 1993, Battistini 1995].

Aparte de algún interés por la metáfora por parte del francés Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) y del alemán Nietzsche, el estudio de la metáfora es, de cualquier modo, abandonado por los filósofos poco después de la propuesta viquiana. G. W. F. Hegel (1770-1831) y John Stuart Mill (1806-1873), por ejemplo, caracterizaron la metáfora como un simple accesorio estilístico al lenguaje literal-denotativo, utilizable sólo como “soporte decorativo” de dicho lenguaje, opinión revalidada, hacia el final del siglo XIX, indirectamente por Ferdinand de Saussure (1857-1913), el fundador del método estructuralista en lingüística y semiología. Por tanto, en el umbral del siglo XX, la metáfora volvió a ser considerada como un elemento de comparación o de sustitución ornamental.

Podría sorprender, entonces, que el estudio psicológico experimental de la metáfora se remonte, quizás, propiamente a los primeros años del siglo XX, cuando Karl Bühler [1908] advirtió la manera en que determinados sujetos parafraseaban los proverbios. Luego, en los años cincuenta, el argumento sobre la metáfora fue tomado en consideración por un grupo de psicólogos gestálticos como Osgood y Suci [1953], Asch [1955], y Brown, Leiter y Hildum [1957], que iniciaron un trabajo pionero acerca de las relaciones entre la metáfora, los conceptos y el lenguaje. Los estudios conducidos por el psicólogo Solomon Ash [1950, 1955], por ejemplo, mostraron que las metáforas que se refieren a las sensaciones físicas de *caliente* y *frío*, en lenguas no-emparentadas filogenéticamente, estaban basadas en las mismas modalidades sensoriales, aunque se manifestaban referencialmente de manera diferente. Por ejemplo, Asch descubrió que *caliente* se refería a “ira” en hebreo, a “entu-

siasmo” en chino, a “excitación sexual” en tailandés, a “energía” en hausa. Como observó Brown [1958: 146], poco después de la publicación de estos estudios, parecería que “hay un vínculo de significados en diversas lenguas que implica la actividad física y la excitación emotiva”. En aquella época se pensaba ya, por lo demás, que la metáfora no era un fenómeno unitario, ni exclusivamente lingüístico, puesto que se manifiesta comúnmente en otros sistemas de representación simbólica, es decir, en las artes representativas, en la música y en diversos compartimentos culturales [Brown, Leiter y Hildum 1957]. Esto hace pensar que una única y omnicomprensiva teoría de la metáfora, probablemente, no sea posible y, además, que una “ciencia metaforológica” deba ser necesariamente interdisciplinar y transdisciplinar, teniendo como centro focal la intrínseca interrelación entre metáfora, concepto y palabra. Como confirmó Winner [1982: 253] poco más de dos décadas después de los estudios de los psicólogos gestálticos, sus investigaciones establecieron de modo conclusivo que “si se estuviese constreñido a usar sólo medios literales para la comunicación, ésta sería severamente limitada, si no acabada”.

En los años sesenta, la metáfora es descartada una vez más como posible fenómeno de estudio semántico por muchos lingüistas siguiendo el emerger de la gramática generativo-transformacional de Chomsky [1957]. En 1964 Chomsky propuso, nada menos, que la metáfora no fuera considerada otra cosa que una especie de fenómeno “semi-gramatical”, que violaba las reglas semánticas, llegando a ser, sin embargo, parte de la competencia lingüística común a través de un cambio de significado de los referentes. La perspectiva chomskiana refleja, por tanto, un tercer punto de vista respecto a la metáfora, que considera a esta última un fenómeno lingüístico *desviante* [v. también, en relación, Levin 1977].

Todavía en la misma década, es propuesto uno de los más interesantes “modelos científicos” de la metáfora, por parte del filósofo americano Max Black [1962]. Reelaborando el rupturista trabajo de I. A. Richards de 1936, Black propuso un modelo *interactivo* de la metáfora según el cual existiría una especie de interacción cognitiva entre el *tenor* y el *vehículo* de una metáfora —en la expresión *Juan es un león*, “Juan” es definido el *tenor*, o sea, el tema principal de la metáfora, y “un león” es su *vehículo* gnoseológico, es decir, el referente al que viene asociado el tenor —que frecuentemente genera un nuevo tipo de conocimiento o intuición cambiando las relaciones entre las cosas denotadas—. Esto implica un sistema de relaciones que son activadas en nuestra mente y que nos impelen a individuar el significado de la metáfora, llamado el *fundamento* (“*ground*”) por Richards y por Black, a través de un sistema

de proyecciones semánticas del tenor sobre el vehículo y viceversa. Black consideraba el fundamento metafórico no como un simple referente unitario, sino, precisamente, un “sistema de significado abierto” que manifestaba características semánticas tanto del tenor cuanto del vehículo: valga decir que, en el fundamento de la metáfora, el tenor “Juan” adquiere las propiedades semánticas del animal denominado un *león*, al mismo tiempo que el “león” adquiere las propiedades semánticas asociadas al hombre llamado *Juan*.

Aquello que está claro del análisis de Black es que la metáfora hay que considerarla mucho más que un fenómeno de comparación, sustitución, o desviación, como algunos querrían sostener aún hoy día. De hecho, la metáfora domina en los procesos comunicativos y cognitivos. En los años setenta, como hemos mencionado más arriba, la publicación de la obra de Pollio y de sus colaboradores en 1977, y la publicación de la difundida antología de estudios a cargo de Ortony en 1979, enciende un candente interés por la metáfora en lingüística. De hecho, desde 1979 hasta hoy, el número de simposios, de estudios, de cursos, etc., sobre la metáfora, ha adquirido proporciones increíbles. En muchos sectores de las ciencias del lenguaje se está atravesando un momento verdaderamente “metaforológico”. El interés en este sector ha llegado a ser tan difundido que no se puede no estar de acuerdo con la anotación de Boorth [1979: 49], justamente de 1979, según la cual ¡“si se debiese contar el número de los estudios sobre la metáfora publicado solamente en 1977, se podría deducir que para el 2039 habría en el mundo más estudiosos de metáforas que habitantes”! El solo hecho de que la metáfora se manifieste regularmente en el discurso humano y de que pueda ser fácilmente comprendida hace obvio que es otra cosa más que opción estilística o anomalía. Efectivamente, la metáfora hoy día es estudiada del mismo modo que los aspectos más racionales de la mente, ya que se ha revelado la dimensión intelectual sustantiva a los descubrimientos científicos, a la literatura, al pensamiento filosófico, y a los procesos cognitivos cotidianos.

Hay que notar que en lingüística, hoy, con la palabra *metáfora* se nos refiere cualquier fenómeno de figuración, excepto los fenómenos de la *metonimia* y de la ironía, es decir, se refiere a cualquier proceso por el que una entidad viene asociada a una segunda entidad. Dado que todas las figuras retóricas o trópicas manifiestan un único proceso mental, representable con la fórmula  $[A = B]$  —en la que  $[A]$  es algún tenor y  $[B]$  algún vehículo—, hoy se habla sólo de procesos de metaforización, antes que de diversas figuras retóricas. Se hace excepción, como antes se ha mencionado, sólo para la metonimia y para la ironía, que son consideradas procesos diferentes. El pri-

mer proceso (del gr. *metonymía*, “cambio de nombre”) constituye un fenómeno referencial caracterizado por la extensión semántica del significado usual de un término a otro que tenga con el primero una relación de contigüidad o de dependencia (usando, por ejemplo, el nombre del continente por el contenido, de la causa por el efecto, del autor por la obra, etc., o viceversa el nombre del símbolo por el objeto, del instrumento por el arte, etc.): *beber un vaso*; *terminar una botella*; *ser fiel a la bandera*; *llevar a Leopardi a examen*; etc. La *ironía* (del gr. *eironéia*, “ficción”), por otro lado, consiste en la disimulación del propio pensamiento o de la verdad, por medio de la afirmación de lo contrario: por ejemplo, *¡Pero qué estupenda jornada!* constituye en italiano una expresión irónica [*Ma che bella giornata!*] cuando viene usada para referirse a una jornada en la que todo ha salido torcido o en la que el clima ha sido particularmente malo.

Con la publicación de *Metaphors We Live By* en 1980, el lingüista George Lakoff y el filósofo Mark Johnson ampliaron la obra pionera de Richards y Black, extendiendo las bases para un estudio verdaderamente viquiano en lingüística del nexa que coliga metáfora, pensamiento y lenguaje. Como han demostrado más veces estos dos estudiosos, la metáfora debe considerarse todo lo contrario de una anomalía semántica; ella permite, por añadidura, acceder a gran parte del sistema conceptual inherente en una cultura, revelando, por otro lado, que dicho sistema está empernado en la experiencia del mundo.

En el acercamiento al tema realizado por Lakoff y Johnson, el proceso metafórico reside en la transformación de las experiencias “vivas” en *esquemas* de pensamiento abstractos. Por ejemplo, el sentido físico de orientación, “*arriba*” y “*abajo*”, constituye una realidad vivida; y es propiamente esta realidad la que viene a ser transformada en un esquema de pensamiento que permite comprender fenómenos más abstractos. Así, por ejemplo, este esquema *imaginativo*, que podemos representar como un rasgo semántico, [**orientación**], está en la base de conceptos económicos (*La bolsa hoy está arriba* [en alza]), de conceptos asociados al humor (*Hoy me siento abajo* [decaído]), etcétera. En esta visión, la expresión metafórica da forma a los esquemas mentales, constituyendo el programa y la guía de la actividad mental abstracta del individuo y de su análisis de las impresiones.

Por las investigaciones desarrolladas desde la publicación de *Metaphors We Live By*, hoy parece indudable constatar que las estructuras explicativas para operar una síntesis de nuestros conceptos provienen de nuestra *experiencia corpórea* y adquieren sentido mediante la metáfora. El

núcleo de nuestros sistemas conceptuales está, por tanto, directamente radicado en la percepción, en el movimiento corpóreo, y en la experiencia de carácter físico y social. La metáfora, en síntesis, revela que el pensamiento es *imaginativo*, en el sentido de que los conceptos que no están directamente basados en la experiencia implican a la metáfora, o sea a la figuración mental. Es esta capacidad imaginativa la que permite el pensamiento abstracto y desplaza la mente más allá de aquello que podemos ver o sentir. Tal pensamiento tiene, por tanto, una estructura global que va más allá del simple conjuntar bloques de construcción conceptual mediante reglas generales.

Según Lakoff y Johnson los conceptos *concretos*, que son representables con signos, palabras, símbolos, directamente, y aquellos *abstractos* que, en cambio, no son representables directamente, están interconectados a través de la metáfora, la cual por los concretos hace concebibles los abstractos en la comunicación de rutina. Lakoff y Johnson [1980: 4] muestran esta interconexión con frases que revelan una estructura metafórica sustantiva como, por ejemplo, [**la discusión = guerra**]:

- \* “Vuestras tesis son *indefendibles*”
- \* “*Atacó* todo punto débil en mi discusión”
- \* “No ha *vencido* nunca en una discusión con él”
- \* “Ha *tirado a dar* en todos mis argumentos”
- etc.

En la cultura occidental, según sostienen Lakoff y Johnson, la gente habla de discusión en términos polémicos, de guerra, porque *percibe* la discusión como tal. No se trata de un simple hablar de las discusiones en términos retóricos-ornamentales, puesto que el hecho está en que nosotros podemos efectivamente vencer o perder en las discusiones. Por tanto, tendemos a ver a la persona con la que estamos discutiendo como un adversario y, en consecuencia, *atacamos* sus posiciones y *defendemos* las nuestras. Aunque no se trata de una batalla física, ésta es una batalla verbal y la estructura de una discusión es un reflejo de aquélla. La asociación de la *discusión* a la *guerra* constituye lo que Lakoff y Johnson llaman una *metáfora conceptual*. Ésta se reconoce invariablemente en su forma asociativa general. Y las expresiones que la realizan (ejemplos referidos anteriores), son las *metáforas-específicas* que vienen usadas en el discurso relativo a la discusión.

El acercamiento al estudio del lenguaje figurado, iniciado por Lakoff y Johnson, llevó, poco después, a la fundación de una nueva rama de la lingüística, que hoy se nos refiere con el nombre de *lingüística cognitiva* —la

palabra *cognitiva* refleja, en este término, la noción de que la lengua es un sistema cognoscitivo que permite realizar concreta y sistemáticamente los procesos que están al origen del conocimiento (percepción, razonamiento, etc.). Sin embargo, en un sentido fundamental, este “nuevo giro” en el interior de la lingüística teórica no es más que una versión contemporánea de la lingüística antropológica fundada por el gran antropólogo-lingüista Franz Boas (1858-1942) en los primeros años del siglo XX, y por sus seguidores Edward Sapir (1884-1939) y Benjamin Lee Whorf (1897-1941). Sapir, por ejemplo, insistía en destacar las muy estrechas relaciones que corren entre categorías lingüísticas, pensamiento y esquemas culturales, relaciones de influencia recíproca tal que el lenguaje sirve para dar forma y sentido a la experiencia.

Mientras que el acercamiento chomskiano continúa siendo dominante en el interior de la lingüística teórica, con muchos seguidores, desde el inicio de los años setenta han sido expresadas serias dudas acerca de su validez, inmediatamente después de que el sociolingüista americano Dell Hymes avanzó en 1972 una severa crítica al concepto chomskiano de *competencia lingüística*. Emerge sucesivamente un interés por el componente pragmático del acto lingüístico [v., p.e., Halliday 1973, 1975], interés que se relacionaba, por una parte, con las teorías del antropólogo Malinowski [1923] y del lingüista Firth [1957], y, por otra parte, con la visión boasiana-sapireana del lenguaje como fenómeno cultural por excelencia. En el mismo decenio se buscaba, posteriormente, analizar también la naturaleza histórico-social del mundo psíquico del individuo y de su interacción con la realidad. Los estudios en esta dirección se deben, sobre todo, a la escuela de Vigostkij, la cual, encuadrando el proceso comunicativo en el ámbito más complejo de las actividades psicofísicas, ha ampliado notablemente hoy el campo de indagación de la lingüística. Con la publicación de la obra de Pollio et al. [1977], de la antología de Ortony [1979] y de la obra de Lakoff y Johnson [1980], también entró en juego la cuestión de la metáfora y esto, a su vez, llevó, como hemos visto, a la fundación de la *lingüística cognitiva* —ciencia que hoy se ocupa del nexo que vincula experiencia del mundo, conceptos y lenguaje—.

La manifestación sistemática de la metáfora en el discurso humano y en los sistemas de representación de todas las culturas del mundo implica, sobre todo, que la metáfora constituye una preciosa “traza”, una huella que permite “observar” cómo el pensamiento concreto es transformado por la imaginación humana en categorías de pensamiento abstracto. En el ámbito de la lingüística, esta visión de la metáfora se presenta como radical. Sin embargo, ella no hace otra cosa que confirmar en términos científicos contemporá-

neos las perspectivas de aquellos que en el pasado han tratado de comprender la naturaleza de la metáfora en el pensamiento y en el simbolismo humano. Eso que hoy viene propuesto como innovador por el papel que despliega la metáfora en la cognición y en el lenguaje es, en efecto, descubrible en el pensamiento de ciertos grandes filósofos y lingüistas del pasado.

Hoy podemos afirmar con una cierta seguridad, justamente gracias a las investigaciones de Lakoff y Johnson, que la descomposición de los procesos cognitivos complejos (como la percepción, la memoria, el lenguaje, etc.) en operaciones más elementales e independientes, no es ya sostenible. El conocimiento del significado de la metáfora, por ejemplo, sería por ello el producto de un razonamiento imaginativo que opera de manera integrada, influenciando el control de las informaciones a las que nosotros estamos dispuestos como especie.

## [5]

## LA VISIÓN DE GIAMBATTISTA VICO

La lingüística cognitiva es hoy día una disciplina floreciente. Las investigaciones en este sector altamente interdisciplinar han revelado, de modo particular, la presencia de interconexiones conceptuales en el pensamiento humano, fundadas sobre la metaforización, las cuales sostienen tanto la comunicación lingüística como la expresión simbólica en general. Y, por lo demás, hoy se sabe que la metáfora viene formada en el hemisferio del cerebro que controla los actos creativos y el significado sintético-global.

Estos descubrimientos empíricos se presentan, según ya se ha dicho, como radicales para la lingüística tradicional, hallándose en pleno contraste con el modelo teórico chomskiano que excluye la metáfora de su perspectiva como fenómeno aberrante. Mas, como si fuera un *virus informático*, la metáfora fastidia mucho, por así decir, a los generativistas, puesto que constituye un programa pirata en el interior del modelo generativista, que contiene instrucciones aptas para hacer inoperable el modelo completo.

Quienes reparen en la *Scienza nuova* de Giambattista Vico hallarán muy interesante la nueva dirección científica iniciada por Lakoff y Johnson. En esa obra Vico identifica, quizás por primera vez en la historia de la filosofía, la metáfora como indicio principal en la formación de los conceptos. La noción de *lógica poética* se presenta como verdadera y propia alternativa al modelo chomskiano, en cuanto que propone que el cerebro humano está predispuesto a intuir las cosas sintéticamente y holísticamente, antes de expresarlas; ésta es, por tanto, una noción altamente compatible con las

investigaciones neurofuncionales descritas anteriormente más arriba. Una “visión viquiana” permitirá, por ello, a la lingüística cognitiva sintetizar mejor e interpretar todo aquello que ha sido revelado por las recientes investigaciones sobre procesos de verbalización, investigaciones que han mostrado, como veremos en capítulos siguientes, sobre todo cuán prevaleciente sea el pensamiento metafórico en las actividades expresivas humanas.

Paradójicamente, Vico sostenía que mientras que la metáfora era el elemento cognitivo que “encola” todo el sistema de pensamiento cultural, ella es, a la vez, la vía de salida de este sistema, porque es el producto de la fantasía humana. Ésta predispone a los seres humanos a crear continuamente metáforas nuevas. Si alguno dijese “La vida es un café”, la novedad de esta expresión nos forzaría a reflexionar sobre la relación entre la vida y una particular bebida. Tal metáfora nos impelería a percibir la vida en los términos de las propiedades sensoriales (de gusto, sociales, etc.) que se asocian a una taza de café. Además, esta metáfora conduciría, en un segundo momento, a la metaforma [**la vida = una bebida**]: en este punto, alguno podría decir, “Mi vida, en cambio, es un vaso de vino”, o bien, “Mi vida es una coca-cola”, y así. Y cada una de estas expresiones generaría un significado determinado en un específico contexto de uso.

Obviamente, el lenguaje metafórico es otra cosa que una simple manifestación del estilo ornamental, sino más bien el modo más natural de representar la experiencia memorable, evocando y registrando imágenes mentales todas ellas particulares de la realidad. El hecho de que el lenguaje figurado no sea hoy ya una prerrogativa de la retórica, sino que interese a una gran variedad de disciplinas desde la lingüística a la psicología y a la pedagogía, demuestra cómo la metáfora no es ya considerada exclusivamente como ornamento retórico, sino que tiene un papel importante en el modo en que percibimos los estímulos, pensamos y aprendemos. El argumento, extremadamente interesante, se presta, por tanto, a ser profundizado bajo muchos puntos de vista.

## II METÁFORA Y PENSAMIENTO

Si bien la metáfora ha sido considerada siempre como un argumento fundamental de discusiones en filosofía y en retórica, ha resultado, hasta hace poco tiempo, ampliamente ignorada por lingüistas, por psicólogos y por teóricos de la comunicación. Mas, como he mencionado en el capítulo anterior, en 1977 el psicólogo americano Howard Pollio y algunos colegas suyos publicaron un estudio fundamental que mostró que el pensamiento metafórico constituye un elemento preponderante del comportamiento comunicativo humano. Los subsiguientes estudios sobre la metáfora, desde los años setenta del siglo XX hasta hoy, han demostrado, efectivamente, que el lenguaje verbal mismo es en gran parte un código sostenido y guiado por el pensamiento metafórico.

Objetivo principal de dichos estudios es indagar cómo se forman los conceptos abstractos a través de la metaforización. En el mundo intelectual occidental, la teoría de los conceptos que siempre ha dominado, y que continúa hoy prevaleciendo, en filosofía y en las ciencias de la mente es, como hemos mencionado en el capítulo anterior, la aristotélica. Aristóteles implantó su teoría sobre dos nociones rudimentarias: que los conceptos vendrían formados en la mente autónomamente como *concretos*, los cuales codifican nemóticamente las cosas perceptibles directamente por los sentidos (p.e., *mujer, silla, rojo, gato*), o como *abstractos*, los cuales codifican, en cambio, las cosas inferibles sólo desde el puro razonamiento (p.e., *democracia, amor, maldad, justicia*); según la segunda noción, los conceptos codificados en la memoria vendrían organizados gnoseológicamente de manera tipológica: por ejemplo, un *gato* sería organizado noéticamente como un tipo de *felino*, un *siamés* como un tipo de *gato*, y así. La visión aristotélica presupone que los conceptos llegan a formarse o como concretos o como abstractos y, por ello,

que los dos modos de pensar son ontológicamente y lingüísticamente independientes. Las investigaciones en las últimas dos décadas sobre la metáfora llevan a concluir que hay, en cambio, un estrecho ligamen entre los dos dominios de pensamiento, el *concreto* y el *abstracto*, y que, antes que una organización jerárquica de los conceptos, hay una interconexión entre los diversos niveles conceptuales que nuestra mente produce. Esto significa que cada nueva situación, distinta de la anterior, plantea la formación de nuevas modalidades de respuesta conceptual al ambiente y de nuevas habilidades de modificación verbal en respuesta al *input* ambiental.

[6]

## LOS CONCEPTOS

Para exponer mejor las nociones más recientes respecto a la metáfora, es necesario comenzar dividiendo los conceptos justamente como sugería Aristóteles, es decir, en *concretos* y *abstractos*. Sin entrar en la polémica filosófica respecto a la formación de los conceptos, por cuanto nos concierne es suficiente definir el *concepto concreto* como aquel tipo de referente de una palabra que es *demostrable* en el mundo, y *concepto abstracto*, en cambio, como aquel tipo de referente que viene formado en la imaginación y que, por tanto, no es demostrable. Por ejemplo, la palabra *serpiente* codifica un concepto concreto en cuanto que el animal que ella representa puede demostrarse siempre en la percepción; lo que se hace, por ejemplo, señalando una serpiente con el dedo, dibujándola con un lápiz, fotografiándola, etc. Por tanto, un objeto, un ser viviente, o un fenómeno cualquiera que se pueda ver, tocar, sentir, etc., constituye un concepto concreto. Por otro lado, la *personalidad* de un ser humano no es demostrable, o sea, no se puede indicar directamente. Sabemos qué cosa es en nuestra mente, pero no es posible individualarla *directamente*. Debe ser, por tanto, *deducida* de algún modo.

Sin embargo, resolvemos este problema fundamental con una estrategia que parece, a primera vista, muy simple, pero que en verdad es muy compleja. Lo resolvemos refiriendo la *personalidad* como si fuese algo concreto. Por tanto, cuando decimos que *Mario es una serpiente*, revelamos un aspecto verdaderamente único del pensamiento humano, es decir, revelamos que pensamos cosas abstractas en términos de cosas que conocemos con los sentidos o a través de la experiencia de éstas. De tal manera que “transferimos” al concepto abstracto las propiedades que vislumbramos en un concepto concreto. Esta transferencia es llamada *metafórica*. Si bien nadie ha teni-

do nunca que aprender a comprender o a crear metáforas, parece altamente probable que la metáfora constituya una verdadera y propia *facultad* mental, no una simple estrategia de comparación entre dos dominios de referencia.

Obviamente, hay diversos modos de llegar a la formación de conceptos abstractos. Está, por ejemplo, la *inducción* de un significado, proceso que procede desde lo particular a lo universal; está también la *deducción*, proceso que procede, en cambio, desde lo universal a lo particular; y está, por último, la *abducción*, proceso que se manifiesta como una inferencia probabilista de un significado. Un ejemplo de inducción se aprecia cuando se aplica la palabra *gato* a todas las “especies” de animal que tienen formas y dimensiones iguales cuales son orejas agudas y tiesas sobre cabeza redondeada, ojos con pupilas dilatables en la oscuridad, largos bigotes, zarpas retráctiles, etc. Por tanto, los conceptos codificados por palabras como *soriano*, *persa*, *siamés*, son signos que derivan de la inducción del hecho de que son todos “tipos de gato” distinguibles entre sí por indicios físicos precisos. La deducción se advierte cuando, a la inversa, se llega a comprender que los animales denominados *soriano*, *persa*, *siamés*, etc., no son animales conceptualmente diferentes sino manifestaciones del mismo tipo de animal. La abducción, por último, se aprecia cuando se aplica la palabra *gato* intuitivamente para comprender mejor conceptos abstractos. La abducción está, obviamente, en la base del pensamiento metafórico:

1. *hay cuatro gatos* (= “ser pocos”)
2. *gato de nueve colas* (= “látigo con nueve correas, usado en el pasado para infligir castigos corporales”, “el mazo del pilón”, “el ariete usado en el pasado para golpear los muros de las fortificaciones”)
3. *agujero del gato* (= “pasaje a través de las cofas”)
4. *anclado a barba de gato* (= “con dos anclas arrojadas por proa”)
5. *gato de las nieves* (= “vehículo especial cingulado usado para desplazamientos por la nieve, y también en terrenos con fuerte pendiente”).

Ya en el tardío s. XIX, la psicología y el estudio histórico del lenguaje poseían áreas de interés común, pero fue gracias a la orientación estructural introducida en lingüística por Saussure que se hizo posible un encuentro verdaderamente provechoso entre las dos disciplinas. En psicología se afirmaban en aquel período dos corrientes: el *mentalismo* y un tipo de *comportamentismo* preliminar. La primera se preocupaba, principalmente en Europa, de explorar el pensamiento detrás del lenguaje; la segunda, que encabezaban psicólogos británicos y americanos, consideraba el lenguaje como

una serie de mecanismos exteriores de estímulos y respuestas. Fue, entonces, cuando el acercamiento comportamentista vino a dominar la lingüística por un período de tiempo en los años treinta, cuarenta y cincuenta. Denominado *e structuralismo americano*, dicho acercamiento nace con la obra *Language*, de Leonard Bloomfield, publicada en 1933. El favor de que gozaba el acercamiento bloomfieldiano comenzó, no obstante, a ceder frente a las severas críticas por parte de Chomsky [1957] hacia finales de los años cincuenta. Como consecuencia general, los lingüistas se dedicaron al desarrollo de una nueva visión teórica, propiamente propuesta por Chomsky, llamada –como hemos visto anteriormente– la *gramática generativa*, la cual estaba engarzada sobre presupuestos de carácter matemático, derivando sus técnicas descriptivas de la noción de *competencia lingüística*, es decir, de la concepción del lenguaje como un sistema formal-abstracto de reglas que gobiernan la formación de las frases. Pero ya Saussure diferenciaba entre el aspecto formal del lenguaje, que él llamó “*langue*” [lengua], y el puramente comunicativo, que denominó “*parole*” [habla]. Según Saussure, *langue* constituía el sistema abstracto de los elementos que componen un lenguaje particular; era, según él, un sistema convencional externo a los individuos y fijado por convenciones que permiten la comunicación. Saussure definió *parole* el acto lingüístico concreto con que el individuo realiza su facultad del lenguaje sirviéndose del código social (la *langue*), no sólo la concreta expresión que deriva de ella.

En los años sesenta, cuando la lingüística tomaba su dirección principal del modelo generativista de Chomsky [Ervin-Tripp y Slobin 1966], el ruso Leont’ev [1968] ya observaba que se trataba de una orientación inadecuada, porque trataba de interpretar las incógnitas por medio de valores, como “los estados de los comunicantes” o “las intenciones de los hablantes” que no pueden ser claramente definidos. Para superar esta visión excesivamente restrictiva, él propuso una diversa concepción del proceso comunicativo, basada en las investigaciones de Vygotskij [1962, 1978], según la cual el lenguaje se manifiesta como expresión del yo y como sistema de regulación de las relaciones sociales entre dos comunicantes. Por tanto, ya en aquella época, la teoría generativa del lenguaje mostraba sus debilidades. Uno de sus puntos más débiles permanece aún hoy día en su tendencia a cambiar por leyes universales del lenguaje esquemas característicos de diversas lenguas que implican la actividad física y la excitación emotiva.

Hoy se sabe que la metáfora no es un fenómeno unitario, ni exclusivamente lingüístico, puesto que se manifiesta comúnmente en otros sistemas de representación simbólica, es decir, en las artes representativas, en la música y en diversos comportamientos culturales [Brown, Leiter y Hildum 1957]. Por ejem-

plo, la asociación metafórica entre un gusto físico, como el *dulce*, y un concepto abstracto, como *el amor*, se manifiesta no sólo a nivel verbal –*Eres dulce, Estamos aún de luna de miel*, etc.– sino también en otros sistemas representativo-comportamentales: he aquí por qué se arroja confeti a los recién casados, los bombones se regalan a una persona amada por la fiesta de San Valentín, etc.

El dominio del pensamiento metafórico al crear lengua, pensamiento y cultura fue advertido de manera particular por el filósofo americano Max Black [1962]. Como hemos ya anunciado en el capítulo anterior, Black consideraba la metáfora un efecto de interacción entre sentido y cognición. Una expresión como *Alejandro es un toro*, por ejemplo, nace de una interacción entre una interpretación sensorial del “toro” y la imagen de “Alejandro” como “animal humano”. En efecto, la metáfora clasifica tanto al toro como a Alejandro en el mismo dominio conceptual, es decir, el de los animales. He aquí por qué no aparecen comúnmente expresiones como *La silla es un toro*, porque la silla no es un referente que pertenezca al mismo dominio de sentido de los animales. El sistema de relaciones que son activas para la metáfora nos constriñe, por tanto, a individuar semejanzas, analogías, comparaciones, correspondencias, etcétera. Por tanto, la metáfora es algo más que un fenómeno de comparación, analogía o correspondencia, como algunos querrían sostener. De hecho, parece apropiado pensar que la metáfora crea tales procesos a través de una asociación basada en el sentido. Es propiamente esta suerte de asociación lo que Vico denominó “lógica poética”. Ella domina en los procesos de abstracción, haciéndolos concretamente aprehendibles, porque permite establecer una interacción semántica entre las cosas de las que somos conscientes de modo intuitivo. Sin la metáfora, no sería posible “comprender” concretamente no sólo la personalidad de personas como Alejandro, sino conceptos abstractos de todo tipo y uso.

[7]

## METÁFORAS CONCEPTUALES

Como hemos apuntado en el primer capítulo, con el término *metáfora* se refiere hoy a cualquier fenómeno de figuración, exceptuando los fenómenos de la *metonimia* y de la *ironía*; es decir, se refiere a cualquier proceso por el que un referente o concepto concreto viene asociado a uno abstracto de manera que se le pueda comprender concretamente. La metonimia, que se manifiesta también como sinécdoque, consiste en conferir a una palabra un significado más o menos extenso del que normalmente le es propio: por ejemplo, nombrando la parte para indicar el todo (*el techo por la casa*) y viceversa (*América por los USA*); o también, cambiando el singular con el universal

(*el italiano por el pueblo italiano*), o la especie con el género y viceversa (*el pan por el alimento*). La ironía, por otro lado, consiste en la oposición de significados comunes. Por ejemplo, la frase *Te va bien la tortura* constituye una expresión irónica cuando es usada para referirse a algo que hace poco bien.

La noción de una facultad metafórica, que permite comprender conceptos abstractos que necesitamos, viene consolidada a raíz de la publicación *Metaphors We Live By* en 1980, autoría –como ya hemos mencionado varias veces– de George Lakoff y de Mark Johnson. Con esta obra, los dos estudiosos americanos demostraron que la metáfora era todo lo contrario de una anomalía semántica; y advirtieron que la metáfora es el fenómeno conceptual que nos permite crear nuestras abstracciones en función del sentido de las cosas. Por ejemplo, en nuestro mundo experiencial, las *serpientes* provocan en general una reacción negativa, por el hecho de que algunas especies son venenosas. Esta reacción es empleada lingüísticamente para comprender a una persona infiel y maligna. Obviamente, en culturas donde las serpientes son consideradas animales “sagrados” la expresión *Francisco es una serpiente* no tendría (literalmente) “sentido” o, en cambio, podría indicar algo contrario, es decir, que Francisco es una persona muy espiritual. El núcleo de nuestros sistemas conceptuales está, por tanto, directamente radicado en la percepción, en el movimiento corpóreo, y en la experiencia de carácter físico y social. La metáfora revela, por demás, que el pensamiento es imaginativo, en el sentido de que los conceptos que no están directamente basados en la experiencia implican la metáfora, o sea la figuración mental. Es esta capacidad imaginativa la que permite el pensamiento abstracto e impulsa la mente más allá de los sentidos. Por último, la metáfora revela que el pensamiento tiene propiedades gestálticas y, por tanto, no es atomístico; los conceptos tienen una estructura global que va más allá del simple conjuntar bloques de construcciones conceptuales mediante reglas generales. De hecho, tratar de explicar qué es una *persona serpentina* implicaría la exposición de un pensamiento mediante palabras propias que, sin embargo, no recuperarían nunca todo el significado.

Aunque no percibamos, literalmente, a Francisco como una serpiente, hay una ósmosis conceptual entre Francisco y el reptil, y la expresión *Francisco es una serpiente* es un reflejo de ello. La asociación entre *personalidad* y un reptil constituye aquello que Lakoff y Johnson llaman una *metáfora conceptual*. Se trata, de hecho, de un tipo de concepto abstracto derivado metafóricamente. Ésta se reconoce invariablemente en su forma asociativa general. Y las expresiones que la realizan son las *metáforas específicas* que vienen usadas en el discurso relativo a la discusión.

La cuestión acerca de cómo se forman las metáforas conceptuales constituye hoy uno de los problemas más discutidos y debatidos en lingüística. De modo particular, la noción de metáfora conceptual se opone a la visión, común en psicología, de que la memoria es un fenómeno estático, una “caja” de pequeñas unidades de reclamo o de reconocimiento codificadas autónoma y jerárquicamente. Las metáforas conceptuales constituyen una preciosa “huella” verbal que permite “observar” cómo el pensamiento concreto es transformado por la imaginación humana en categorías de pensamiento abstracto, no en pequeñas unidades semánticas desconectadas entre sí. He aquí por qué el lenguaje comparte en cada comunidad influencias no sólo de la experiencia presente sino también la reflexión sobre el pasado y la previsión del futuro, no solamente porque existan reglas lingüísticas sobre el uso de los tiempos y de los modos verbales, sino porque la costumbre nos empuja a usar ciertos esquemas metafórico-narrativos típicos de nuestra cultura que reflejan los valores de referencia compartidos. Como demostró en 1951 el psicólogo George Miller, los hechos de la lengua no pueden ser separados de los de la cognición y de la comunicación. El estudio sistemático de la interconexión entre metáfora, pensamiento y lenguaje fue profundizado tres años después, en 1954, con la publicación de las actas de un seminario de investigación interuniversitario tenido en Bloomington, en el Estado de Indiana, promovido por conocidos estudiosos americanos, como el psicólogo C.E. Osgood y el semiótico T.A. Sebeok. El texto, titulado *Psycholinguistics: A Survey of Theory and Research Problems*, constituyó un gran acontecimiento y dio un fuerte impulso a las siguientes investigaciones lingüísticas sobre la formación de los conceptos por medio del lenguaje.

En los años sesenta y setenta siguieron rápidos desarrollos en la indagación de los aspectos cognitivos y neuropsicológicos de la metáfora. Por ejemplo, en 1964, teniendo como base un estudio de Weinstein, se sospechaba que la metáfora tenía su origen neurofisiológico en el hemisferio derecho del cerebro. Weinstein demostró empíricamente que los pacientes con lesiones en el hemisferio derecho no lograban comprender el significado de expresiones metafóricas. Con objeto de verificar tal estudio, en 1977 Winner y Gardner presentaron una serie de expresiones metafóricas a diversos sujetos, los cuales debían elegir las imágenes que mejor reflejaran el significado de diversas expresiones. Para la frase “*un corazón pesado*”, por ejemplo, los sujetos debían seleccionar una de las siguientes imágenes:

- la imagen de una persona llorando (= significado metafórico);
- la imagen de una persona que aguantaba sobre sus espaldas un

enorme corazón rojo (= significado literal);

- la imagen de un peso de 500 libras (= una representación que acentuaba el significado del adjetivo *pesado*);

- la imagen de un corazón rojo (= una representación que acentuaba el significado del sustantivo *corazón*).

Winner y Gardner dividieron a los sujetos en: (1) *afásicos*, es decir, individuos con lesiones en el hemisferio izquierdo; (2) sujetos con lesiones en el hemisferio derecho; y (3) sujetos normales (= grupo de control). Los dos investigadores descubrieron que sólo los sujetos con lesiones en el hemisferio derecho no lograban distinguir el significado metafórico del literal. Este descubrimiento confirmó, por ello, el estudio de Weinstein estableciendo, con un alto grado de certeza, un vínculo entre el fundamento (significado) metafórico y el hemisferio derecho del cerebro, hemisferio responsable de los actos de creatividad fantasiosa. En el mismo año, y a continuación, Stachowiak, Huber, Poeck, y Kerschensteiner [1977] llevaron a cabo un estudio similar, en el que los mismos tres grupos de sujetos deberían seleccionar imágenes que mejor representasen el significado de ciertas breves narraciones. También en este estudio, sólo los sujetos con daños en el hemisferio derecho se mostraron incapaces de descifrar el significado de las expresiones metafóricas utilizadas.

En los años ochenta muchos estudios confirmaron la localización de la metáfora en el hemisferio derecho. En aquella década, además, el estudio de la localización de las funciones lingüísticas fue expresado mucho más científicamente en cuanto el doctor Frank Duffy, de la Harvard Medical School, con la colaboración del italiano Giulio Santini, inventaron un aparato, con la forma de una especie de casco lleno de electrodos, que puesto sobre la cabeza de un voluntario permite, por medio de imágenes proyectadas en una pantalla televisiva a color, una visión clara de la actividad dinámica del cerebro. Esta innovación tecnológica denominada *tomografía axial computerizada*, ofrece hoy una reconstrucción tridimensional de alta definición de las diversas partes del cerebro. Ella permite “ver”, por así decir, la actividad mental en el momento mismo en que tiene lugar. Por ejemplo, si se envía un estímulo visual se verá entrar en función antes la parte posterior del cerebro, esto es, la corteza visual, y luego, poco a poco, todo el resto del cerebro. Si, por otro lado, al sujeto se le hace escuchar música, se ve una notable actividad en el lóbulo temporal derecho. Si se le cuenta una historia es, en cambio, el lóbulo temporal izquierdo el que se activa. Etcétera. Las investigaciones con este aparato han verificado, por ejemplo, la teoría de la complementariedad hemisférica, discutida en el capítulo anterior.

Resulta ahora claro que muchas zonas del cerebro, en ambos hemisferios, están activas mientras una persona comunica. Con la ayuda de este aparato, Bottini et al. [1994] han confirmado, de una vez por siempre, el descubrimiento de Weinstein. Mediante un estudio realizado en el Hammersmith Hospital de Londres, estos investigadores han visto cómo la expresión metafórica “nace” en el hemisferio derecho transfiriéndose al izquierdo por su programación fónico-sintáctica. A un grupo de voluntarios le fueron suministrados test de comprensión verbal de distinta complejidad:

- *interpretación de frases metafóricas*, es decir, los sujetos debían decidir si las metáforas presentadas eran o no plausibles;

- *interpretaciones de frases no metafóricas*, esto es, los sujetos debían decidir si frases no metafóricas eran o no plausibles;

- *decisión lexical*, o sea, los sujetos debían decidir si en una lista de palabras aparecían también palabras privadas de significado (“*non sense words*”).

Para las primeras dos tareas, se necesitaba establecer si las acciones cumplidas por los sujetos de las frases eran o no plausibles, pero mientras que en las frases metafóricas también las plausibles resultaban “no verdaderas” desde el punto de vista denotativo, en las frases no metafóricas el significado denotativo no era nunca violado, puesto que se trata de reconocer la característica común que expresa dos objetos diferentes, símiles o funcionalmente intercambiables. La interpretación de las frases literales requiere un tipo de análisis serial, palabra por palabra, mientras que la interpretación de las frases metafóricas precisa un análisis complejo holístico de todos los componentes para aferrar el descarte provocado por la violación del significado denotativo.

La confrontación de los resultados durante los dos tipos de tarea llevó a la individuación, durante la comprensión metafórica, de algunas áreas del hemisferio derecho no activadas o activadas diversamente del izquierdo durante la comprensión del lenguaje no figurado. Antes que ninguna, estaba implicada la zona mediana del lóbulo temporal derecho, no activada por tareas fonológicas o lexicales. Los investigadores observaron la activación de un área del lóbulo parietal derecho (sobre el precuneo) que, junto al lóbulo frontal, tiene un papel fundamental en las funciones de la memoria a breve término. En cambio, la misma área activada en el hemisferio izquierdo durante la comprensión de frases no metafóricas parecía estar implicada en las funciones de la memoria a largo término. Por último, fue registrada por el dispositivo la activación del lóbulo frontal, y principalmente de la corteza prefrontal.

tal derecha, durante la comprensión del lenguaje metafórico. Ello explicaría, por lo demás, cómo la competencia para el lenguaje metafórico está presente también en los niños de edad preescolar, que no pueden hacer referencia a categorizaciones metafóricas permanentes de la experiencia (conceptualizaciones de la realidad almacenadas en la memoria a largo término, que sirven para estructurar las asociaciones metafóricas), sino que se basan exclusivamente en su imaginación sensorial.

Las dos teorías acerca de las funciones psíquicas superiores entendidas como sistemas funcionales complejos, más discutidas hoy, se llaman el *Parallel Distributed Processing Model* (PDP) de Rumelhart y McClelland [1986], y la teoría de la *modularidad* de Gazzaniga [1989]. El modelo PDP explica, según sus autores, la discrepancia entre la relativa lentitud de procesamiento de las neuronas y la necesidad de ejecutar procesos extremadamente complejos (como la percepción, la memoria, la programación del mensaje lingüístico, etc.) en pocas centésimas de milisegundos. Rumelhart y McClelland sostienen, de hecho, que, puesto que el sustrato neurológico de base del cerebro es en gran medida más lento que los calculadores seriales, el modo más probable de concebir los mecanismos de la mente es en términos de resultado de la actividad cooperativa de muchísimas unidades de procesamiento, relativamente simples, que operan en paralelo. Cada neurona sería una unidad activa de procesamiento dotada de una función de *input* y una de *output* y vinculada a las otras neuronas por medio de una red de conexiones. La “comunicación” entre varias unidades adviene en términos de excitación y de inhibición. Los diversos factores de aprendizaje son, pues, aquellos que determinan las modificaciones en las conexiones, las cuales son, por tanto, modificables por la experiencia. El conocimiento del significado de la metáfora sería, por ello, el producto de las conexiones y no de las unidades singulares. Éstas operan de manera integrada, influenciándose recíprocamente sin un mecanismo de control central de las informaciones. A diferencia, precisamente, de las funciones corpóreas vitales, cuyos mecanismos de control residen en el tronco cerebral, las funciones cognitivas parecen estar caracterizadas por un control distribuido. Por lo que se refiere de manera específica al lenguaje, los variados vínculos que se pueden constituir entre las unidades del modelo PDP estarían en la base de los diversos roles de las partes constituyentes del lenguaje.

El concepto de *modularidad* de Gazzaniga propone una visión muy similar, pero el autor no pende demasiado hacia el nivel del sustrato nervioso de los módulos, y por tanto no se pregunta si los módulos están a nivel de agregados neuronales en un área cerebral restringida o bien resultan de inter-

acciones entre áreas distribuidas aunque alejadas entre sí. Además, Gazzaniga no especifica si para la constitución de un módulo son importantes las conexiones entre neuronas vecinas en áreas cercanas, o bien las comunicaciones entre lóbulos cerebrales diversos impulsan una mayor unidad neuronal. Gazzaniga, en efecto, no podía disponer de estos datos, puesto que ha elaborado este modelo basándose exclusivamente en estudios realizados sobre sujetos *split-brain* (personas que han sufrido el seccionamiento quirúrgico del cuerpo caloso), o dependientes del test de Wada, que proyecta la anestesia momentánea de un hemisferio por vuelta. En cualquier caso, este tipo de estudios ha llevado a Gazzaniga a afirmar que el cerebro está organizado de tal manera para almacenar la información en módulos: unidades de funcionamiento relativamente independientes que funcionan en paralelo, pero que colaboran e interoperan entre sí.

Las teorías sobre la relación entre lenguaje y metáfora ofrecen una visión importante de la formación de los conceptos abstractos, tratando de correlacionar el sustrato neurológico con las diversas fases de la programación lingüística. Sustancialmente, casi todas prevén la realización de la *intención* de comunicar a través de las fases de *conceptualización* y de *codificación* del mensaje. En el caso de la metáfora, parece que su conceptualización proviene del hemisferio derecho (con funciones imaginativo-espaciales) y que viene codificada gramaticalmente en el hemisferio izquierdo (es decir, que viene realizada fónicamente y sintácticamente en el hemisferio verbal). Estas fases interdependientes son posibles gracias a un complejo programa neurológico, que comprende una representación contenedora al inicio y a continuación de la activación de un sistema de control motriz para una serie de movimientos neuromusculares, articuladores y acústicos. Los estudios neurofuncionales sobre la metáfora han evidenciado, por ello, el hecho de que el cerebro debe ser visto más como un sistema de componentes integrados en continua evolución que como una organización estática de procesamiento *input-output*.

[8]

## EL DISCURSO

Según Vico, como es bien sabido, la metáfora constituye una capacidad cognoscitiva innata, la cual permite transformar las experiencias “vidas” en *esquemas* de pensamiento abstractos. Estos esquemas se revelan luego en las palabras, estructuras sintácticas, y elecciones pragmáticas que

constituyen el discurso y la comunicación lingüística en general. Tomemos, como primer ejemplo ilustrativo, las palabras *arriba* y *abajo*. El sentido físico de la orientación vertical constituye una experiencia vivida; y es propiamente este sentido concreto el que viene transformado, a través de la metáfora, en un esquema de pensamiento que permite *imaginar* fenómenos abstractos en los términos de dicha experiencia. Este esquema *imaginado* está en la base de conceptos económicos (*La bolsa hoy está arriba* [en alza]), de conceptos asociados al humor (*Hoy me siento bajo* [decaído]), de conceptos psicosociales (*Es una familia muy elevada* [de alta condición social]), etcétera. Estos esquemas se revelan luego comúnmente en el discurso cotidiano en expresiones y estructuras como las siguientes:

**[felicidad = arriba] / [tristeza = abajo]**

- (1) Me siento *arriba/abajo* [*bien/mal*]
- (2) La noticia me *ha dejado por los suelos*.
- (3) Ha *caído* en el desconsuelo.

etc.

**[tener el control o buen éxito = arriba] / [estar sujetos = abajo]**

- (1) Él está *en el vértice* de su carrera.
- (2) La situación está *bajo* control.
- (3) Su poder está *en declive*.

etc.

**[consciencia = arriba] / [inconsciencia = abajo]**

- (1) Debo sacar a la *superficie* mis ideas inconscientes.
- (2) *Ascienden* a mi mente hermosos recuerdos.

etc.

**[más = arriba] / [menos = abajo]**

- (1) El precio de la gasolina continúa *subiendo*.
- (2) El coste de la vida continúa *bajando*.

etc.

En esta visión, la metáfora debe considerarse una estrategia cognoscitiva que da forma a las ideas abstractas, constituyendo el programa y la guía de la actividad imaginativa del individuo y de su análisis de las impresiones. En la conversación no opera un nivel literal de significado por el cual viene establecido un canal comunicativo de cambios puramente informativos. La conversación consiste en la creación de un mundo referencial que es prácticamente ideado metafóricamente. Por ejemplo, a nivel literal, la palabra *coche* [automóvil] se refiere a un concepto concreto. Pero su uso en el discurso implica una serie de connotaciones simbólicas que son descifrables sólo metafóricamente: por ejemplo, **[el coche = clase social]** (*Veo que conduces un Mercedes. ¿Cómo es posible?*), **[el coche = polu-**

**ción]** (*Se deberían prohibir los coches grandes*), etc. Esta red de connotaciones hacen de la palabra *coche* mucho más que un signo denotativo; en el discurso ellas crean un mundo de referencias que transforman el concepto de coche en uno abstracto basado en una cadena de metáforas conceptuales que lo hacen aplicable a situaciones de comunicación específicas. Por tanto, conceptos como el *coche* son imaginados en un mundo que permite entrever una continuidad gnoseológica entre el *sentido concreto* de las impresiones que el concepto evoca y el *pensamiento abstractivo* que viene a formarse en nuestra mente. La metáfora, en esta visión, es el rastro lingüístico de esta *continuidad* entre sentido concreto y pensamiento imaginativo-abstractivo.

El proceso de razonamiento abstractivo es algo diferente del innato y determinado por esquemas fijos en la mente. Es el producto de factores experienciales, imaginativos y metafóricos. En sustancia, a diferencia de las teorías innatistas, los conceptos no son fijos como categorías o estructuras de relación abstracta; ellos derivan de procesos intelectivos imaginativos que están basados en un “sentido de las cosas”.

Las metáforas conceptuales anteriormente ilustradas –por ejemplo, **[tener control o buen éxito = arriba] / [estar sometidos = abajo]**– constituyen esquemas cognoscitivos que vienen a ser expresados en modos diversos en el discurso –“Él está *en el vértice* de su carrera”; “La situación está *bajo* control”; “Su poder está *en decadencia*”; etc.– según las exigencias de la particular situación comunicativa. La metáfora conceptual se reconoce invariablemente en su forma metafórico-asociativa, la cual representa, en efecto, la estructura gnoseológica que está bajo el concepto abstracto en cuestión. Ella se realiza, a nivel lingüístico, en varias formas gramaticales –“El precio de la gasolina continúa *subiendo*”; “El coste de la vida sigue *bajando*”–.

Puesto que se trata de “formas de pensamiento” que muestran una estructura metafórico-asociativa, es más apto utilizar el término *metaforma* para designar la noción de metáfora conceptual [Sebeok y Danesi 2000]. En esta visión de la metáfora, una expresión como *El profesor es una serpiente*, por ejemplo, constituye la forma concreta de una metaforma sustantiva que tiene la siguiente estructura: **[la personalidad de los seres humanos = características animales]**. El vehículo seleccionado –en este caso la *serpiente*– implica connotaciones como “astucia”, “peligro”, etc. De hecho, la selección de otro vehículo específico implicaría otras connotaciones; pero la metaforma cognoscitiva subyacente permanecería la misma:

- \* Mario es un *gorila*.
- \* Él es un *cerdo*.
- \* Cintia es una *gata*.
- \* Aquella chica es un *lirón*.
- etc.

Como indica Vico en la *Scienza nuova*, tales realizaciones no son, efectivamente, más que “pequeñas fábulas” que dan *forma* a las sensaciones:

De esta lógica poética son corolarios todos los primeros tropos, de los cuales el más luminoso, y, por luminoso, más necesario y más frecuente es la metáfora, que es tanto más elogiada cuando a las cosas insensatas ella otorga sentido y pasión, conforme a la metafísica más arriba razonada aquí: que los primeros poetas dieron a los cuerpos el ser de sustancias animadas, sólo en tanto capaces de cuanto ellos podían [dotar], es decir, de sentido y de pasión, y así hicieron las fábulas; de manera que toda metáfora así hecha viene a ser una pequeña fabulita. Por tanto, esta crítica se da en torno al tiempo en que nacieron las lenguas: ya que todas las metáforas basadas en semejanzas con cuerpos que vienen a significar trabajos de mentes abstractas deben ser de los tiempos en que habrían comenzado a brillar las filosofías. [Vico, en Rossi 1963: 203]

Como es evidente por esta cita, según Vico la metáfora es el producto principal de una innata *lógica poética*, que él define como sigue:

‘Lógica’ viene dicha de la voz *lógos*, que primero y propiamente significó ‘fábula’, que se transportó al italiano como ‘favella’, y la fábula para los griegos se dijo también *mutos*, de donde viene para los latinos ‘*mutus*’, que en los tiempos mudos nació mental [...] de donde *lógos* significa ‘idea’ y ‘palabra’. [Vico, en Rossi 1963: 200]

La noción de *lógica poética* constituye, según nuestra opinión, el principio fundamental sobre el que debería implantarse una teoría de las metaformas de pensamiento –puesto que explica filogenéticamente el fenómeno del pensamiento metafórico–, las cuales no son más que manifestaciones de *lógos* en el sentido viquiano, o sea, de una amalgama de palabras e ideas.

Ello consigue que, desde esta óptica teórica, los diversos tropos de la retórica clásica no sean ya más considerados fenómenos lingüísticos autónomos, sino más bien tipos de metaformas. La *personificación*, por ejemplo, hay que considerarla una especie de metaforma en la cual el dominio blanco

[diana] está constituido por los **[animales]** y el dominio fuente por vehículos que se refieren a **[características humanas]**. La metaforma subyacente en el primer caso es, por tanto, **[los animales = características humanas]**:

- \* Mi gato *habla* inglés.
- \* Su perro *canta* muy bien.
- \* Aquel papagayo *comprende* todas las lenguas.
- \* La serpiente no me *ama*.
- \* Tu gato es *astuto*.
- etc.

La *metonimia* presupone, en cambio, una metaforma cognoscitiva en la que el dominio blanco [o dominio diana] viene representado en los términos de un dominio fuente que constituye una “parte” de él. Por ejemplo, la metaforma **[la cara = la personalidad del ser humano]** es de origen metonímico, antes que estrictamente metafórico, en cuanto que la *cara* constituye una parte de un *ser humano*:

- \* Hay diversas *caras* en esta clase.
- \* Debes salvar la *cara*, de otra manera harás un feo papel.
- \* Él tiene dos *caras*.
- \* Te lo he leído en la *cara*.
- etc.

Hay que advertir que esta metaforma se manifiesta comúnmente no sólo en el lenguaje, sino también en tradiciones y esquemas institucionales-simbólicos: por ejemplo, se halla en el hecho de que los retratos se basan en la representación de la cara del sujeto, en el hecho de que se enjuicia a una persona en relación con su rostro (a primera vista), etcétera. El mismo concepto metonímico está en la base del uso de la máscara en nuestra cultura para representar cualquier personaje o figura alegórica. Por ejemplo, en la *Commedia dell’Arte* actúan generalmente a rostro desnudo los enamorados, mientras que portan la máscara (más exactamente una media máscara o dominó, muy grotesca al comienzo y poco a poco siempre más ennoblecida, que dejaba descubierta la parte inferior del rostro) los viejos, los siervos y, no siempre, los capitanes. Arlequín y Brighella, Pantaleón y el Doctor, con sus innumerables variantes, son máscaras, mas aquí el término indica un personaje fijado por las características bien definidas y no tiene nada que ver con el uso de la máscara; tan verdad es que frecuentemente los actores los personificaban con el rostro descubierto. Con el teatro público cerrado se inició una nueva época: se orientó hacia formas más realistas y se confió mucho al cambiar las expresiones faciales, mientras que adquiría importancia determi-

nante el maquillaje. La máscara sobrevive en Occidente sólo ocasionalmente en espectáculos o en la puesta en escena de textos que expresamente lo requieren: por ejemplo *El gran Dios Brown* de Eugene O'Neill (1888-1953) o *El alma buena de Sezuan* de Bertold Brecht (1898-1956). Ha quedado de uso común en muchas formas de teatro oriental (por ejemplo, en el *no* japonés, en el que hay funciones análogas a las que había en el teatro griego), donde frecuentemente hay formas mucho más estilizadas que no recalcan necesariamente las líneas del rostro humano.

Como es bien sabido, Vico consideraba la metonimia, y el proceso afín que es la sinécdoque, como fenómenos cognoscitivos diferentes de la metáfora:

Por tal misma lógica, derivada de tal metafísica, debieron los primeros poetas dar los nombres a las cosas mediante las ideas más particulares y sensibles; que son las dos fuentes, ésta de la metonimia y aquella de la sinécdoque. [SN, § 406. N.T.]

Como tercer tipo de metaforma, *la ironía* presupone una estructura cognoscitiva en cuyo dominio blanco es conceptualizado en términos opuestos:

- \* ¡Mira un momento, no hay nadie! (dicho de un público numeroso)
- \* ¡Pero qué estupenda jornada! (dicho de una jornada en la que el tiempo ha sido particularmente malo)
- \* ¡Menos mal que no hay hambre! (dicho de una persona que muestra un apetito voraz)
- etc.

Según Vico, la ironía se manifiesta como proceso cognitivo de reflexión “falsa”:

Ciertamente, la ironía no pudo comenzar más que en los tiempos de la reflexión, porque está formada de lo falso a fuerza de una reflexión que se enmascara de verdad. [SN § 408. N.T.]

Desde un punto de vista fenomenológico, el principio de continuidad implica que nociones abstractas comunes, como la *discusión*, la *personalidad de los seres humanos*, etc., constituyen las realidades metafóricas, metonímicas o irónicas que nosotros “sentimos” pero que, sin embargo, no logramos representar directamente en lenguaje figurado, por lo que el lenguaje metafórico es un precioso instrumento de claridad intelectual, además que de creatividad lingüística también. En general, como hemos visto anteriormente, se

obtiene el proceso de concreción recurriendo a los esquemas mentales provenientes de la esfera sensorial.

En muchos estudios se ha mostrado que la habilidad para utilizar el lenguaje figurado está presente ya en los niños, reforzándose la hipótesis de que la capacidad para crear vínculos originales entre diferentes ámbitos de la realidad depende sobre todo de la experiencia sensorial. En esta línea se han ofrecido diversas explicaciones. Para el psicólogo conductista B.F. Skinner [1957], por ejemplo, la metáfora era una respuesta lingüística a un estímulo no reforzado antes por la comunidad verbal, citando el caso de un niño que había descrito el efecto que le provocó su primer vaso de agua mineral: “*Like my foot's asleep*” (“como si mi pie se hubiese adormecido”), después de que *my foot's asleep* hubiera sido reforzado por la comunidad para definir la propiedad física de la inmovilidad. Según Skinner, el niño habría extendido este estímulo ya reforzado a la definición de una experiencia sensorial similar.

Según otros, la metáfora infantil es el producto de la percepción sensorial, la cual, a su vez, es un espejo de la realidad. Ello presupone que el conocimiento de un estadio final pueda guiar la estructuración de los siguientes y, obviamente, esta reflexión puede ser extendida desde el proceso de representación de la información sensorial al resto de las operaciones lógicas. Esto implica, entonces, que la selección de los vehículos, o sea, de los dominios conceptuales fuente, no es del todo arbitraria en los actos metafóricos originales, sino que, en cambio, está basada en la observación, esto es, en el *sentido* de las cosas. La metáfora es potente cognitivamente justo por el hecho de que ha nacido de la experiencia *sensorial-afectiva* del mundo; por este motivo ella produce un efecto a veces estético, a veces sinestético.

Según el psicólogo Vygotskij [1962], las primeras palabras del niño expresan imágenes del mundo; son, justamente, rudimentarias metáforas de sentido. He aquí por qué se escuchan algunas veces frases del tipo *Papá tiene un hoyo en la cabeza*, puesto que, desconociendo la palabra *calvicie*, el niño obviamente quiere representar las propias experiencias y observaciones con los recursos asociativos que le ofrece la mente. He ahí por qué Vygotskij llamaba a las primeras palabras “pequeñas obras de arte verbal”. Utilizando sucesivamente el lenguaje asociativo para su propio pensamiento, éste llegará a ser progresivamente indistinguible del pensamiento mismo [v., en relación, Fonzi y Negro Sancipriano 1975, Crema y De Roberts 1987].

Las primeras palabras son, como habría dicho Vico, pequeñas poesías. Esta fase del desarrollo ontogenético refleja un estadio filogenético de la especie humana que se puede, por tanto, denominar *poético* (= *Homo poeticus*). La

fase metafórica, entonces, permite al niño llegar a ser *sapiente* (= *Homo meta-phoricus* = *Homo sapiens*), es decir, capaz de *saber* las cosas de modo abstracto a través de la metáfora. Por último, cuando el niño llega a estar en posesión del sistema simbólico-gramatical de una lengua, comienza a reflejar conscientemente sus propios pensamientos (= *Homo symbolicus*). En este punto, el niño llega a ser doblemente *sapiente*, es decir, *Homo sapiens sapiens*.

## [9]

## LOS MODELOS CULTURALES

Un aspecto importante que ha destacado en las recientes investigaciones sobre la metáfora es que una particular noción abstracta viene frecuentemente conceptualizada de diversas maneras. Veamos, como ejemplo ilustrativo, cuáles son algunos de los vehículos que guían la conceptualización del concepto **[ideas]** [Lakoff y Johnson 1980: 46-48]:

**[alimento]**

- \* La ideas que propuso me dejaron un *sabor amargo*.
- \* Hay demasiadas ideas aquí para que yo pueda *digerirlas* todas.
- \* Él es un *voraz* consumidor de ideas nuevas.
- \* No tenemos necesidad de *embocar* a nuestros estudiantes.
- \* Esta idea ha *fermentado* durante años.

etc.

**[personas]**

- \* Darwin es el *padre* de la biología moderna.
- \* Aquellas ideas medievales *viven* aún.
- \* Esa idea está aún en la *infancia*.
- \* Aquella idea debería *resurgir*.
- \* En esa idea *respiró* una nueva vida.

etc.

**[moda]**

- \* Esta idea está ya *fuera de moda* desde hace años.
- \* Berkeley es un centro de pensamiento de *vanguardia*.
- \* La idea de revolución no está ya en *boga*.
- \* Su idea ha llegado a ser bastante *chic*.
- \* Esa idea es un viejo *sombrero*.

etc.

**[vista]**

- \* No *veo* la lógica de tu idea.
- \* Esas ideas están consideradas bajo un cierto *punto de vista*.
- \* Esta idea debe ser *revisada* a la luz de nuevas investigaciones.
- \* *Veamos* si esa idea es verdaderamente aceptada.

etc.

Estos enunciados demuestran claramente que el concepto **[ideas]** viene codificado mentalmente por medio de diversos vehículos concretos. La intersección de estos vehículos en nuestra mente produce lo que Lakoff y Johnson llaman un *modelo cultural* de las **[ideas]**. Ello se puede definir, por tanto, como la configuración específica de los vehículos concretos que constituyen un singular concepto abstracto. Todo esto demuestra que el florecimiento de expresiones metafóricas, como las antes citadas sobre el discurso cotidiano, no sólo no es una desviación sino que revela, en cambio, una sistematicidad respecto al modo en que pensamos. Estas expresiones se cohesionan en un sistema conceptual que estructura todo aquello que percibimos, cómo nos movemos en el mundo, y cómo nos relacionamos con otras personas. Nuestro sistema conceptual, por tanto, desarrolla un papel determinante en el definir nuestras realidades cotidianas. La metáfora, como proceso cognitivo, nos permite acceder a este sistema altamente productivo, el cual debe ser deducido desde el uso lingüístico. Un concepto como **[ideas]** es configurado no por un singular significado de base literal, sino por un montón de vehículos como aquellos referidos más arriba, los cuales, globalmente, lo definen en términos culturales. Cuantas más metaformas vengan a constituir un concepto, más productivo es en una cultura. Sin embargo, el número potencial de metaformas no está nunca cerrado, dado que cualquier modelo cultural puede ser siempre ampliado o modificado según la fantasía. Los seres humanos, efectivamente, están predispuestos a crear metáforas nuevas constantemente.

Todo ello lleva a concluir que la metaforización es el proceso operativo en la creación de las palabras por conceptos abstractos, hecho que es fácilmente verificable etimológicamente. He aquí algunos ejemplos en italiano [y español]:

- \* “*percepire*” - *percibir* < latín *per* + *capere* “prender” / “coger”
- \* “*esaminare*” - *examinar* < latín *ex* + *agmen* “tirar” / “tirar”
- \* “*discernere*” - *discernir* < latín *dis* + *cernere* “separar” / “separar”
- \* “*prospettiva*” - *perspectiva* < latín *pro* + *spicere* “guardar” / “mirar”
- \* “*comprendere*” - *comprender* < latín *cum* + *prehendere* “prender” / “tomar”
- \* “*idea*” - *idea* < griego *eideein* “vedere” / “ver”
- \* “*teoria*” - *teoría* < griego *theoria* “vista” / “vista”
- \* “*pensare*” - *pensar* < latín *pensare* “pesare con cura” / “pesar con cuidado”

etc.

Las indagaciones etimológicas revelan, ciertamente, que éste es un fenómeno universal. He aquí algunos ejemplos tomados de diversas lenguas:

- \* En hebreo moderno *litpos*, “entender”, significaba originariamente “tomar”.
  - \* En la lengua de los Maoríes, pueblo indígena de Nueva Zelanda, *kura*, “conocer”, significaba originariamente “ver” y *kia marama te titiro*, “comprender”, significaba “ver con claridad”.
  - \* En japonés *yoin*, “sentimientos”, significaba originariamente “sonido reverberante”.
  - \* En chino *takuan*, “saber que ciertas cosas son incognoscibles”, significaba originariamente “ver”.
  - \* En sánscrito *maya*, “utilizar la mente”, significaba originariamente “medir a ojo”.
- etc.

La noción de modelo cultural tiene una base en la noción viquiana de memoria. Nuestras expresiones figuradas confluyen en un sistema mnemónico que estructura todo aquello que percibimos. Como han observado Honeck y Hoffman [1980: 7], no nos damos cuenta del hecho de que en el discurso normal son expresadas de media cerca de cuatro figuras estilísticas por minuto, y que, por tanto, comprendiendo formas nuevas o formas comunes o estandarizadas, se llega a la cantidad de veintiún millones en una vida. La figuración lingüística nos permite acceder a este sistema altamente productivo, el cual debe ser deducido desde el uso lingüístico.

En síntesis, parece propio que la memoria lingüística tenga su base en la estructura metafórico-asociativa del sistema semántico de un lenguaje. Sin acceso a dicha base, el hablante no podría comunicarse de manera apropiada culturalmente. Este es, en efecto, el caso de los estudiantes de lengua extranjera, los cuales usan palabras de la lengua extranjera sin conocer la estructura metafórica de éstas. Esto hace que su lenguaje sea correcto morfológicamente pero anómalo semánticamente. Conocer un lenguaje, como sostenía Vico, implica conocer las estructuras psico-metafóricas que lo hacen un instrumento histórico y cultural.

### III METÁFORA Y FANTASÍA

La cuestión de cómo se forman los conceptos en la especie humana a través del lenguaje es el objetivo principal de la lingüística cognitiva. Las investigaciones en este campo llevan a concluir, como hemos discutido otras veces en los dos capítulos anteriores, que hay una continuidad entre los conceptos abstractos y los concretos a través de la metáfora. Y esto nos lleva a una consideración acerca de la *fantasia* viquiana como fuente psicológica de esta continuidad. El objetivo del presente capítulo es, por tanto, profundizar en la visión viquiana de la metáfora como producto de la fantasía.

#### [10]

#### LA FANTASÍA

Toda metáfora, en su origen, es el producto de una intuición imaginativa. Sólo cuando resulta puesta en uso en una comunidad lingüística sucede que “pierde” su efecto imaginativo, llegando a convertirse en lenguaje “informativo”. Determinar cómo la metáfora funciona a nivel imaginativo, es decir, a nivel de su formación, constituye un problema fundamental, puesto que es difícil establecer las relaciones entre sentido de las cosas y sentido de las palabras. La cuestión psicológica central concierne, por tanto, a cómo ella sea motivada. En el caso de una típica expresión metafórica, como *Francisco es una serpiente*, la correlación entre dos referentes disímiles, una persona que manifiesta un cierto carácter y un comportamiento previsible y un tipo de reptil (generalmente venenoso) es debida, con toda probabilidad, a la percepción de que los seres humanos y los animales están interconectados de un modo determinado en la Naturaleza. Es una antigua intuición que ha producido, por ejemplo, los primeros mitos y las primeras tradiciones simbólicas-rituales de diverso tipo, cuales, por ejemplo, las tradiciones totémicas por las que un tipo de animal es reconocido por un cierto clan como el mismísimo antecesor mítico por el que se siente protegido.

La fantasía se puede definir, simplemente, como la facultad de formar imágenes referentes o no a la realidad, pero no presentes en la sensación. Puede ser *reproductiva* (consistente en evocar de nuevo representaciones formadas en la percepción de la realidad externa), *integradora* (cuando completa un dato sensorial poco claro), o *creadora* (cuando es libre la asociación). Aristóteles afirmaba que la imaginación era espontánea respecto a la posibilidad de evocar arbitrariamente las imágenes, y condicionada respecto a la sensación que ofrece a ella el propio material. Fue el gran filósofo y hombre de Estado inglés Francis Bacon (1561-1626) quien nos ha transmitido el concepto de la imaginación como la guía para el sentido común, la inteligencia, la memoria y la sensación. Como fuere, en la obra contemporánea de Descartes (1596-1650) la imaginación viene a ser concebida como una simple sensación refleja o consciente. El filósofo Immanuel Kant (1724-1804), retomando el problema desde su base, distingue la imaginación en *productiva* (simple condición formal del conocimiento) y *reproductiva*. Los idealistas, sin embargo, suprimieron esta distinción y definieron la imaginación como el órgano mismo de la producción de lo finito y de lo múltiple, tanto que el artista, al que la imaginación le compete de modo eminente, se convierte en el mediador entre el mundo sensible y el absoluto. Hay que notar cómo una parte de la epistemología contemporánea reivindica para la ciencia los mismos poderes de la imaginación.

Como es bien sabido, el estudio en psicología de la relación entre fantasía y percepción nace en Alemania, a comienzos de siglo XX, por obra de un movimiento intelectual denominado *psicología de la forma*, o simplemente *Gestalt*. La concepción fundamental de base en este movimiento era aquella según la cual en nuestra percepción del mundo externo no aprehendemos las simples sumas de estímulos, que se unen dando los objetos, sino que percibimos las formas, que son algo muy distinto de la simple suma de los estímulos que la componen. Dicha teoría se oponía polémicamente a cuanto sostenían los psicólogos asociacionistas y elementaristas que, en cambio, concebían el proceso perceptivo como una simple obra de suma de estímulos, y veían el trabajo del psicólogo sobre todo como una obra de análisis de lo percibido, en que era importante separar el momento de la “sensación” y el de la verdadera y propia “percepción”. Para los psicólogos de la *Gestalt*, en cambio, dicho análisis no era posible, siendo las formas mismas las mismas unidades de análisis, ulteriormente escindibles; ellos pensaban, de otro modo, que las formas se constituían sobre la base de ciertas leyes perceptivas sustancialmente innatas, ligadas a la dinámica del sistema nervioso,

mientras que para los asociacionistas los vínculos entre las sensaciones elementales se constituían sobre la base de la experiencia pasada del individuo.

El nacimiento de la *Gestalt* tuvo lugar con un famoso experimento en 1911 de Max Wertheimer (1880-1943) sobre el movimiento aparente o estroboscópico: el denominado “fenómeno phi”. Éste consiste en el hecho de que, presentando dos luces proyectadas sobre una pantalla a una cierta distancia la una de la otra, y separadas por un breve intervalo temporal, el sujeto no percibe dos luces inmóviles, sino una única luz en movimiento desde la primera hasta la segunda posición. El fenómeno en cuanto tal era conocido ya desde hacía tiempo (y por lo demás es básico en el movimiento cinematográfico), pero la originalidad de Wertheimer está en la interpretación. El fenómeno *phi* demostraba, efectivamente, cómo el hecho perceptivo era inanalizable; el movimiento, en este caso el dato más importante que emergía a nivel perceptivo, habría sido destruido por un proceso de análisis, que habría llevado sólo a hallar estímulos estacionarios. En 1923, Wertheimer enunció una serie de leyes, por las que los estímulos se organizaban en formas: por la *ley de la cercanía*, los estímulos tienden a organizarse en formas sobre la base de su cercanía. Por la *ley de la semejanza*, cuanto más similares son los estímulos más tienden a ser percibidos unitariamente. Por la *ley del cierre*, las formas cerradas son percibidas mejor que las abiertas, y si el cierre es incompleto el sujeto tiende a completarlo perceptivamente. Por la *ley de la experiencia pasada*, las formas de las que el sujeto tiene una experiencia pasada son vistas preferiblemente antes que otras. Por la *ley de la riqueza de significados*, una forma es tanto más buena cuanto más lo permitan las condiciones dadas.

Las leyes gestálticas mencionadas podrían, obviamente, ser traídas a colación para “explicar” la metáfora. De hecho, en su obra rupturista, de 1980, Lakoff y Johnson adoptaron propiamente la visión gestáltica para explicar cómo la metáfora llega a formarse en la mente, posición que han revalidado posteriormente [Lakoff y Johnson 1999].

Según estos dos estudiosos, la metáfora es el producto de *formas gestálticas* que ellos denominan *esquemas imaginarios*, como ya hemos discutido, esquemas de pensamiento derivados de experiencias vividas. Tomemos como ejemplo ilustrativo, nuevamente, el uso de las palabras *arriba* y *abajo* en expresiones metafóricas; tomemos las palabras “arriba” y “abajo”. El sentido físico de orientación vertical constituye una experiencia vivida; y, justamente, es este sentido concreto el que viene transformado, a través de la metáfora, en un esquema de pensamiento que permite *imaginar* una vasta gama de fenómenos abstractos en los términos de dichas experien-

cias. Este esquema *imaginario*, que podemos representar con la tirada [verticalidad], está en la base –como hemos visto en nuestro anterior capítulo– de conceptos económicos (*Parece que la bolsa sube regularmente*), de conceptos asociados al humor (*Cuando llueve me siento generalmente bajo de humor*), de conceptos psicosociales (*Es una familia de clase alta*), etcétera. Como se puede ver por ejemplos como éstos, el proceso metafórico reside en la realización concreta de un particular esquema de pensamiento que tiene no sólo una función de reconocimiento de las experiencias, sino también una función predictiva, en cuanto que permite prever anticipadamente determinadas consecuencias y, por ello, de realizar inferencias y deducciones. El esquema es, en otras palabras, una clase de *mapa mental* que describe un recorrido imaginativo basado en una sucesión ordenada de ideas adyacentes y contiguas la una a la otra.

La metáfora, en esta visión, es la huella lingüística de una continuidad que nosotros construimos con nuestra fantasía entre el sentido concreto de las cosas y el pensamiento abstractivo. El cerebro humano parece ser, por así decir, un “órgano sensorial-fantástico” que permite formar categorías de pensamiento abstracto en base a las funciones del cuerpo, de los sentidos y de la experiencia vivida.

El esquema guía también la selección del vehículo a utilizar en una específica situación. Por ejemplo, el concepto metafórico se puede realizar como sustantivo (*Francisco es una serpiente*), adjetivo (*Francisco siempre ha tenido una actitud serpentina*), verbo (*Francisco serpentea siempre en torno a las cosas*), etc., en relación con elecciones personales de significado, por causa de exigencias sintácticas, etcétera. Cada una de estas expresiones revela una operación de “*editing mental*”, y, por ello, una elaboración de significado o de forma a la que es sometida, antes de su realización en un enunciado, su carácter apropiado en la situación en cuestión. La selección de un vehículo específico, obviamente, implicaría otras connotaciones (*Francisco es un conejo*, *Francisco es un perro*, etc.). El esquema realizado por metáforas específicas en el discurso da, por tanto, *forma* a las varias imágenes que nos hacemos de las personas.

Generalmente se mantiene que cuanto más dotado de concreción esté un concepto tanto más fácil resulta recordarlo. En consecuencia, los esquemas mentales, suministrando un enganche con la realidad sensorial, facilitarían la memoria. Una escasa capacidad de comprensión y de memoria dependerían de una escasa habilidad de imaginación. Ello podría tener una explicación en el modelo de Paivio [1979], según el cual el pensamiento se basa en

dos sistemas de representación: verbal y visual, separados pero interconectados. Cuando la imaginación está implicada en el procesamiento del material verbal, se presume que ambos sistemas están activos, generando de esta manera dos códigos de memoria que producen la recuperación de la información más eficazmente que en relación a la implicación de un solo código.

Todo ello viene a sugerir, por tanto, aquello que hemos denominado anteriormente como fases etimológicas viquianas. Como afirma el mismo Vico, “Los hombres primeramente sienten sin advertir [*fase poética*], luego advierten con ánimo perturbado y conmovido [*fase metafórica*], y finalmente reflexionan con mente pura [*fase lógico-simbólica*]” [Vico, en Rossi 1963: 128]. Para Vico, entonces, la metáfora es un índice del funcionamiento del *ingenio*, que constituiría el uso práctico de la *fantasía*, que, como es bien sabido, él define como una facultad de la mente humana que permite al individuo crear ideas y conceptos en función de imágenes concretas del mundo. Estos “actos ingeniosos” permiten a todo individuo transformar las propias experiencias concretas en un sistema de reflexión e ideación interior. La metáfora es la manifestación, el índice verbal, de esta transformación, revelando un innato estilo poético en la formación de conceptos. El pensar y el hablar abstractos y racionales, que Vico llama *stile in prosa*, alcanzan un nivel posterior respecto al estilo poético más imaginativo del lenguaje concreto. La metáfora está, dicho en pocas palabras, en el centro del moldeamiento simbólico de la experiencia del mundo.

Las tres fases –*Homo poeticus*, *metaphoricus* y *symbolicus*– son llamadas por Vico respectivamente la *edad de los dioses*, la *edad de los héroes* y la *edad de los hombres*.

La edad de los dioses, en la que los hombres gentiles creyeron vivir bajo gobiernos divinos y que cada cosa les era ordenada con los auspicios y con los oráculos [...] La edad de los héroes, en la que ellos vivieron en repúblicas aristocráticas [...] y finalmente la edad de los hombres, en la que todos reconocieron ser iguales en su naturaleza humana [...] Convenientemente a estas tres clases de naturaleza y de gobiernos se hablaron tres especies de lenguas: la primera [...] una lengua muda mediante signos o cuerpos que tenían relaciones naturales con las ideas que ellos querían significar [...]; la segunda se habló mediante enseñanzas heroicas, o sea, por semejanzas, comparaciones, imágenes, metáforas y descripciones naturales [...]; la tercera fue la lengua humana por voces convenidas por los pueblos [...] porque los pueblos dan los sentidos a las leyes. [Vico, en Rossi 1963: 266-267]

El lenguaje del *Homo poeticus* es, por tanto, sagrado y secreto; el lenguaje del *Homo metaphoricus* es altamente figurativo; y, por último, el lenguaje del *Homo symbolicus* es el más banal, pero el más útil para los usos vulgares de la vida. El *Homo poeticus* tiene una mente dominada por la *fantasia*, el *metaphoricus* la tiene, en cambio, dominada por el *ingegno*, y el *symbolicus* tiene una mente dominada por la *memoria*. Esta concepción conserva una gran relevancia psicológica, sobre todo por la relación que establece entre tipo de mentalidad y tipo de lenguaje. La psicología moderna ha estudiado mucho esta relación, una relación que se halla a nivel de todo tipo de interacción, desde la interpersonal a la institucional.

En el modelo viquiano, la mente *poética* es una mente creativa que nace del sentido, puesto que “la mente humana no entiende ninguna cosa de la que no haya tenido algún motivo por los sentidos, la cual usa entonces el intelecto cuando, de la cosa que siente, recoge una cosa que no cae bajo los sentidos” [Vico, en Rossi 1963: 174]. Por tanto, consiste en la habilidad de utilizar los sentidos para crearse modelos mentales de algún referente. Tal sabiduría es *poética* (del griego “hacer”) porque permite dar expresión a ideas concretas. Ella es el producto de la fantasía [v., en relación, Sevilla 1992].

En términos cognitivos, la *fantasia* es la facultad que permite modelar el mundo físico y afectivo en términos de sentido: “cuando queremos sacar fuera del entendimiento cosas espirituales, debemos socorrernos por la fantasía para poder explicarlas y, como pintores, fingir imágenes humanas” [Vico, en Rossi 1963: 201]. Es, en cambio, el *ingegno* humano el que permite correlacionar tales imágenes de modo metafórico. La metáfora, en esta visión, es entonces la manifestación concreta del ingenio. Y, de hecho, toda nueva metáfora es ciertamente ingeniosa.

El modelo viquiano viene completado, como hemos indicado más veces, con la noción de *memoria* que, en este trabajo nuestro, nos bastará con definir como la habilidad de recordar conceptos que la metáfora y el pensamiento fantástico permiten encarnar en el lenguaje, en los símbolos, en las instituciones sociales. Efectivamente, la metáfora es memorable porque es una especie de fábula. Y parece apropiado que la mente humana esté dispuesta a recordar las cosas de modo narrativo: “cada metáfora así hecha viene a ser una pequeña fabulita” [Vico, en Rossi 1963: 203]. Este modelo implica, por ello, que todo el sistema conceptual de la especie humana tiene un origen metafórico. Esto es particularmente evidente en los niños: “En los niños es muy vigorosa la memoria; y así vívida en exceso la fantasía, que no es otra cosa que memoria dilatada o compuesta” [Vico, en Rossi 1963: 127].

[11]

## LA METAFORIZACIÓN

Existen dos procesos principales de metaforización, y esto quiere decir de hacer concreto el pensamiento abstracto a través de la metáfora. El primero ejemplifica un tipo en el que más de un concepto abstracto viene conceptualizado a base de los mismos esquemas mentales. Por ejemplo, el amor y la amistad comparten el mismo esquema de **[viaje]**: *Nuestra amistad va adelante muy bien = Nuestro amor va adelante muy bien*. El segundo tipo está caracterizado en cambio por un proceso en el que muchos esquemas son utilizados para conceptualizar una singular abstracción. Por ejemplo, la conceptualización de **[fortuna]** comparte una combinación de diversos esquemas, como son los siguientes:

Esquema	Concepto = [fortuna]
[cualidad]	Soy afortunado. La fortuna es bella, cuando viene.
[cantidad]	Tengo poca fortuna. En cambio, él es muy afortunado.
[visualización]	La fortuna es ciega
[medida]	Tiene una pequeña fortuna. Su fortuna es amplia.
[persona]	Son bendidos por la fortuna. Necesitas agarrar la fortuna por los pelos.
[verticalidad]	La fortuna sale y desciende. La fortuna de aquellos personas está descendiendo.
etc.	etc.

No hace falta decir que la fuente cultural para esta conceptualización se halla en el hecho de que, para los antiguos, la *fortuna* era el nombre de una diosa que distribuía ciegamente bienes y males entre los hombres. Ella era, de hecho, representada por una figura de mujer con una venda en los ojos y la punta de un pie sobre una voluble rueda. Aún hoy, la *fortuna* viene comúnmente percibida como un ente imaginario de cuyo capricho dependen las cosas humanas, y en el lenguaje común sobreviven en ciertas expresiones algunos aspectos de la antigua concepción, como fuerza subjetiva, como acti-

vidad o voluntad más o menos consciente, como alternativa variable e impredecible de acontecimientos, etc.: *la fortuna de un autor, la fortuna de una obra, el socorro de la fortuna, las culpas de la fortuna, el timón de la fortuna*, etc.

Obviamente, un concepto cualquiera puede compartir esquemas con otros conceptos, a través de la metaforización, mientras que podrá haber algunos independientemente de esos dominios, que podrán compartir con otros conceptos diferentes. Este tipo de análisis permite comprender por qué ciertos conceptos tienen características semánticas en común, además de en oposición. Y, por otro lado, sirve para darse cuenta de que el número de esquemas que la mente humana es capaz de formar es, en teoría, infinito; pero en la práctica cada cultura tiende a limitar los esquemas a un número determinado, basados en las experiencias de tiempo, espacio, emotividad, cantidad, etc. Esto se ve, por ejemplo, en los significados metafóricos y metonímicos asignados a los colores:

Colores	Conceptos
[rojo]	<i>estar en rojo = se dice en lenguaje bancario del correntista cuya cuenta está en pasivo o ha sobrepasado su nivel de crédito; bandera roja = la de los partidos de inspiración marxista, con directa alusión a tal bandera y referencia a la a la línea política de los partidos de izquierda y de extrema izquierda, etc.</i>
[verde]	<i>los verdes años = los años de juventud; la verde edad = la primera juventud; número verde = dicho del número telefónico con una línea especial; etc.</i>
[amarillo]	<i>novela amarilla = en Italia, la novela policíaca (el nombre deriva del color de la cubierta de algunas novelas de este tipo publicadas en Italia en los años treinta del s. XX); sindicato amarillo = se dice de aquel sindicato que sirve de instrumento a los intereses de la patronal más que a la voluntad de los trabajadores; etc.</i>
[azul]	<i>equipo azul = el equipo nacional italiano, llamado así porque sus camisetas son azules; un azul = todo atleta, en particular todo futbolista, que forma parte del equipo</i>
[blanco]	<i>noche en blanco = noche pasada sin dormir; matrimonio blanco = matrimonio no consumado; etc.</i>
[negro]	<i>dinero negro = dinero ilícito o clandestino sin declarar a Hacienda; crónica negra = crónica referida a delitos o incidentes graves; etc.</i>
etc.	etc.

Estos conceptos constituyen los recorridos que seguimos mientras hablamos. Si se nos viene a la mente la personalidad de alguien, entonces tenemos la opción de utilizar un dominio conceptual basado en los colores, en las características de los animales, y en otras cosas. Obviamente, la selección específica del dominio está determinada por diversos factores, como el conocimiento del interlocutor (si se habla a un hablante extranjero tendemos a evitar dominios de diversos tipos), las necesidades semánticas indicadas, etc. He aquí una lista de algunos esquemas que tenemos a nuestra disposición cuando queremos hablar de las personas:

**[líquido]** = Es una persona *límpida, turbia, transparente*, etc.

**[gusto]** = Es una persona *bueno, dulce, amarga*, etc.

**[animal]** = Es una *serpiente*, un *conejo*, un *león*, un *tigre*, etc.

**[contenedor]** = Es una *bota*, un *barril*, un *saco vacío*, etc.

**[tiempo]** = Es un *desprendimiento*, un *terremoto*, un *volcán*, etc.

**[objeto]** = Es una *joya*, un *computador*, una *perla*, etc.

**[planta]** = Es una *amapola*, un *tronco*, una *rosa*, etc.

**[juego]** = Es una *enigma*, un *acertijo*, etc.

**[edición]** = Es una *enciclopedia*, un *libro abierto*, etc.

**[figura literaria]** = Es un *héroe*, un *hada*, una *bruja*, etc.  
etc.

Obviamente, en el acto de metaforización, hay una interacción continua entre sistema verbal y sistema conceptual, por la que a veces una palabra sugiere un concepto, y, viceversa, a veces una intención se asocia a una palabra y ésta, a su vez, permite acceder a diversos dominios conceptuales, etcétera. Se trata, por tanto, de un proceso cíclico, antes que lineal.

## [12]

### LOS ESQUEMAS MENTALES

Como ya hemos discutido anteriormente, la metaforización está conducida por el sentido de las cosas, el cual se transforma en esquemas mentales que permiten visualizar dicho sentido. El término *esquema* (del gr. “figura”, “forma”) es una representación mental simplificada de las partes esenciales de un evento o de un fenómeno. Es sinónimo de “huella”, “bosquejo”, “esbozo”, “croquis”, “modelo”, “marco”, “encuadramiento”. Los esquemas son, en la concepción de Vico, los universales del pensamiento basados en la fantasía; son, en efecto, los organizadores y los contenedores de informaciones sensoriales. Es interesante notar que ya Aristóteles, en la *Poética*, sugería utilizar los esquemas al construir una tragedia, teniendo en cuenta tres reglas:

unidad de tiempo, unidad de lugar y unidad de acción. Los esquemas, según Aristóteles, tenían no sólo funciones de reconocimiento de las experiencias, sino también una función predictiva, en cuanto permitían prever anticipadamente determinadas consecuencias y hacer inferencias y deducciones.

Si bien algunos psicólogos sostienen hoy que la creación de imágenes mentales es un proceso natural de la mente humana, que sería prácticamente un requisito previo neurológico para pensar metafóricamente, para otros ésta no es la esencia de los procesos de pensamiento sino, justamente, un medio potencial para su activación. En otras palabras, el pensamiento haría uso de diversos tipos de representación cognitiva, algunos de los cuales son producidos por procesos imaginativos, como en el caso de las imágenes mentales, y otros por sistemas de representación más abstractos, como en el caso de las representaciones proposicionales. No podemos proponer de nuevo aquí el bien conocido debate entre simbolistas y conceptualistas, pero también a la luz de los estudios sobre las bases neuroanatómicas de las funciones superiores podemos afirmar con cierta seguridad que ambos procedimientos no pueden dar cuenta de la complejidad de los procesos cognitivos. La formación de los conceptos metafóricos implica, por otro lado, que sean utilizados en diversas fases del pensamiento tanto el modelo visual como el proposicional. Por ejemplo, algunas investigaciones sobre el razonamiento silogístico han demostrado que las imágenes mentales, aun no siendo componentes necesarios, lo facilitan significativamente, en especial en el caso de aquellos problemas que se benefician mayormente de las estrategias que se basan en la visualización. En cambio, en el razonamiento deductivo las estrategias del sujeto cambian en función del grado de familiaridad con el problema, las estrategias espaciales prevalecen inicialmente, pero enseguida son sustituidas por estrategias proposicionales, que con el aumento de la familiaridad llegan a ser más “económicas” y adquieren, por tanto, mayor importancia. En algunos casos, el uso de imágenes mentales puede ser por añadidura deletéreo para las operaciones cognitivas, cuando, a falta de control apropiado, puede originar representaciones engañosas. Éste es el caso de las denominadas ilusiones visuales.

Como hemos visto, según una concepción gestáltica, los esquemas guían no sólo la formación de imágenes mentales sino también las elecciones lingüísticas que se manifiestan en el discurso. Considérese, como ejemplo, el esquema [obstáculo]. En el mundo de la percepción física, un obstáculo bloquea la vista de manera que no es posible ver un objeto más allá del obstáculo. Esto implica, en términos concretos, que se puede superar el obstáculo

*rodeándolo, sobrepasándolo, removiéndolo*, etc., para poder después continuar hacia el objeto. Por otro lado, el obstáculo puede impedir que alguien continúe hacia el objeto, lo cual implicaría que la persona debe *pararse y volver hacia atrás*. A través de la metaforización, estas acciones pueden ser imaginadas, llegando a ser las bases conceptuales para expresar diversas ideas abstractas, como las siguientes:

- \* Acaban de *superar* un período muy difícil.
- \* Debo tratar de *superar* los peligros de mi carrera.
- \* La lluvia *ha impedido* que se hiciese la fiesta.
- \* Llegados a este punto en el proyecto de investigación no se puede *volver atrás*
- etc.

[13]

## EL SIGNIFICADO

El análisis del discurso basado en los principios de lingüística cognitiva elaborados en este trabajo conduce al problema del significado. ¿Qué es el significado? ¿Cómo lo desciframos? Tales preguntas no tienen una respuesta directa, en cuanto el significado varía desde la pura interpretación personal a las convenciones culturales. De los estudios sobre la metáfora se puede destilar la noción de que el significado no es más que una imagen mental de las cosas, una imagen que viene a formarse o por experiencia directa o por asociación metafórica. Esta noción traza sus coordenadas teóricas en la obra del gran lingüista alemán Karl Bühler [1908], quien sostenía, antes del actual interés por la metáfora en lingüística y en psicología, que ella era la “cola semántica” de todo el sistema cognoscitivo de una cultura; y en la obra del psicólogo americano Rudolf Arnheim [1969], quien sugirió que las formas verbales y no verbales de la representación están interconectadas en cuanto derivan de los mismos procesos de modelación sensorial. La metáfora permite, por tanto, acceder a gran parte del sistema de significación de una cultura, revelando, por otro lado, que dicho sistema está empernado en la experiencia del mundo.

Es relevante además que toda metáfora conceptual influencia también los esquemas de comportamiento físico, las tradiciones sociales, las instituciones culturales, etcétera. Los ritos asociados al amor, por ejemplo, derivan de diversos conceptos metafóricos específicos, entre ellos [**el amor = un gusto dulce**], el cual se encuentra no sólo en enunciados del tipo *Estamos de luna de miel, Sus besos son dulces*, etc., sino también en representaciones y en ritos como el de regalar dulces a la persona amada o como, por ejemplo,

para celebrar un aniversario de matrimonio, la fiesta de San Valentín, etc. Tal concepto explica también por qué el matrimonio se celebra comiendo el pastel de boda y tirando confeti en la cultura italiana. La metáfora constituye, por ello, un rastro para la “mente interconexa”, la cual considera a las cosas no como unidades separadas, sino como partes integrantes de un todo. Solamente en el caso de labores cognitivas especializadas nuestra mente consigue, con dificultad, llegar a separar las unidades de su unión noética. Conviene advertir, a propósito de ello, que una expresión común como *Luis ha caído en pecado* habría sido reconocida en un pasado no muy lejano como una alusión metafórica a la Biblia. Hoy no nos damos cuenta adecuadamente de los orígenes religiosos de expresiones como éstas. Como observó el crítico literario canadiense Northrop Frye [1981], no se puede entrar en dichas expresiones sin haber estado expuestos, directa o indirectamente, a relatos religiosos.

Cuanto se ha dicho hace suponer que, todo sumado, los seres humanos son más grandes “adivadores” que pensadores racionales. El gran filósofo americano Charles Peirce [1958] definió esta forma de pensamiento como *razonamiento abductivo*, forma de pensamiento que, como ya ha sido mencionado anteriormente, se puede describir como un proceso inferencial por el cual se piensa intuitivamente que ciertas cosas están interconectadas entre sí. En filosofía y en psicología tradicionalmente se ha pensado que los conceptos, concretos y abstractos, se formaban a través de la *inducción*, o sea, por medio de la extrapolación de un esquema a partir de manifestaciones o hechos específicos; o de la *deducción*, o sea, por medio de la aplicación de un esquema general de recurrencias específicas de éste. Pero Peirce sugirió que estos dos procesos no serían más preponderantes que la intuición abductiva, es decir, que la derivación de un concepto en función de otro ya existente. Un ejemplo clásico de razonamiento abductivo es la teoría clásica del átomo, del físico inglés Ernest Rutherford (1871-1937), que presenta la estructura interna del átomo como si fuese la estructura del sistema solar, en el que el núcleo ocupa el puesto del Sol y los electrones se mueven en torno a él como los planetas. Dicho modelo de estructura atómica no era más que una abducción, o sea una intuición verdadera y propia de Rutherford. Obviamente, dicha abducción fue posible gracias a “la experiencia científica” del mismo Rutherford. La “convalidación experimental” del modelo planetario viene, efectivamente, de una experiencia ideada por Rutherford y realizada en 1911 junto con otros físicos: observando la interacción entre las partículas, producidas por una sustancia radiactiva y los átomos, se advirtió que las partículas venían desviadas en notable medida, hecho que podía ser

explicado por la hipótesis de Rutherford. De hecho, puesto que las partículas en cuestión eran de carga positiva, ellas podían ser desviadas grandes ángulos sólo en el caso en que interactuasen con otra partícula positiva (el núcleo), cuya carga estuviera concentrada en un pequeño espacio.

Según esta experiencia, entonces, el núcleo ocupa un pequeñísimo espacio, en relación con el volumen completo del átomo. La dificultad principal que se oponía a la aceptación del modelo atómico de Rutherford era, sin embargo, el siguiente: según la teoría electromagnética clásica, una carga eléctrica en movimiento a lo largo de una órbita cerrada debe irradiar continuamente energía, con la consecuencia de que poco a poco su energía cinética disminuye. A causa de la pérdida de energía cinética, las órbitas descritas por los electrones en torno al núcleo deberían disminuir siempre más hasta caer por fin las partículas sobre el núcleo. Pero en el caso de los átomos los experimentos más cuidadosos excluyeron una irradiación continua de energía por parte de los electrones en movimiento y, por otro lado, la existencia misma de los átomos probaba que los electrones no se precipitaban sobre el núcleo.

Esta dificultad fue brillantemente superada en 1913 por el físico danés Niels Bohr (1885-1962) con la hipótesis de que el electrón se mueve a lo largo de órbitas definidas por determinados niveles energéticos, crecientes según se alejan del núcleo, y que éste no emite (o absorbe) energía de forma continua, sino sólo por cantidades discontinuas que la emisión (o absorción) da lugar únicamente cuando el electrón salta de una órbita a otra. Las “órbitas admitidas” están limitadas por un número cuántico, que es el número de orden de la órbita y a cada una de las órbitas le corresponde un nivel de energía. Una imagen ordinaria pero bastante expresiva de la situación se puede tener imaginando que los electrones se hallen sobre peldaños de una escalera; ellos pueden saltar de un peldaño al otro, pero no hallarse entre un peldaño y el otro. Tal punto de vista no sólo daría la explicación del hecho de que los electrones no se precipitasen sobre el núcleo, sino que permite una brillante interpretación de los espectros descritos por los elementos, es decir, de las líneas de diversos colores en los que la luz emitida por un elemento dado llevado a la incandescencia es descompuesta cuando se observa por el espectroscopio. Si efectivamente hubiese habido una emisión continua de energía por parte de los electrones rotantes, se habría debido tener un espectro continuo, lo que estaba en desacuerdo con la experiencia. El hecho de que la emisión tuviese lugar sólo cuando un electrón –primeramente excitado y subido a una órbita más externa– volvía sobre la órbita más interna, explicaba la dis-

continuidad de los espectros. Por lo demás, el hecho de que cada especie atómica tenga un determinado número de electrones que pueden componer saltos en determinadas condiciones (y no en otras) daba una convincente explicación al hecho de que los espectros son característicos de cada elemento, siendo un medio seguro de identificación analítica. Los mayores éxitos del modelo Rutherford-Bohr se tuvieron en la interpretación del espectro del hidrógeno, por el que los cálculos teóricos de Bohr lograron un acuerdo muy satisfactorio con los resultados experimentales.

En síntesis, las investigaciones en lingüística hoy permiten confirmar las siguientes tres modalidades en la significación:

\* El *sentido-sensación* de las cosas produce los *esquemas mentales* que subyacen al pensamiento imaginativo. Éste se realiza sobre el plano de la *ideación*, es decir, en virtud de las intenciones, los estados emotivos, etc., que han provocado al individuo a elaborar su discurso.

\* La *conceptualización* se funda en asociaciones metafóricas, las cuales producen abstracciones mentales (como los modelos culturales). La conceptualización se realiza en función de cómo el individuo haya decidido convertir sus intenciones, sus estados emotivos, etc., en conceptos que le permitan “proyectar” el discurso, por así decir, a lo largo de una “trayectoria” cognitiva.

\* La *verbalización* (= la gramaticalización y la lexicalización) es el proceso que “refleja” lingüísticamente las diferentes modalidades de pensamiento que se hallan en el plano de la conceptualización. La verbalización se realiza en función de cómo el individuo elabora su trayectoria seleccionando las formas y las categorías apropiadas por el código verbal (las palabras, las entonaciones, los tiempos verbales, etc.) que le permiten realizar la trayectoria en el plano de la expresividad.

Como ejemplo de cómo se pasa de sentido a concepto y, por último, a lengua, considérese la metaforma **[las ideas = figuras geométricas visualizables]**:

- \* Sus ideas son *paralelas*.
- \* Nuestras ideas, en cambio, son *diametralmente* opuestas.
- \* No veo el *punto central* de lo que estás diciendo.
- etc.

Tales expresiones son comprensibles en cuanto se basan en el sentido de la vista. A nivel del sentido, por tanto, las figuras geométricas son cosas visibles que muestran diversas relaciones concretas (lineales, circulares, etc.). A nivel de la conceptualización, luego, llegan a ser los esquemas que

permiten “ver” la estructura entre las **[ideas]** en términos lineales, circulares, etc. A este nivel se trata de una metaforma que permite entrever semejanzas entre diversos estratos de pensamiento abstracto. La estratificación de conceptos abstractos constituye un proceso psicocultural inconsciente. Cuanto más “densa” es la estratificación de un concepto, es decir, cuantas más metaformas revela, más es interpretable exclusivamente en términos culturales [Dundes 1972, Kövecses 1986, 1988, 1990]. Finalmente, la verbalización consiste en la elección de los vehículos específicos *Tus ideas son lineales, circulares, paralelas, etc.*

La noción de conceptualización es llamada por Vico “composición”. El concepto de “monstruo” en la antigüedad, por ejemplo, es un “concepto compuesto”:

Los monstruos y las transformaciones poéticas provinieron por necesidad de esa primera naturaleza humana [...] que no podían abstraer las formas o las propiedades de los sujetos; de donde, con su lógica, debieron componer un sujeto para separar de él la forma primera de la forma contraria en él introducida. Tal composición de ideas hizo los monstruos poéticos: como en el derecho romano, según observa Antonio Fabro en la *Jurisprudencia papiniana*, se dice ‘monstruos’ a los partos nacidos de meretrices porque tienen naturaleza de hombres, junto con propiedades de bestias, por haber nacido de concubitos vagabundos o inciertos. [Vico, en Rossi 1963: 207].

Esta “composición de ideas” está, de hecho, a la base de la lexicología clásica, para la que la explicitación del significado de un término viene originado mediante la indicación de otros términos o expresiones considerados afines a ellos. Veamos, por ejemplo, cómo un vocabulario típico define la palabra *gato*. La definición básica de *gato* “viene compuesta”, por así decir, en un primer momento con el significado de otro concepto afín, es decir, de un “mamífero”. Pero ¿qué es un *mamífero*? El mismo vocabulario define un *mamífero* como un tipo de “animal”. ¿Qué es un *animal*? En este caso el vocabulario define a un *animal* como un tipo de “organismo”. ¿Qué es un *organismo*? Según el vocabulario un *organismo* es algo caracterizado por la propiedad de la “vida”. ¿Qué es la *vida*? El vocabulario nos informa de que la *vida* es la propiedad que distingue los “organismos” de las cosas inanimadas. En este punto, el vocabulario ha cerrado su *círculo* de conceptos, del que no hay vía de escape. En efecto, dicho círculo de asociaciones no es más que una viquiana “composición de ideas”.

Como mostró el brillante matemático Kurt Gödel (1906-1978) en 1931, este tipo de *recursividad* conceptual no es una característica exclusiva del lenguaje, sino también de los sistemas lógico-matemáticos. De hecho, no existen “conceptos en absoluto”, es decir, conceptos que no tengan vínculos sintagmáticos con otros conceptos en el interior de un sistema de pensamiento. El significado de *gato* puede ser sólo deducido asociándolo a otros conceptos culturalmente determinados que están coligados a él. Por tanto, su significado no es más que una “composición de ideas”. Además, a los conceptos de *mamífero*, *animal*, *organismo* y *vida*, se pueden añadir otros (también propuestos por el vocabulario), como *cuerpo ágil*, *ojos fosforescentes*, *bigotes sensibles* y *sensitivos*, *zarpas con uñas retráctiles*, a la configuración sintagmática que constituye el concepto *gato*.

Como decía Vico, dichas composiciones de significado son formadas en función de *semejanzas*, *comparaciones*, etc.: “A cuya lengua natural debió suceder la locución poética por imágenes, semejanzas, comparaciones y propiedades naturales” [Vico, en Rossi 1963: 227]. La productividad de los conceptos está justamente en la composición de significados. El concepto de *gato*, por ejemplo, puede ser usado como símbolo de *agilidad*, de *vitalidad*, de *vista aguda* o de particulares *caracteres morales*, como vemos en expresiones tipo como:

- \* “moverse como un *gato*”
- \* “verlo como un *gato*”
- \* “socarrón como un *gato*”
- \* “*gato* lobuno”
- \* “la astucia del *gato*”
- \* “llevarse como perro y *gato*”
- \* “tener siete vidas como los *gatos*”
- \* “hay cuatro *gatos*”
- \* “huelga a lo *gato* salvaje”
- \* “lenguas de *gato*”
- \* “cuando el *gato* no está, bailan los ratones”
- etc.

Estas expresiones son circuitos *connotativos* y *metafóricos* interconectados entre sí en la conceptualización de *gato*. La habilidad para recabar el significado de un concepto, por tanto, se puede caracterizar como una *navegación fantástica mental* a través de circuitos conceptuales asociativos, los cuales, a su vez, constituyen un complejo sistema, o “macro-red” de estratificaciones, que denominamos comúnmente *cultura*. Este sistema permite el intercambio de mensajes y constituye la memoria común de la gente que lo transmite en el tiempo a las generaciones siguientes.

## IV METÁFORA Y GRAMÁTICA

Si es verdad que el pensamiento metafórico es el punto de partida para la formación de los conceptos abstractos, entonces es lícito preguntarse cómo se llega a la razón, al pensamiento racional, es decir, al complejo de las facultades intelectivas lógicas mediante las cuales se piensa, se establece relaciones y conexiones entre ideas, se enjuicia, se distingue lo verdadero de lo falso y, en consecuencia, se determina la propia norma de conducta. ¿Y cómo se llega a la gramática, como sistema organizativo del significado de una lengua?

Ante todo, vale la pena que, en estas páginas, hagamos volver a los pensadores de la antigüedad clásica, los cuales generalmente distinguían, en el ámbito del pensamiento, la función propiamente *racional* de aquella *intuitiva*. En una segunda acepción, siempre en el pensamiento clásico, la razón viene entendida como el principio metafísico del orden universal. De esta concepción dan testimonio el pensamiento estoico y el neoplatónico. El escolasticismo medieval cristiano retoma el concepto clásico de *razón discursiva*, distinguiéndola del intelecto, aún entendido como órgano del conocimiento intuitivo. El poder de la razón viene, no obstante, subordinado a la fe, considerada ésta como única y verdadera fuente de la verdad. El pensamiento del Renacimiento reivindicó, en cambio, la autonomía de la razón entendida como instrumento de formalización de la experiencia y fundamento del verdadero conocimiento, o sea, el científico. En la edad moderna prevalecieron dos interpretaciones del concepto de razón: la *racionalista* que tiende a afirmar la autofundamentación de la razón sobre sí misma, y la *empirista* que, en cambio, reconoce la experiencia como fundamento de la razón. El problema de la fundación de la razón fue explícitamente afrontado en clave crítica por Kant a finales del s. XVIII. Él entrevió en la actividad de la razón un componente *a priori* y universal (las formas o categorías) y otro *a posteriori* (los datos de la experiencia). En la combinación de los dos componentes se fun-

daría el doble carácter del conocimiento racional: el empírico y el universal. El romanticismo idealista insistió, en cambio, en el carácter apriorístico y fundante de la razón, al que viene atribuido un verdadero y propio *status* ontológico.

En el siglo XX el movimiento racionalista, guiado por las ideas matemáticas de Russell, consideraba el razonamiento como un sistema formal deductivo y tautológico. Contra esta concepción se pronunciaron los denominados fenomenólogos, que consideraban la razón el lugar en que se manifiestan las esencias de los objetos reales, los pragmatistas, que veían la razón como función que se realizaba operativamente en la transformación y en el mejoramiento del ambiente, y, por último, los existencialistas, que consideraban la razón el instrumento del que el Hombre dispone para administrar la propia libertad, concretando por ella espacios posibles de intervención y de realización.

En la perspectiva que andamos aquí exponiendo, la razón ha de considerarse el producto final, organizativo, de los actos de metafización. El descubrimiento científico, como hemos visto en el capítulo anterior, es un ejemplo práctico de cómo se pasa desde el pensamiento metafórico-imaginativo al lógico-simbólico. Se viene a partir no de un razonamiento puro de un fenómeno, sino justamente de un acto fantástico (abductivo), como hemos visto en el caso del modelo rutherfordiano del átomo. De hecho, apenas descubierta la cosa, el científico se construye una teoría por un motivo práctico: ésta le permitirá comprender subsiguientemente cuáles podrían ser las aplicaciones o las elaboraciones de su descubrimiento. Por tanto, el pensamiento teórico-organizativo es un *punto de llegada*; el metafórico-intuitivo es, en cambio, un *punto de partida* en el ámbito científico.

[14]

## LA GRAMÁTICA

La transición desde pensamiento metafórico hasta organización gramatical constituye un área de estudio muy provechosa en lingüística cognitiva. Cuando un traductor traduce cualquier mensaje debe saber cómo trazar la trayectoria conceptual en términos gramaticales y lexicales racionalmente. Por tanto, cuando no “encuentra la palabra justa”, o no usa un tiempo verbal apropiado, la razón es, la mayoría de las veces, la inhabilidad de convertir los “conceptos en palabras”, es decir, de coordinar el plano de la conceptualización con el de la gramaticalización lógica. Por ello, su estrategia de traducción más común es la de colmar las “lagunas conceptuales” que emergen en

la trayectoria discursiva con los recursos a su disposición; o sea, con las fórmulas conceptuales que ya sabe en los términos de su cultura nativa.

La *gramática* es el código de estructuras que regula, o mejor aún, *refleja* la constitución de los varios elementos de la lengua (sonidos, formas, constructos, palabras). El estudio de la gramática en lingüística se articula tradicionalmente en cuatro partes: la *fonética*, que estudia los sonidos de los que se componen las palabras; la *morfología*, que estudia las diversas formas que las palabras asumen en el discurso; la *sintaxis*, que estudia las palabras no aisladamente sino en sus relaciones recíprocas, o sea, en las modalidades según las cuales las palabras se unen y se disponen ordenadamente en modo de formar proposiciones y períodos; y la *semántica*, que estudia el lenguaje desde el punto de vista del significado.

En la antigüedad fue muy importante la tradición gramatical india, culminada en la obra de Pánini (siglo IV a.C.) que, en el análisis y descripción de los sonidos, en la distinción de las raíces, sufijos y desinencias en el interior de cada palabra, en el reconocimiento de alternancias vocálicas, consiguió resultados superiores a los reunidos por los gramáticos griegos y latinos. Los Griegos ignoraban los estudios gramaticales indios y se dirigieron en un primer momento de estudio de la propia lengua a instancias más filológicas que lingüísticas. Pero ya con Aristóteles, al cual se debe la distinción de las partes fundamentales del discurso (nombre y verbo) y la primera formulación de las categorías gramaticales, la reflexión filosófica comienza a llegar a ser teoría gramatical. Los estoicos continuaron y perfeccionaron la obra, creando también la terminología gramatical que es aquélla fundamentalmente aún en uso en nuestros días. La exégesis y la crítica de los textos literarios está en la base de la multiforme actividad de los gramáticos alejandrinos, y en ese ambiente cultural Dionisio Tracio constituyó, directa o indirectamente, el fondo de la enseñanza gramatical hasta el final del período humanista y más allá. En estrecha relación con su gramática está el *Ars grammatica* de Remmio Palemón (siglo I d.C.) que puso las bases de la gramática latina, cuyos mayores representantes fueron Donato (s. IV) y Prisciliano (s. VI). Sus obras tuvieron una extraordinaria fortuna durante todo el medievo, que retomó y reelaboró sus enseñanzas, y los humanistas lo codificaron fijándolo, sobre todo, según los esquemas sacados de la lengua de Cicerón.

Las primeras gramáticas de las llamadas “lenguas vulgares” se tuvieron en el s. XVI. En el s. XVIII, bajo la influencia de la *Grammaire générale et raisonnée* de Port-Royal, se publicaron en Italia las primeras “gramáticas razonadas”, las cuales, en toda la primera mitad del s. XIX, fueron cons-

tatadas por estudiosos que postulaban la prioridad del uso de la razón. La gramática de Port-Royal se mueve, por ello, desde premisas racionalistas, y ninguna nueva novedad se puede notar en este campo hasta el s. XX, cuando la escuela neogramática profundiza en las motivaciones psicológicas de las estructuras del lenguaje.

Fue el *estructuralismo* en lingüística el que tendió las bases para un estudio científico de la gramática hacia el final del s. XIX. Se puede decir, en general, que el objetivo principal de los primeros lingüistas estructuralistas era el de establecer las propiedades fundamentales del lenguaje, analizando las relaciones entre una lengua y otra, elaborando las clasificaciones, y basándose en elementos que ocurren previsiblemente en ciertas condiciones. No es sin razón que Saussure, justamente reconocido como el primer teorizador de esa nueva dirección científica, haya partido como indoeuropeísta justamente desde la lingüística histórica y comparada, y ya en su juvenil *Mémoire sur le système primitif des voyelles dans les langues indo-européennes* (1878) pueden hallarse temas retomados y desarrollados más tarde en el célebre *Cours de linguistique générale* (1916), en particular la noción de la naturaleza oposicional y relacional de las entidades lingüísticas.

La concepción saussureana de la lengua como sistema en el que todos los términos son solidarios entre sí, y el valor de uno resulta solamente por la presencia simultánea de los otros, es el fundamento del estructuralismo, así como el reconocimiento del carácter arbitrario del signo lingüístico en cuanto relación inmotivada del significante y del significado, la distinción en el estudio y en el análisis del lenguaje del plano diacrónico al sincrónico y la valorización de este último, la distinción de *langue* (sistema abstracto e institución social) y *parole* (discurso concreto individual). Estas nociones fundamentales tuvieron una importancia decisiva en ulteriores desarrollos de las distintas corrientes de la lingüística científica. A Saussure se le relaciona también con la primera dirección, definida por algunos como “clásica”, que tuvo en el Círculo lingüístico de Praga su centro propulsor. Creado en 1926, el Círculo revolucionó sobre todo la fonética tradicional dando inicio a la nueva disciplina que toma el nombre de *fonología*. Partiendo de la concepción saussureana de la lengua como sistema funcional de signos, fue elaborada una nueva teoría del fonema. En vez de estudiar aisladamente las singulares relaciones fónicas que pueden variar dentro de la misma comunidad de hablantes o en el mismo individuo, la fonología estructural se propone estudiar sistemáticamente los elementos funcionales de la lengua con valor distintivo, capaces, esto es, de diferenciar semánticamente

una palabra de otra, y comenzó, por tanto, a analizar las modalidades de combinación y las relaciones recíprocas, sobre todo en términos de oposiciones. En el plano estructural interesa fundamentalmente indagar qué diferencias fónicas están ligadas, en la lengua estudiada, a diferencias de significado, y también en este caso es evidente la referencia al principio saussureano de que en la lengua no existen más diferencias.

En un cierto sentido, el estructuralismo pone las bases para estudiar la relación entre el plano de la expresión (es decir, el de los significantes) y el plano del contenido (el de los significados). Por tanto, desde esta óptica, el signo lingüístico hace las veces de un ligamen entre la forma de la expresión y la forma del contenido, y la estructura de una lengua puede ser definida como una red de dependencias o, por decirlo de modo más exacto, una red de funciones. A esta concepción lógico-formal, expresada en términos técnicos extremadamente complejos y con fórmulas de tipo algebraico, le ha sido reprochado por algunos un cierto apriorismo o ahistoricismo.

El estructuralismo halló un terreno particularmente favorable en los Estados Unidos, donde se afirmó y se desarrolló en tendencias a menudo divergentes y autónomas respecto al estructuralismo europeo. Gran parte de los lingüistas americanos han reconocido en Leonard Bloomfield (1887-1949) a su maestro y creador de la corriente científica. Fundador de la *Linguistic Society of America* (1924), en su célebre libro *Language* [1933], Bloomfield planteó su concepción de la lengua como sistema sobre bases estructuralistas según la teoría del comportamentismo, por la que él consideraba el acto lingüístico como una reacción condicionada por un hecho externo y como un estímulo que provoca la respuesta al evento práctico que ha determinado el acto lingüístico. Un diverso punto de referencia para el estructuralismo americano fue el representado, como hemos mencionado en otro momento, por Edward Sapir (1844-1939) que, contrariamente a Bloomfield, en la homónima obra *Language* [1921] se mueve en el ámbito del mentalismo, poniendo de relieve también los hechos psíquicos en términos de mente. Para Sapir el lenguaje, en cuanto estructura, constituye, en su aspecto interior, el molde del pensamiento.

Fue el americano Noam Chomsky (1928- ) quien, en oposición a la concepción comportamentista de Bloomfield elaboró una nueva teoría de la gramática, llamada *generativa-transformacional*, según la cual, partiendo de un número limitado de frases, a través de un conjunto finito de reglas, se puede producir o generar por sucesivas transformaciones todas las posibles frases gramaticales de una lengua dada. Sin embargo, se debe advertir que en

la elaboración de la teoría chomskiana ha habido una cierta evolución: en un primer momento se hacía una distinción entre frases “nucleares” (simples, declarativas, activas) y frases “no nucleares” (derivadas de las nucleares mediante la aplicación de transformaciones como la pasiva, la negativa) y se distinguía en la gramática una parte componente en la estructura de frase, una transformacional y una morfofonémica. Posteriormente han sido, en cambio, evidenciados en la gramática el componente sintáctico (el creativo solamente), el semántico y el fonológico (interpretativo), y en el sintáctico se han distinguido la *base* que genera las *estructuras profundas*, y las *reglas transformacionales* que generan las *estructuras superficiales*. Más allá de la complejidad de este sistema formal lógico-matemático, la intención de Chomsky ha sido siempre la de poder llegar a una cierta subestructura que, junto con los principios generales de organización, sea común a todas las lenguas. En sus tendencias más extremistas, esta visión ha suscitado, no obstante, perplejidad y ha revelado defectos: las críticas de fondo al modelo chomskiano han sido especialmente aquéllas de una complacida indulgencia hacia la terminología técnica demasiado hermética y esotérica, y de un acentuado abstractismo, apriorismo y ahistoricismo, que no raras veces prescinde de la concreción de los hechos lingüísticos para elaborar teorías desarraigadas de la realidad.

Una profundizada consideración del papel de la metáfora en el lenguaje hace pensar, como hemos visto varias veces, que los elementos gramaticales no pueden ser considerados fuera de su interconexión con el conjunto. Elementos objetivamente idénticos pueden desplegar, en estructuras diversas, funciones absolutamente diferentes. En contraste con otras posiciones, ciertos lingüistas como Fauconnier [1985, 1997] y Langacker [1990] confirman hoy la importancia de poner en relación cada elemento de la gramática con el sentido metafórico de las cosas. Pero ya hacia la mitad del siglo XX el etnólogo Claude Lévi-Strauss (1908- ) abrió la puerta a una nueva interpretación de la gramática, basándose en el concepto de una interconexión noética entre sistemas “diferentes”, proponiendo, con ello, una visión unitaria del lenguaje tanto como “sistema estructural”, cuanto como “vehículo de la fantasía”.

[15]

## METÁFORA Y GRAMATICALIZACIÓN

Desde los años setenta se ha manifestado una difundida insatisfacción en las confrontaciones de los modelos tradicionales de la gramática y, de modo particular, respecto al modelo chomskiano de la sintaxis. La *sintaxis* es

el aspecto del lenguaje caracterizador de la función de las palabras concretas y de los procedimientos según los cuales éstas se unen sistemáticamente estructurándose en proposiciones y en períodos. La sintaxis no puede ser netamente separada de las otras partes de la gramática tradicional (fonética, morfología), ya que está íntimamente conectada con ellas. De hecho, en la continuidad de la cadena hablada las palabras particulares no están aisladas, sino coligadas entre sí, a veces también modificando fonéticamente la parte final o la inicial, dando así lugar a fenómenos de *fonética sintáctica* (p.e. en italiano “*sopra tutto*” que llega a convertirse en “*soprattutto*” [*sobre todo*]). Otras veces la sintaxis está estrechamente conectada con la morfología, en cuanto el estudio de las formas no puede prescindir del de sus funciones, y sobre la base de este presupuesto teórico se legitima por tanto la existencia de una morfosintaxis.

Tras la obra de Lakoff y Johnson [1980], la lingüística finalmente comenzó a considerar seriamente el concepto de los neogramáticos de la relación de sentido entre mente y categorías gramaticales. Por diversas investigaciones en los años ochenta y noventa de la relación entre sistema metafórico de pensamiento y sintaxis se ha evidenciado, efectivamente, que parece existir una “reflexividad” o “iconicidad de sentido” entre los dos sistemas. Parece, justamente, que el sistema gramatical ha de considerarse, en gran parte, un complejo de categorías que “reflejan” el sistema conceptual que viene a formarse a través de la metáfora.

Como primer ejemplo práctico de esta reflexividad, considérese el uso de las palabras “*since*” y “*for*” en inglés:

- \* I have been living here *since* 1980 (“Vivo aquí desde 1980”).
- \* I have known Lucy *since* November (“Conozco a Lucía desde noviembre”).
- \* I have not slept *since* Monday (“No duermo desde el lunes”).
- \* I have been living here *for* fifteen years (“Vivo aquí desde hace quince años”).
- \* I have known Lucy *for* nine months (“Conozco a Lucía desde hace nueve meses”).
- \* I have not slept *for* five days (“No duermo desde hace cinco días”).

Un análisis de los complementos gramaticales que son usados tras *since* y *for* revela una doble conceptualización del tiempo:

- \* los que son usados después de *since* reflejan la fórmula metafórica [**el tiempo = un punto sobre un eje lineal**] (“1980”, “November”, “Monday”);
- \* los que son usados detrás de *for* reflejan en cambio la fórmula [**el tiempo = una cantidad**] (“fifteen years”, “nine months”, “five days”).

Estos dos dominios conceptuales ponen en evidencia, una vez más, el hecho de que se tiende a pensar algo abstracto (como el *tiempo*) en términos de imágenes o esquemas mentales concretos. Tales asociaciones vienen representadas a nivel lingüístico con una dicotomía gramatical: los complementos introducidos mediante *since* reflejan el dominio conceptual [**el tiempo = un punto sobre un eje lineal**]; y los complementos introducidos mediante *for* reflejan, en cambio, el dominio conceptual [**el tiempo = una cantidad**]. Obviamente, en italiano dicha dicotomía sobre el plano de la conceptualización no existe para este específico dominio y, por tanto, los estudiantes de origen italiano, por ejemplo, deberán aprender a distinguir conceptualmente entre los dos dominios fuentes, para poder luego realizar la elección entre *since* y *for* de modo apropiado en expresiones de este tipo.

Ejemplos como éste revelan que las diversas partes del discurso reflejan diversos significados. En esta visión, la sintaxis no es de ninguna manera un sistema de relaciones o principios arbitrarios. Es un sistema que está altamente “motivado” por conceptos que son el producto de una experiencia metafórica, y por tanto “vívida”, del mundo.

A nivel de la *gramaticalización* –esto es, a nivel de la “entrega gramático-lexical” del significado– se pasa de un proceso *metafórico-conceptual* a uno *sintáctico-organizativo*. Este proceso se puede parangonar a la actividad de ordenar los libros de diferentes géneros y destinados en una estantería. Obviamente, quien compra libros, los compra no en “orden alfabético” según el apellido del autor, sino basándose en gustos, preferencias, caprichos, etc. La adquisición de libros es, en un sentido fundamental, el producto de una “red conceptual asociativa”, puesto que la adquisición de un tipo de libro sugiere la adquisición de otro, y así sucesivamente. Llegados a un cierto punto, los libros adquiridos deben ser *organizados*, o de otro modo resultaría una tarea muy engorrosa e ineficaz buscar un particular libro en una cascada de volúmenes desordenados. El sistema de disposición de los libros de manera alfabética según el apellido del autor constituye un modo específico de organizar los libros *lógicamente*. De manera similar, la codificación de conceptos metafóricos en categorías sintácticas constituye un acto organizativo en cuanto permite disponerlos de modo lineal (sintáctico). Tal proceso permite, en suma, poner en correlación las estructuras metafórico-conceptuales con sus formas sintáctico-lineales de expresión.

Considérese, como ulterior ejemplo, el uso de *serpiente* como concepto para describir a una persona. Tal concepto puede manifestarse de diver-

sos modos en el rendimiento gramatical. Como se puede ver, por ejemplo, en las siguientes expresiones:

- \* El profesor es una *serpiente*.
- \* Tiene un modo *serpenteante* de obrar.

En el primer caso el concepto se manifiesta gramaticalmente como un *nombre* y en el segundo caso como un *adjetivo*. El uso del nombre permite acentuar una cualidad del carácter del sujeto; el uso del adjetivo, por otro lado, consiente acentuar una cualidad del modo de hacer del sujeto (y no necesariamente de su carácter). En otras palabras, el uso de una categoría o de otra corresponde a percepciones diversas. La gramática es, en efecto, un sistema de categorías que permite pasar del *sentido asociativo* de las cosas a su codificación (organización) estructural: en el enunciado. La forma en el período *El profesor es una serpiente* concreta sintácticamente una cualidad del sujeto; mientras que la forma *Tiene un modo serpenteante de obrar* concreta el modo en que el sujeto se comporta.

La iconicidad entre gramática y conceptos se puede advertir en italiano típicamente en la selección de las preposiciones en el discurso. Considérese, por ejemplo, cómo los esquemas del [**contenedor**] y del [**territorio**] se reflejan a nivel gramatical: (1) en la elección de la preposición *in*, la cual refleja gramaticalmente conceptos como la [**competencia**], la [**razón**], las [**ideas**], etc., que son considerados metafóricamente objetos para insertar en un [**contenedor**] o colocar en un [**territorio**] y (2) en la elección de la preposición *fuori*, la cual refleja el esquema contrario:

**Concepto: [competencia]**

- \* *Questo non rientra nella mia competenza* (“Esto no entra en mi competencia”; “Esto no es de mi competencia”).
  - \* *Tu sei fuori dal tuo campo* (“Estás fuera de tu campo”).
- etc.

**Concepto: [razón]**

- \* *Non mi viene in mente la ragione per cui ha detto questo* (“No me viene a la mente la razón por la que ha dicho esto”; “No recuerdo la razón...”).
  - \* *Lei è fuori di sé* (“Está fuera de sí”).
- etc.

**Concepto: [ideas]**

- \* *Questa idea è in uso da molto tempo* (“Esta idea está en uso desde hace mucho tiempo”).
  - \* *La vostra idea è ormai fuori uso* (“Vuestra idea está ahora desusada [fuera de uso]”).
- etc.

El esquema del **[contenedor]** frecuentemente determina también la elección del verbo. Considérese, como ejemplo ilustrativo, la programación de frases que se refieren a la percepción de diferentes “estados físicos”, como el calor (*caldo*) y el frío (*freddo*) en italiano. En dicha lengua, el verbo *fare* (hacer) es comúnmente usado para indicar que tales estados están asociados a una **[condición meteorológica]**:

**[Condición meteorológica]**

- \* *Oggi fa caldo* (“Hoy hace calor”).
- \* *Ieri ha fatto freddo* (“Ayer hizo frío”).
- etc.

En la misma lengua italiana, el verbo *essere* (ser, estar) es usado para indicar que *il caldo* o *il freddo* están asociados a **[objetos]** y el verbo *avere* (haber, tener) a las **[personas]**:

**[Objetos]**

- \* *La pizza è calda* (“La pizza está caliente”).
- \* *Il suo caffè è freddo* (“Su café está frío”).
- etc.

**[Personas]**

- \* *Oggi ho caldo* (“Hoy tengo calor”).
- \* *Anche tu hai freddo, no?* (“¿Tú también tienes frío, no?”).
- etc.

El uso de un verbo o del otro está obviamente motivado por una asociación del estado a su **[contenedor]** físico. Si el **[contenedor]** es el ambiente natural, entonces se dice que el *caldo* o el *freddo* es *fatto* por la Naturaleza. Si el *caldo* o el *freddo* está en el cuerpo de una persona, entonces se dice que la persona lo *ha* dentro de sí. Si el *caldo* o el *freddo* es perceptible en un objeto, entonces se dice que tal objeto *è* su contenedor. Dichas elecciones verbales, como fuere, no se verifican en inglés, donde se usa exclusivamente el verbo *to be* (“ser”). Ello implica que el esquema del **[contenedor]** no forma parte de la conceptualización de *hot* (caliente) y *cold* (frío) en inglés:

- \* *It is hot today* (“Hace calor hoy”).
- \* *Today I am hot* (“Hoy tengo calor”).
- \* *The pizza is hot* (“La pizza está caliente”).
- etc.

Este tipo de análisis permite apreciar cómo los conceptos, la gramática, el léxico y también las funciones comunicativas están interconectadas en la expresión verbal. La gramática es, por tanto, un sistema organizativo que permite dar forma concreta a los conceptos directamente, antes que

arbitrariamente: y esto es que, ejemplos como los antes traídos, sugieren que las categorías lingüísticas derivan su morfología y su función sintáctica de la conceptualización metafórico-asociativa. Esto implica, a su vez, que las reflexiones metafóricas sustentan gran parte de los procesos de representación lingüística.

[16]

## COMPETENCIA CONCEPTUAL

En relación con lo dicho hasta ahora, se puede advertir que la capacidad de verbalización está compuesta no sólo por los elementos formales del lenguaje (fonología, morfología, etc.), sino también por las reglas que estructuran la comunicación metafórico-conceptual. Por ello, incluye tanto la noción de *competencia lingüística* como la de *competencia comunicativa*. Por este motivo, la competencia global que se manifiesta en la habilidad de “hacer lengua” se puede denominar *competencia conceptual*, en cuanto consiste en la habilidad de saber convertir los esquemas de pensamiento provenientes de los diversos dominios conceptuales en estructuras lingüísticas y comunicativas.

El término *competencia lingüística* se refiere al conocimiento, explícito o implícito, del sistema de reglas interiorizadas del código verbal que constituye el saber gramatical, gracias al cual se es capaz de formar y comprender un mensaje lingüístico. Esta competencia se yuxtapone a la *ejecución lingüística* (“*performance*”), la cual implica una manifestación concreta de la competencia lingüística en los usos de una lengua realizados en las diversas situaciones y sometidos a diversas constricciones psicológicas y comunicativas. Como hemos discutido anteriormente, en su obra clásica, *Cours de linguistique générale* [1916], Saussure parangonaba la competencia lingüística, que él llamaba *langue*, con el conocimiento de las reglas de movimiento a que está sujeto el juego de ajedrez. El jugador “posee” este conocimiento abstracto y lo aplica a las situaciones específicas que emergen durante el juego. Esta aplicación sería la concreción del conocimiento abstracto de las reglas, o sea, la ejecución lingüística, que él llama *parole*.

La competencia lingüística consiste, obviamente, en diversas sub-competencias:

- la habilidad de percibir y de articular las palabras, las frases, etc. (*competencia fonológica*)
- el saber descifrar visualmente (leer) y escribir las palabras, las frases, etc. (*competencia grafológica*)
- la capacidad de reconocer y de controlar la estructura interna de las palabras y de las frases (*competencia morfológica*)

- el saber controlar las reglas para la formación de las frases (*competencia sintáctica*)

- la habilidad de reconocer y de saber aplicar el significado de las palabras, de las frases, etc., de manera sistemática (*competencia léxico-semántica*).

La noción de *competencia comunicativa* es, efectivamente, homóloga a la saussureana de *parole*, pero está fundada en una visión más genérica de interacción comunicativa. Ella implica la preexistencia de estructuras cognitivas en la mente de los interlocutores, y esto quiere decir de las “reglas del juego comunicativo”, que forman parte del bagaje expresivo de cualquier usuario de una lengua. Dicha competencia consiste, mínimamente, en tres sub-competencias:

- el saber usar una lengua en situaciones específicas (*competencia pragmática*)

- el saber resolver problemas de comunicación (*competencia estratégica*)

- el saber controlar el registro lingüístico (formal, informal, etc.) según la situación (*competencia sintáctica*).

Obviamente, estas dos competencias están interconectadas, en cuanto que las situaciones específicas y los problemas de comunicación son resueltos únicamente a base de la selección aplicada de las formas del sistema verbal: valga decir que las sub-competencias lingüísticas vienen activadas en relación a la total situación comunicativa.

La *competencia conceptual*, por último, consiste en saber elaborar los mensajes a usar en situaciones específicas de manera apropiada culturalmente; esto es, cuando el que usa una lengua debe programar un mensaje, tiene no sólo que saber controlar las formas de la gramática y saberlas aplicar a la labor comunicativa, sino que también ha de saber controlar cómo estas formas reflejan la conceptualización apropiada del mensaje en una situación dada. Esta competencia permite, en otras palabras, crear mensajes que son conceptualmente apropiados y culturalmente realistas, puesto que permite usar una lengua como vehículo del pensamiento. La formación de esta competencia tendría, según Lakoff y Johnson [1980], un origen histórico-cultural, ya que un concepto metafórico nace después de que una aislada metáfora resulta propicia, abriéndose subsiguientemente camino en la elaboración mental de una cultura. Los vehículos conceptuales que ella presupone permiten, a continuación, hablar de una abstracción en términos de ésta. Una vez incluidos en nuestros procesos mentales, somos apenas conscientes de

ellos. Tales vehículos, por tanto, deben entenderse como el resultado de un proceso histórico, y éste es el motivo por el cual las metáforas conceptuales son sistemáticas, formando parte de un conocimiento convencionalizado.

La competencia conceptual consiste, obviamente, en tres sub-competencias mínimas:

- la *competencia metafórica*, o sea, la habilidad de metaforizar un concepto convenientemente con los vehículos apropiados

- la *competencia reflexiva*, es decir, la habilidad de seleccionar las estructuras y las categorías lingüísticas que reflejan apropiadamente los dominios conceptuales inherentes al mensaje

- y la *competencia cultural*, o sea, el saber navegar a través de los diversos dominios conceptuales que sostienen el contenido del mensaje.

Conocer un lenguaje globalmente, como instrumento del pensamiento, de la representación y de la interacción social implica, desde luego, la habilidad de integrar estas tres competencias holísticamente. Dicha habilidad de integración conduce, por tanto, a:

- *saber hacer lengua*, es decir, saber utilizar la lengua como sistema modelador de la realidad, del pensamiento, etc.

- *saber hacer con la lengua*, o sea, saber usar una lengua funcionalmente para la interacción social, por motivos heurísticos, etc.

- *saber integrar la lengua con otros códigos disponibles para la comunicación*, lo que significa, saber asociar la lengua al gesto, a la expresión del rostro, a los esquemas corporales, y a los modos de representar el mundo que son específicos de una cultura.

## [17]

### CREATIVIDAD LINGÜÍSTICA

Esto anteriormente expresado no impide, de ningún modo, la posibilidad de crear con el lenguaje. Obviamente, la verdadera “creatividad lingüística” está en poder formar nuevas asociaciones metafóricas, en proponer nuevas combinaciones cognoscitivas, en transformar el “mundo de las experiencias” en un “mundo cognoscitivo”, etc. Tal creatividad no es poseída únicamente por los grandes poetas, científicos, escritores, etc., sino también por cada uno de nosotros, en cuanto somos justamente nosotros quienes debemos “interpretar” las nuevas formas lingüísticas y conceptuales propuestas. Como sostenía Vico, existe en la mente de cada uno de nosotros la *fantasia* y el *ingegno*, que nos permiten crear nuevas formas con el lenguaje que una cultura dada pone a nuestra disposición.

La interconexión entre pensamiento y lengua ha sido estudiada, como es bien conocido, por Wittgenstein [1921], Bühler [1934], Hjelmslev [1963], Jakobson [1963], Benveniste [1971], entre otros. Dicha relación es sustancialmente icónica. La iconicidad, de hecho, se manifiesta a todos los niveles lingüísticos. Por ejemplo, a nivel fonémico, se nota en la presencia de las siguientes estrategias representativas:

- en la *aliteración*, es decir, en la repetición de una misma consonante o sílaba en palabra cercana (*claro-clarín, si-sí, etc.*)
- en la *entonación*, o sea, en la modulación de la altura del tono de la voz en el discurso
- en la *onomatopeya*, o sea, en la formación de las palabras que imitan, con los sonidos de que se compone, ruidos naturales o artificiales o de animales (*miao, bang, tic-tac, etc.*)
- etc.

Morris Swadesh [1971], el gran estudioso de la iconicidad fónica, advirtió, además, que la articulación originaria de las palabras tenía una base icónica. Hizo notar, por ejemplo, que las lenguas del mundo tendían a codificar conceptos de [**cercanía**] con palabras constituidas por vocales relativamente cerradas como [e] o [i], en contraste con palabras por vocales abiertas como [a], [o] y [u] que vienen usadas, en cambio, para codificar conceptos opuestos de [**lejanía**]. Tales coincidencias sugirieron a Swadesh la operación de una iconicidad física por la que la “cercanía” es representada inconscientemente por la cercanía relativa de los labios en la articulación de vocales relativamente cerradas tipo [i] o [e], mientras que la “lejanía” es representada inconscientemente por la lejanía relativa de los labios en la articulación de vocales relativamente abiertas tipo [a], [ae], [o], [u], etc. He aquí algunos ejemplos en italiano y en inglés:

Conceptos de	cercanía	Conceptos de	lejanía
Inglés	Italiano	Inglés	Italiano
here = [i]	qui = [i]	there = [æ]	là = [a]
near = [i]	vicino = [i]	far = [a]	lontano = [a]
this = [i]	questo = [e]	away = [ɛ]	via = [a]
etc.	etc.	etc.	etc.

Más recientemente, el lingüístico Ronald Langacker [v.g. 1987, 1990] ha arrojado luz sobre la presencia de una iconicidad entre conceptos y for-

mación de categorías gramaticales. Según Langacker los sustantivos –por ejemplo– codifican, por su naturaleza referencial, el concepto icónico de [**región con confines**] *versus* [**región sin confin**]. Un sustantivo como *agua*, por ejemplo, evoca la imagen de un referente que no tiene confines, mientras que *hoja* evoca la imagen de un referente que sí los tiene. Esta dicotomía icónica influye, a nivel gramatical, en el comportamiento morfosintáctico de los nombres –de hecho, *hoja* se puede poner en plural (*hojas*), en cambio *agua* (en su sentido denotativo) no; *hoja* puede estar precedido de un artículo indeterminado (*una hoja*), *agua*, en cambio, no; y así podría seguirse–.

En suma, cuando la gramática es considerada desde esta perspectiva, llega a ser muy obvio que la relación entre forma y contenido en la realización del lenguaje es todo lo contrario que arbitraria. Justamente como sostenían los psicólogos de la Gestalt, parece apropiado pensar que nuestras formas de representación estén altamente interconectadas con nuestro sentido de las cosas. La concepción fundamental que subyace es aquella según la cual en nuestra percepción del mundo externo nosotros no tomamos las simples sumas de estímulos, que se unen para dar los objetos, sino que percibimos las formas, que son algo más y distinto de la simple suma de estímulos que las componen.

El estudio de la creatividad lingüística pone en discusión la validez de la denominada *Gramática Universal* propuesta por Chomsky. Tal noción ha sido acuñada para hacer inteligibles a los lingüistas generativistas las razones por las que los niños consiguen construirse por sí mismos una gramática de la lengua en virtud del *input* verbal al que están expuestos, a pesar del hecho de que dicho *input* sea típicamente “incorrecto” o “incompleto”. De hecho, cuando los adultos hablan a los niños usan de manera característica estrategias comunicativas “innaturales”, o bien modos simplificados de hablar. Sólo poco a poco los niños replican con mayor complejidad al discurso de los adultos, y parece que también los adultos acrecientan gradualmente la complejidad y naturaleza de los propios enunciados.

Como ya hemos dicho, de estas constataciones nace la teoría de la *Gramática Universal*, teoría que se refiere a las propiedades de la gramática que son comunes a todas las lenguas del mundo durante la edad evolutiva. Descubrir cuáles sean estos universales lingüísticos ha sido uno de los mayores objetivos de la lingüística generativa de los últimos años. La *Gramática Universal* constituiría el bagaje de conocimientos que serían innatos y que permitirían aprender la lengua a la que el niño está expuesto entre las muchas posibles, limitando el número potencialmente infinito de hipótesis implícitas

que el niño haría mientras adquiere las estructuras lingüísticas exclusivamente a aquellas que son naturales (es decir, al interior de las posibilidades ofrecidas por las lenguas existentes). Según este paradigma, existe un “órgano lingüístico” en el cerebro que ofrece al ser humano la innata capacidad de usar las reglas universales (de combinación, permutación, transformación, etc.) para poder crearse la lengua específica que le exige la cultura en la que vive.

Para explicar los aspectos psicológicos de la *Gramática Universal*, ya en los años sesenta, muchos generativistas sostenían que todos nosotros hemos nacido con un dispositivo para la adquisición del lenguaje, denominado –según ha sido apuntado– el LAD (*Language Acquisition Device*), dispositivo que permite construir el sistema lingüístico sobre la base de los datos a que somos expuestos en nuestro ambiente. Entonces, como ya se dijera en un capítulo anterior, el problema con las teorías innatistas de este tipo es que, una vez que hemos “explicado” la capacidad de desarrollar el lenguaje con el LAD, nos queda por explicar la naturaleza de éste y el cómo venga transmitido genéticamente.

Contra esta teoría está la noción de que los niños crean el lenguaje imitándolo y asociándolo a referentes abstractos. Para comprender mejor las razones por las que la imitación resulta crucial en esta fase evolutiva del lenguaje, es necesario referirse a las investigaciones de Roman Jakobson [1942], el cual estudió el desarrollo cronológico de los *fonemas* –los sonidos distintivos mínimos de una lengua– en oposición al de las categorías fonológicas (*consonantes*, *vocales*, etc.). Según Jakobson, el desarrollo de la capacidad fonológica sigue un modelo universal: los niños primero distinguen las categorías fonológicas mediante la imitación y luego afinan sus capacidades de discriminación extendiéndola a los elementos particulares en el interior de cualquier categoría. Jakobson llamó a este fenómeno “diferenciación progresiva”. Él postulaba, efectivamente, una jerarquía universal entre los rasgos distintivos, por la que la distinción entre “alto” y “bajo” en un sistema vocálico es clasificada en un grado superior a la mitad de la serie.

De esta interesante documentación, corroborada por diversas investigaciones posteriores, se pasa luego a las significativas investigaciones de Braine [1963, 1971] en los años sesenta. En torno al primer cumpleaños, el niño comienza a producir enunciados *holofrásticos*, es decir, mensajes consistentes en una palabra. Para estos primeros actos de comunicación es evidente que se ha formado ya en el niño una vasta cantidad de aprendizaje conceptual. Las primeras holofrasas son verdadera y propiamente mensajes, puesto que consienten al niño nombrar los objetos o los eventos del ambiente inme-

diato, expresar acciones o el deseo de realizar alguna acción, y transmitir estados emocionales. Obviamente, la fase holofrástica del desarrollo lingüístico-cognitivo atestigua que el pensamiento infantil se refiere a ideas y a conceptos, pero que lo que le falta es la capacidad sintáctica. Luego, en torno a la edad de dieciocho meses, emergen en el niño los enunciados de dos o tres palabras. La característica principal de este período, llamado precisamente *estadio telegráfico*, es que el orden de las palabras que constituyen los enunciados del niño no es casual. Se trata de un emergente sistema sintáctico-conceptual, que investigadores como Braine han denominado *gramática gozne*, visto que palabras como *más* y *calle* son “pernios” pertenecientes a una pequeña clase fija de palabras gramaticalmente funcionales u operacionales. Las otras se llaman palabras abiertas, porque pertenecen a una más amplia clase de palabras que anteriormente habían sido las holofrasas. Roger Brown [1970] constató –hace ya más de dos décadas– que las formas de una gramática gozne tienen diversos significados estructurales, entre ellos la denominación, el aviso, la no existencia, la recurrencia, etc. [v., más recientemente, Boyson-Bardies 1999].

Mas tales investigaciones no han tenido casi nunca en cuenta los procesos de metaforización en la creación de las primeras palabras. Investigaciones como la de Ross y Mesulam [1979], por ejemplo, han confirmado que el niño pasa por una fase holofrástica basada en el *sentido* antes de llegar a la organización sintáctica de las palabras. Según Ross y Mesulam, emergen cuatro categorías de variación prosódica en el niño: intrínseca, intelectual, emocional e inarticulada, según su valor proposicional o afectivo. El primer tipo, que es el más común, puede ser variadamente codificado en distintas lenguas; él determina, por ejemplo, el valor declarativo, interrogativo o condicional de una frase. El segundo tipo, el intelectual, conduce sutiles matices de significado, permitiendo, por ejemplo, comunicar sarcasmo, escepticismo, énfasis o incredulidad. La variación prosódica emocional, en cambio, consiste en las características acústicas que confieren al discurso peculiaridades emotivas como placer, rabia, dolor, alegría, etc. Por último, la prosodia inarticulada consiste en todos los murmullos o gruñidos que no vehiculan ningún significado verbal, pero que, como fuere, suministran al oyente informaciones ulteriores sobre el estado de ánimo del locutor. Si bien las variaciones prosódicas tienen valor proposicional, como aquéllas intrínsecas e intelectuales, o emotivo, como las emocionales o inarticuladas, ellas resultan todavía esenciales para la expresión global y completa del mensaje lingüístico. Por otro lado, datos clínicos han demostrado que, en el interior del hemisfe-

rio derecho del cerebro, a la parte inferior del lóbulo frontal le está delegado el control motriz de la prosodia y de la comunicación afectiva en general, mientras que las zonas anteriores del lóbulo temporal y parietal están implicadas en la comprensión de las mismas. Ello lleva a concluir que el lenguaje afectivo-metafórico es el primario.

La interacción lengua-ambiente apresura y facilita el posterior desarrollo de los esquemas mentales y corpóreos que permiten organizar los datos de la experiencia. Según Vygotskij, las primeras palabras del niño reflejan tanto el estadio neurológico alcanzado, como las capacidades intelectivas asociadas a él. Las primeras palabras constituyen un monólogo modelado a partir de los extractos de conversaciones que el niño ha oído en su ambiente. Este monólogo viene luego utilizado por el propio pensamiento, transformándose gradualmente en lenguaje silencioso, o interior, y llegando a ser en este punto indistinguible del pensamiento mismo. Esta etapa es el prerrequisito cronológico para el desarrollo de la capacidad de usar el lenguaje para la comunicación interpersonal. Entonces, en neta oposición a la teoría de la *Gramática Universal*, parece que sea propiamente el ambiente el que provee de las estructuras psíquicas y afectivas a través de las cuales el niño llega a expresar sus propias experiencias.

En la *Scienza nuova*, la noción de que la gramática es un sistema que permite incorporar los conceptos directamente, antes que arbitrariamente, es evidente en la descripción que Vico propone acerca de la evolución de las diversas partes del discurso:

Los nombres designan ideas que dejan vestigios firmes; las partículas, que significan esas modificaciones, hacen lo mismo [...] los verbos significan movimientos, los cuales suponen el antes y el después que son medidos desde el indivisible presente [...] Esta generación de las lenguas es así conforme a los principios de la naturaleza universal, por los cuales los elementos de todas las cosas son indivisibles, de los que esas cosas se componen y en los cuales terminan por resolverse [...] Además ella [esta generación] da el orden con que nacen las partes de la oración, y en consecuencia las causas naturales de la sintaxis. [Vico, en Rossi 1963: 237-238].

## V METÁFORA Y CULTURA

Como hemos discutido e ilustrado más veces en este trabajo, el sistema gramatical de una lengua, los sistemas de organización lógica de una cultura y los diversos sistemas de representación de que disponemos están interconectados a través del pensamiento metafórico. La figura de Satanás como *serpiente*, el uso de las máscaras para comunicar la esencia del Yo, etc., constituyen ejemplos de cómo razonamiento metafórico, figuración, ideación, simbolismo, mitología, realización, etc., no son más que diversas “caras” del mismo ingenio fantasioso. En efecto, como expondremos en el presente capítulo, este tipo de *interconexión* revela una homología de significación entre los diversos sistemas del hombre. Dicha interconexión constituye la base noética de una cultura.

El ejemplo más sobresaliente de cómo los sistemas se reflejan el uno en el otro, se advierte en el *mito*, narración que tiene por objeto dioses y héroes legendarios en empresas de lucha contra fuerzas adversas, con que vienen explicados simbólicamente los orígenes de las fundaciones institucionales y culturales, de la humanidad, del mundo, los descubrimientos técnicos, artísticos, etc. El mito nace, por ello, como “metáfora misma” para ilustrar una idea, un concepto, etc., constituyendo la realización metafórico-narrativa de una imagen esquemática de un evento, de un personaje, de una situación, etc.

[18]

### EL PRINCIPIO DE INTERCONEXIÓN

Según el modelo expuesto en este trabajo, cuando un individuo pronuncia frases en el interior de un mensaje es bien obvio que su pensamiento está sostenido por fórmulas metafóricas: **[las ideas = alimento]**, **[las ideas = personas]**, **[las ideas = moda]**, etc. El modelo cultural de **[ideas]**, como hemos visto, está configurado por fórmulas como éstas. Las diversas fórmulas que constituyen este modelo pueden ser combinadas también entre sí para

generar abstracciones que llegan a ser progresivamente más complejas. Se ha mencionado, aún una vez más, que el léxico asociado a un particular dominio puede ser modificado según las exigencias de la sintaxis o del acto comunicativo en el mensaje para ser elaborado: por ejemplo, el enunciado *Tiene una fértil imaginación* refleja el proceso de nominalización en la realización verbal de la fórmula [**las ideas = plantas**]; mientras que frases como *Sus ideas han fertilizado ese campo científico* y *Su modo de pensar procede fértilmente* revelan, respectivamente, procesos de verbalización y de adverbialización. La estructuración apropiada del discurso, por tanto, consiste en convertir dichos dominios en palabras y estructuras morfológicas y sintácticas apropiadas. En este modelo, por ello, la gramaticalización (la elección de categorías gramaticales) y la lexicalización (la elección del léxico) son procesos interconectados directamente con el sistema conceptual que está bajo la ideación del discurso.

Tales concatenaciones metafóricas sostienen la coherencia del discurso, por el cual un concepto asociado a una particular organización lógica del pensamiento nos sugiere otro, y así una y otra vez. Tanto es verdad, que sería virtualmente imposible comunicar verbalmente sin recurrir a tales concatenaciones. La coherencia estilística se puede, de hecho, definir como la habilidad de navegar mentalmente a través de los diversos dominios que constituyen una red metafórico-asociativa. Cuando se habla o se escribe de [**ideas**], la navegación consiste, por ejemplo, en pasar de [**alimento**] a [**moda**], y así sucesivamente. Esto implica que el discurso no es tanto una serie de opciones estructurales, cuanto justamente una red de dominios metafóricos entre los cuales y/o a través de los cuales navega la mente. En efecto, cuando en el discurso se cambia el argumento, cognitivamente esto implica pasar de la red de dominios que constituyen un particular concepto a la red de dominios que constituyen otro concepto.

La múltiples funciones semánticas de la concreta palabra *punto* demuestran cuán productiva sea la interconexión metafórica. En el ámbito de la geometría el *punto* está considerado como un ente geométrico fundamental no punible de definición, sino intuitivamente concebido como privado de dimensiones y no descomponible:

- \* *punto* de tangencialidad
- \* *punto* de intersección
- \* *punto* de fuga de una recta, en la proyección central
- \* *punto* del cuadro en el cual viene proyectado, desde el centro de la vista
- \* *punto* al infinito de la recta

De estos usos se derivan otros diversos que son el resultado de ulteriores metaforizaciones: por ejemplo: un *punto* de vista es el *punto* desde el que se imagina mirar un objeto, y es, por tanto, este significado el que se usa comúnmente como metáfora para “valoración” o “interpretación subjetiva”:

- \* Desde su *punto* de vista tiene razón en sentirse ofendido.
- \* Él siempre ve las cosas desde un *punto* de vista excéntrico.

Este concepto está, por otro lado, en la base de diversas praxis conceptuales, simbólicas y representativas. En matemática, el *punto* indica el producto, o bien, puesto sobre el símbolo de la función, la derivada de la misma; es usado también en la escritura de los números –en modalidad angloamericana– tanto para separar las cifras de la parte entera de un número de aquéllas de la parte decimal, al modo anglosajón, como para señalar los millares; en música, puesto a la derecha de una nota o de una pausa aumenta en la mitad la duración (*punto* de valor), mientras que puesto sobre o bajo una nota prescribe (*punto* de destaque) la ejecución destacada [*in staccato*] o insistente [*in martellato*]; en ortografía, viene colocado sobre la *i* minúscula y figura además entre los signos diacríticos (por ejemplo, en la diéresis) y entre los signos de puntuación: el *punto* y seguido (o *punto*), indica el fin de un período e impone el uso de la mayúscula para la letra inicial de la palabra con la que se comienza un nuevo período; el *punto* y coma es el signo gráfico que indica un intervalo lógico entre los miembros del mismo período y una pausa más larga que la señalada con una coma; los dos *puntos* constituyen el signo usado para introducir un discurso directo, una cita, un elenco o una frase explicativa de la precedente; el *punto* exclamativo es el signo que concluye una frase exclamativa, y el *punto* interrogativo una frase interrogativa. De esto último indicado se deriva el concepto de “persona o cosa de difícil descifrado, del que no se tiene una plena inteligencia: incluso después de tantos años”: *Ese hombre es para mí un punto interrogativo*. De hecho, hay diversos conceptos derivados de modo similar [ejemplos de uso en lengua italiana]:

- \* *poner punto* [...y *punto*] = “dejar decididamente de hablar o de hacer algo” (*He dicho lo que pienso, y punto*)
- \* *punto y basta* [...*punto* y *aparte*] = fórmula con la que se pone perentoriamente fin a algo (*¡Te he dicho que no me gusta, punto y basta!*)
- \* *Por un punto, Martín perdió la capa* = locución usada para significar que a veces es suficiente una nadería para que no se llegue a obtener aquello que se desea y en lo que se empeña uno, como le acaeció a un cierto fray Martino, que por un error de puntería no obtuvo el nombramiento de prior.

El mismo concepto lleva, luego, a la noción de “cualquier cosa, cualquier formación que, por su pequeñez real o aparente, recuerde el signo gráfico del punto”:

- \* La nave no es más que un *punto* en el horizonte.
- \* Ese *punto* luminoso es un avión acercándose.

Emparejado al color *negro* (u *oscuro*, *opaco*, etc.), su uso viene a indicar “cosa negativa, evento desfavorable en un conjunto positivo”:

- \* Hay un sólo *punto* negro es este cuadro.
- \* Es un *punto* oscuro en la reciente historia.

Por vía de los usos del punto en praxis cartográficas, se extiende a significados abstractos exactos que retienen esta acepción en su base:

- \* *un punto panorámico de la costa, uno de los puntos más peligrosos de la autopista, los codos son el punto de mayor desgaste de la chaqueta* = “lugar de extensión muy limitada o lugar individuado precisamente”
- \* *punto de venta* = “ejercicio comercial en que se vende un producto dado”
- \* *punto de encuentro* = “lugar en el que habitualmente un grupo de personas se reúne”
- \* *punto (de) vida* = “en sastrería, parte del cuerpo entre el tórax y la pelvis, más estrecha de un lado que de otro, y correspondiente parte de la pieza de vestuario”
- \* *puntos calientes* = “zonas de la corteza terrestre de mayor interés por los fenómenos volcánicos” y, también, “regiones de mayor interés por conflictos internos o internacionales”
- \* *punto débil* = “aquello que es menos válido, más discutible, aquello que hace a una persona más vulnerable”
- \* *punto de fuerza* = “elemento de mayor eficacia, elemento convincente”
- \* *punto doliente* = “aspecto, argumento por alguna razón doloroso y por tanto delicado de tratar”
- \* *punto neurálgico* = “argumento, cuestión crítica”.

Por ulteriores extensiones, tal significado es aplicado también a “paso, pasaje, fragmento, argumento de un escrito o de un discurso”:

- \* Ése es el *punto* del poema de difícil interpretación.
- \* He leído un manuscrito ilegible en más de un *punto*.
- \* ¿Cuál es el *punto* clave del acontecimiento?
- \* El programa está articulado por *puntos*.
- \* Debes discutir su ponencia *punto* por *punto*.
- \* Se ha hallado el acuerdo sobre muchos *puntos*.

- \* Quedan algunos *puntos* por definir.
- \* ¿Ha llegado a tal *punto* de desfachatez?
- \* Es verdad hasta cierto *punto*.

Dicho uso metafórico lleva luego a un otro al que está asociado, y esto es, al concepto de “momento, instante preciso en que algo se verifica”, como se puede discernir en las siguientes expresiones:

- \* Estamos casi en *punto* muerto.
- \* Necesita llegar al *punto* justo.
- \* Llegados a ese *punto* no había nada que hacer.
- \* Hasta cierto *punto* necesita ceder.
- \* ¿Qué *punto* tienes en la escuela?
- \* Estoy en el *punto* de llegar a ser verdaderamente famoso.
- \* Después de horas de discusión estamos aún en el *punto* de partida.
- \* Él ha llegado a las ocho en *punto*.

En el lenguaje científico y técnico, este concepto desarrolla, en una pluralidad de acepciones, el significado de “posición” conectado a la idea intuitiva de *punto*. En la marina, la posición geográfica de una nave en un momento dado, concretada por las coordenadas geográficas (latitud y longitud), es llamada *punto verdadero* o *punto nave*; en aeronáutica, la posición centrada por las coordenadas geográficas a las que se añade la indicación de la altura, es denominada *punto aéreo*; en geografía, un *punto cardinal* sería cada uno de los cuatro puntos fundamentales que dividen el horizonte en otras tantas partes iguales y vienen dados por el encuentro del horizonte con el meridiano y con la vertical (respectivamente, *norte*, *sur*, *este*, *oeste*); en balística, *punto cero* se refiere a un “lugar de la superficie terrestre en que estalla o debe estallar un mecanismo nuclear”; en mecánica, la expresión *punto muerto* se refiere a órganos en movimiento alternativo, como los émbolos; en oftalmología, *punto próximo* y *punto remoto* se refieren, respectivamente, al punto del eje óptico más cercano al ojo (o más alejado de él) por el cual se da una visión distinta; en física, el *punto de ebullición* y el *punto de fusión* indican el valor de la temperatura a la cual se verifican los dos fenómenos; en termodinámica, el *punto crítico* se refiere al punto del diagrama presión-volumen de un gas real, indicado en el isoterma que representa el valor de la temperatura, a partir del cual el gas no puede ya pasar al estado líquido.

Este concepto es usado también para indicar alguna de las unidades con las que, convencionalmente, se cuantifica una valoración en competiciones, concursos, juegos, exámenes, pruebas, etc.:

- \* Necesita obtener un *punto* para el empate y dos para la victoria.
  - \* Ese equipo tiene tres *puntos* de ventaja en la clasificación.
  - \* La bolsa ha bajado dos *puntos*.
  - \* Cada prueba de compra vale un *punto*.
- etc.

Tales expresiones son comprensibles en cuanto el dominio a que se refieren es la fórmula ya formada, **[las ideas = actividad de la vista]**. Por tanto, la generación gnoseológica del concepto **[las ideas = figuras geométricas]** es una verdadera y propia deducción, en cuanto que la geometría no es otra cosa que un modo de razonar las actividades de la vista. Y, de hecho, en nuestra cultura esta deducción tiene su sentido lógico en cuanto la geometría nace como parte de la matemática para estudiar las figuras de los cuerpos. Los estudios de geometría en la antigüedad procedieron de manera desorganizada hasta el 300 ca. a.C., cuando Euclides, en los trece libros de los *Elementos*, sistematizó todas las nociones con anterioridad adquiridas según un método deductivo en cuya base se hallan algunas propiedades iniciales sobre las que son construidas todas las demás.

[19]

SISTEMAS REPRESENTATIVOS

La interconexión entre los diversos códigos representativos constituye un segundo tipo de interconexión en la formación de una cultura. Esto implica que existe una *concatenación* semiótica entre lenguaje y códigos no verbales, como el quinésico, el prosémico, el musical, etc. Tomemos, por ejemplo, el concepto de *sexualidad*. El dominio conceptual **[sexualidad = saborear, catadura]**, por ejemplo, se realiza a nivel de expresión verbal del modo siguiente:

Esquema	Dominio conceptual	Gramaticalización	Vehículos empleados
[Sabor]	[sexualidad = saborear]	En el discurso, dicho concepto viene luego a quedar como adjetivo (Ella/El está buena/o) o como verbo (Me han gustado sus labios), etc.	buen gusto, dulce, amargo, etc.

Ahora bien, este mismo concepto se manifiesta también en esquemas de comportamiento físico, en diversas tradiciones sociales, en diferentes ins-

tituciones culturales, etc. Ciertos ritos asociados al amor, como ya se dijo en un capítulo anterior, no son más que reflejos simbólicos de este concepto: por ejemplo, la costumbre de regalar dulces a la persona amada para celebrar una ocasión especial. La cultura, por tanto, se puede definir como una suerte de “hipertexto” metafórico, y esto quiere decir, un conjunto estructurado de informaciones, constituido por textos, notas, ilustraciones, conceptos, figuras, símbolos, ritos, instituciones, coligadas entre sí por rechazos y vínculos metafórico-lógicos. La metáfora constituye, así, una traza en la “mente interconexa”, la cual percibe las cosas, no como unidades separadas, sino como partes integrales de un todo.

Veamos ahora otros ejemplos concretos de cómo la mente navega hipertextualmente en la representación de los conceptos. Tomemos como primer ejemplo la **[justicia]**. Éste es un concepto que se refiere a un principio moral consistente en dar a cada uno lo debido. Es un concepto que se realiza con dominios concretos, como los siguientes:

- \* *sopesar* con justicia = **[la justicia = cantidad]**
- \* *obrar* con respeto a la justicia = **[la justicia = ente]**
- \* *cultivar* un ideal de justicia = **[la justicia = planta]**

Ahora, el concepto de la justicia como una **[cantidad]** viene representado por las artes figurativas como una *balanza*, con dos platillos los cuales penden de los extremos de un yugo que oscila sobre un eje central. Tal “representación pictórica” del concepto **[la justicia = cantidad]** hace referencia a la agudeza de sopesar y al difícil equilibrio de los dos platillos de la balanza para expresar la cautela, atención, incertidumbre al enjuiciar a las personas. El concepto de justicia como un **[ente]** vivo se vislumbra, también en el ámbito de la representación figurativa, en la figuración de la **[justicia]** como una mujer. Por último, el concepto de la **[justicia = planta]** se nota en el hecho de que pensamos la justicia como si tuviese ramas y, por tanto, que existen varios tipos de justicia.

La interconexión entre expresión del cuerpo y expresión verbal viene, obviamente, a faltar en las modernas comunicaciones electrónicas. Pero vista la importancia de esta componente no verbal en la comunicación humana, no debería sorprender que haya sobresalido un nuevo “código icónico”, llamado *emoticono*, consistente en particulares símbolos icónicos usados en diversos sistemas representativos para mostrar buenos o malos sentimientos. Los *emoticones* que son usados más frecuentemente en el lenguaje simbólico de Internet son pocos, por lo demás relativos a los principales estados de ánimo: por ejemplo, :- ) es usado para expresar felicidad, tam-

bién para decir que se está bromeando; y :- (indica “estoy triste, deprimido” o “me siento ofendido”). El *emoticon* no es fundamentalmente otra cosa que una versión contemporánea de la máscara como transferencia de la personalidad. El significado más inmediato de la máscara es no sólo el de transformar a quien la porta ante los ojos de quien lo ve, sino también a la persona enmascarada, que termina por asumir la personalidad del ser figurado por la máscara. Este concepto metonímico se manifiesta de diversas formas a lo largo del mundo. Bastante difundidas están, por ejemplo, las máscaras pintadas sobre el cuerpo del actor, típicas de la cultura australiana, de algunas zonas de Nueva Guinea y de la América Meridional y, en general, de los grupos humanos que adoptan la completa desnudez. En el área melanesia de Nueva Guinea y, dentro de ciertos límites, en el área pueblo-andina sobre todo precolombina (Aztecas, Mayas), prevalecen máscaras hechas de corteza, fibras entrelazadas, plumas, suntuosamente decoradas con vivos colores, enriquecidas con flecos y con superestructuras aéreas, cuyas formas no buscan una semejanza con el ser que representan sino que tienden a evocar complejos acercamientos simbólicos relativos al ritual conectado con el ser mismo.

A esta teatralidad se debe el uso de máscaras colectivas, como las del área de Sepik (Nueva Guinea), las de Nueva Irlanda (*kepong* y *matua*), y la fabricación, hecha en secreto, de las máscaras usadas por los adeptos de las sociedades secretas. Distinto simbolismo tienen las máscaras usadas por varios grupos étnicos de América Septentrional: realizadas en madera, su forma evoca semblanzas humanas o antropomórficas estrechamente ligadas al culto de los antepasados y a las concepciones mágico-religiosas de grupos concretos: de las máscaras esquimales (*inua*, antropomorfas, con la función de asociar un animal a su “doble” humano; *tunghat*, antropomorfas, que representan los espíritus), de trazos estilizados, se pasa a las máscaras de los Indios, de aspecto terrorífico, explicativas de los mitos del origen de algún clan (antropomorfas), cuyos rasgos exageradamente deformados tienen la función de “narrar” el acontecimiento de los antepasados divinizados.

El estudio de la interconexión entre sistemas de representación en una cultura fue iniciado, como se ha dicho en el primer capítulo, por el lingüista americano Sapir en los años veinte. Es una dirección de investigación tomada de la antropología cultural contemporánea que tiene como objeto privilegiado de estudio las relaciones entre lenguaje, cultura y realidad. La denominada *antropología cognitiva* se propone el objetivo de arrojar luz sobre los procesos cognitivos de base mediante los cuales los seres humanos elaboran sus conocimientos del mundo. Desarrollada a partir de los años

sesenta en los Estados Unidos, ésta ha ido consolidando progresivamente metodologías y elaboraciones teóricas, llegando a constituir en torno a los años ochenta una de las directrices punteras de la investigación antropológica contemporánea. Sosteniendo esta disciplina se encuentra una concepción de la cultura como sistema de conocimientos, opuesta a la idea de cultura –comúnmente aceptada en antropología– como conjunto de normas y valores de los que derivan los modelos de comportamiento de los individuos.

De la confluencia de instancias de la psicología cognitiva, de la lingüística y de la antropología estructural de Lévi-Strauss, deriva el método de análisis de los antropólogos cognitivos, que consiste primordialmente en la atenta explicitación del saber atribuible a los miembros de un determinado grupo cultural sobre los más diversos sectores de la realidad, a través del examen de sus respuestas verbales, o inducidas mediante expresas solicitudes del investigador o bien espontáneas, obtenidas en determinadas situaciones de interlocución. La mayor parte de los estudios se ha concentrado en las clasificaciones del mundo natural (plantas y animales) y sus sistemas de conocimiento zoológico y botánico elaborados por las más diversas poblaciones en diferentes lugares de la tierra.

La manifestación sistemática de fenómenos de conexión en el simbolismo humano implica, por ello, que la *representación* (verbal o no verbal) no es más que una estrategia sémica que permite “organizar” las estructuras asociativo-metafóricas que sostienen el pensamiento, transformándolas en estructuras “externas” lineales (en el caso del lenguaje) y/o modulares (en el caso del gesto, del arte visual, de la música, etc.) de modo que puedan ser expresadas físicamente.

## [20]

### GESTO

Otro aspecto destacado de la relación entre sistema conceptual metafórico y otros sistemas de comunicación, como los no verbales, es el que se establece entre metáfora y gesto. Por ejemplo, cuando se articulan conceptos basados en el esquema [**orientación**] –*La bolsa está yendo para arriba, Hoy me siento muy bajo*, etc.– la mano tiende, invariablemente, a ser alzada o bajada para “reforzar” el vehículo del concepto expresado oralmente [McNeill 1992]. De hecho, se puede decir que gran parte del gesto que es usado inconscientemente durante la enunciación oral de un mensaje tiende a “describir” en el espacio, por así decir, los dominios concretos que sostienen los conceptos utilizados.

Las manos son las partes del cuerpo que pueden producir mensajes muy complejos y muy expresivos, considerando los gestos que se pueden realizar por medio de ellas y a la manipulación de los objetos hecha con intenciones comunicativas. A este propósito resulta útil recordar la clasificación elaborada por Ekman y Friesen [1969] respecto a las señales no verbales, que, aunque refiriéndose a los movimientos de todas las partes del cuerpo, definen de manera neta los gestos de las manos. Estos autores definen algunas señales “emblemáticas”, es decir, señales emitidas intencionalmente con significado específico que puede ser directamente traducido en palabras y hasta repetir y sustituir el contenido de la comunicación verbal. Típicos gestos emblemáticos son: el acto de agitar la mano en señal de saludo, el llamar mediante signos con las manos, el acto de indicar. Estas señales pueden ser utilizadas cuando la comunicación verbal está obstaculizada o para evidenciar los fenómenos ritualizados del cambio verbal, como los saludos y las despedidas. Los gestos “ilustrativos” son, en cambio, representantes de todos aquellos movimientos hechos con las manos que normalmente son realizados en el curso de la comunicación verbal. Su objetivo principal es el de ilustrar precisamente aquello que se va diciendo. Algunas de estas señales escanden las sucesivas partes del discurso y podrían ser consideradas como un sistema de puntuación no verbal de lo hablado, otras amplían y completan el contenido de la comunicación indicando relaciones espaciales, delineando formas de objetos o evidenciando movimientos particulares o cualquier otra cosa.

Todas estas señales son emitidas conscientemente, y en algunos casos con decidida intención del hablante por destacar algunos aspectos particulares de su discurso, y varían en relación a la extracción étnica y cultural del individuo que las emite. Otras señales son de los “indicadores del estado emotivo” del hablante que las produce, a pesar de que la principal fuente de indicaciones que refiere los estados emotivos del hablante sea el rostro. De hecho, el ansia y la tensión producen cambios reconocibles en los movimientos de un individuo: por ejemplo, un gesto típico de esta categoría de señales está representado por el acto de agitar los puños. Otra categoría de señales es utilizada por quien habla y por quien escucha para regular la contemporaneidad de las intervenciones en el diálogo: son éstas las señales “reguladoras” que tienden a controlar el flujo de la conversación y que pueden indicar, además, a quien habla si el oyente está más o menos interesado en lo que está diciendo, si desea hablar, o interrumpir la comunicación. En este caso, además de señales emitidas con las manos pueden ser utilizados ademanes de cabeza, enarcamiento de cejas, cambios de postura.

Existen además gestos no intencionales que las personas usan sistemáticamente: son los gestos de “adaptación”, que representan un modo de satisfacer y controlar necesidades, motivaciones y emociones que refieren las situaciones en las que el individuo se halla, que, aprendidos durante la infancia como parte de un modelo global de comportamiento adaptativo, representan, en el adulto, señales habituales emitidas inconscientemente, y sin finalidad de difundir un mensaje específico. Ekman y Friesen distinguen tres subcategorías para las señales de adaptación: los gestos “auto-adaptativos”, es decir, todos los movimientos de manipulación del propio cuerpo que los individuos realizan en el curso de la interacción; los gestos de “adaptación centrados en el otro” y los gestos de “adaptación dirigidos a los objetos”. Las cinco categorías de gestos, concretadas por los autores, no tienen carácter de exclusividad, en cuanto un gesto no pertenece necesariamente a una sola categoría, sino que puede colocarse en más de una de ellas.

Argyle [1988] concreta cinco tipos de señales no verbales que se refieren a los gestos: gestos de ilustración y otras señales ligadas al discurso, signos convencionales, movimientos que expresan estados emotivos, movimientos que expresan el carácter, movimientos usados en los rituales. Del primer grupo forman parte todos aquellos gestos que sostienen la comunicación verbal, definiendo el ritmo, poniendo énfasis en lo hablado, transmitiendo ulteriores informaciones e ilustrando figurativamente cuanto viene dicho, estos gestos permiten además al oyente enviar informaciones de retorno al hablante mediante un *feed-back*, señalar el grado de atención y sincronizar el diálogo. Los gestos convencionales son aquellos que poseen un significado universalmente aceptado en el interior de un grupo social, tengan más o menos traducibilidad directa en expresiones verbales. Algunas culturas utilizan lenguajes basados en signos convencionales, como los Indios de América o los Aborígenes de Australia, o categorías de personas golpeadas por un déficit sensorial, como los sordomudos. Los gestos que expresan estados emotivos no tienen el objetivo específico de comunicar con los otros, sino que más bien se trata de gestos mayormente dirigidos a sí mismos y ejecutados en privado a la vez que reprimidos en situaciones públicas. Los gestos que expresan el carácter representan el estilo expresivo general de una persona que distingue al individuo, que, a pesar de ir variando las situaciones y los estados de ánimo, se mantiene globalmente inalterado. Por último, Argyle habla de los gestos usados en el ámbito de los ritos religiosos, de ceremonias, de representaciones dramáticas que pueden llegar a ser verdaderas y propias señales convencionales en otras situaciones de interacción. Los ademanes de cabeza, aunque apa-

rentemente desdeñables, son muy importantes en cuanto indicadores necesarios en el proceder de la interacción. Un movimiento de la cabeza, hecho por quien escucha, es percibido por el hablante como asentimiento y participación de lo que se está diciendo, tiene una función de refuerzo, en el sentido de una confirmación que viene desde el oyente respecto de aquello que está diciendo el hablante. Además, despliega un papel importante en el control de la sincronización del discurso entre dos interlocutores. Según Argyle, en Inglaterra, una señal de cabeza por parte de quien escucha indica anuencia, una rápida sucesión de señas de cabeza indica que quien escucha quiere tomar la palabra.

En suma, gesto y lenguaje son sistemas interconexos, y así como gran parte de las abstracciones expresadas oralmente están basadas en la conceptualización metafórica, no debería sorprender que la gesticulación tienda a reforzar el concepto “trazándolo”, por así decir, en el espacio gestual. Todo ello indica que la comunicación no consiste en componentes verbales y no verbales separados, sino en un completo sistema en el que las dos modalidades interoperan en la transmisión de los mensajes.

La interconexión entre lo verbal y lo no verbal se vislumbra de muchas maneras. El cuerpo “habla metafóricamente”, por así decir, transmitiendo los significados mismos por medio de los gestos, mediante el rostro y los movimientos del cuerpo, etc. El organismo viviente se expresa más claramente con el movimiento que con las palabras. En las poses, en las posiciones y en las posturas que asume, en todo gesto el organismo habla un lenguaje que anticipa y trasciende la expresión verbal. La comunicación no verbal comprende una vasta gama de señales de tipo cinésico, paralingüístico y entonador, que integran, amplían y, a veces, sustituyen el contenido verbal de una comunicación.

[21]

## REFLEXIONES CONCLUSIVAS

Definiendo el discurso metafórico como el resultado de una innata *lógica poética*, el gran Vico lo consideraba el modo más natural de representar la experiencia de la memoria, con la que evocar y registrar imágenes mentales, todas ellas particulares, de la realidad. Para Vico, la metáfora era un indicio del funcionamiento del *ingegno*, que él definió como una facultad de la mente humana que permite al individuo crear ideas, conceptos, etc., en función de las imágenes del mundo que se ha formado personalmente. La metáfora es la manifestación de esta transformación que revela un innato *estilo poético* en la formación de los conceptos.

Las investigaciones que han seguido a la obra de Lakoff y Johnson han establecido que el pensamiento es, justamente como pensaba Vico, imaginativo, en el sentido de que los conceptos que no están directamente basados en la experiencia emplean la metáfora, o sea la figuración mental. Es esta capacidad imaginativa la que permite el pensamiento abstracto y aleja la mente más allá de lo que observamos con los sentidos. Por último, la metáfora revela que los conceptos y los símbolos empleados en los sistemas de representación tienen una estructura global interconexa que va más lejos del simple agrupar bloques de construcción mediante reglas generales. En suma, el filón de estudio abierto en lingüística y en psicología, inspirado en la obra de Lakoff y Johnson, ha confirmado que los conceptos y los símbolos abstractos derivan del sentido de las cosas y, esto es, de la percepción físico-sensorial.

Obviamente, este nuevo filón de la lingüística reverbera de nociones viquianas. El aspecto más radical de ello, es, efectivamente, que la metáfora despliega un papel fundamental en la génesis de los símbolos y de los conceptos abstractos. La primera fase en la generación del pensamiento lógico-simbólico consiste en puro “sentido”. Ésta es una fase icónica durante la cual los signos vienen formados de manera icónico-sensorial, es decir, en modo de reproducir cualquier característica de aquello que representan: este primer simbolismo resulta posible por el hecho de que existe en la mente humana una estructura neurológica que, literalmente, “da sentido” a las cosas mediante la *fantasía*. La segunda fase consiste en una metaforización de los referentes abstractos; este segundo tipo de simbolismo metafórico llega a ser posible por el hecho de que existe en la mente humana el *ingenio* que permite comprender “cosas insensatas” —dice Vico— asociándolas a los simbolismos de la primera fase. Por último, una tercera fase consiste en la formación y utilización de un simbolismo abstracto y racional; este tercer tipo de simbolismo lógico-racional resulta posible por el hecho de que la metáfora ingenia sistemas abstractos de representación, creando la necesidad de hacerlos “estables” para el uso sistemático.

En el presente libro que ahora concluye, quien escribe ha querido compartir las propias experiencias, las propias investigaciones, y los propios conocimientos con los lingüistas que se ocupan de cuestiones de interconexiones entre formas verbales, formas no verbales y significaciones, con el objeto de abrir un diálogo fructífero y prometedor. Hay mucho por hacer y mucho por descubrir. Obviamente, si las premisas expresadas en estas páginas son válidas —esto es, si nuestro sistema conceptual abstracto es largamente metafórico, si la comunicación está basada en el mismo sistema con-

ceptual que usamos pensando y obrando, y si el lenguaje es una importante fuente de demostración de cómo opera nuestro sistema conceptual— está claro que deberán ser consideradas seriamente por parte de todos los lingüistas, los psicólogos y los antropólogos.

El estudio de la metáfora en disciplinas científicas está demostrando que existe una verdadera y propia interconexión entre pensamiento y representación. El *Homo sapiens* es una especie que quiere conocer las cosas, aunque, paradójicamente, no sabe el porqué. El motivo por el cual nosotros deseamos tanto saber, permanece como un total misterio. Pero como sugieren los estudios sobre la metáfora hoy, la investigación de una respuesta a este problema ontológico fundamental debe empezar por un estudio adecuado de la metáfora como elemento de interconexión de los sistemas de pensamiento y de expresión que los seres humanos utilizan para codificar su sabiduría.

## REFERENCIAS Y BIBLIOGRAFÍA GENERAL

El siguiente elenco bibliográfico consiste no sólo en los títulos citados en el volumen, sino también en títulos que podrían ser consultados para ampliar el argumento traído desde diversos puntos de vista interdisciplinarios. Por tanto, pretende constituir también una fuente para un ulterior estudio del fenómeno del lenguaje metafórico.

### A

- ALLWOOD, J. - GÄRDENFORS, P. (a cargo de) (1998). *Cognitive Semantics: Meaning and Cognition*. Amsterdam: John Benjamins.
- ANGELA, P. (1983). *La macchina per pensare (alla scoperta del cervello)*. Milano: Garzanti.
- APEL, K. O. (1975). *L'idea di lingua nella tradizione dell'Umanesimo da Dante a Vico*. Bologna: Il Mulino.
- ARGYLE, M. (1988). *Bodily Communication*. New York: Methuen.
- ARISTÓTELES (1952). *Poetics*. In: W. D. Ross (a cargo de), *The Works of Aristotle*, volume 11. Oxford: Clarendon Press.
- ARNHEIM, R. (1969). *Visual Thinking*. Berkeley: University of California Press.
- ASCH, S. (1950). "On the Use of Metaphor in the Description of Persons". In: H. WERNER (a cargo de.), *On Expressive Language*, pp. 86–94. Worcester: Clark University Press.
- ASCH, S. (1958). "The Metaphor: A Psychological Inquiry". In: R. TAGIURI - L. PETRULLO (a cargo de.), *Person Perception and Interpersonal Behavior*, pp. 28-42. Stanford: Stanford University Press.
- AUSTIN, J. (1962). *How to Do Things with Words*. Oxford: Clarendon Press.
- AUSUBEL, D. A. (1967). *Educational Psychology: A Cognitive View*. New York: Holt, Rinehart and Winston.

### B

- BARCELÓ, J. (1993). "La metáfora en Vives y Vico". *Revista de Filosofia* 41-42: 11-26.
- BATTISTINI, A. (1984). "Teoria delle imprese e linguaggio iconico vichiano.

- Bollettino del Centro di Studi Vichiani* 14-15: 149-178.
- BATTISTINI, A. (1995). *La sapienza retorica di Giambattista Vico*. Milano: Guerini.
- BECK, B. (1982). "Root Metaphor Patterns". *Semiotic Inquiry* 2: 86-97.
- BENVENISTE, E. (1971). *Problems in General Linguistics*. Coral Gables: University of Miami Press.
- BETTETINI, G., CIGADA, S., RAYNAUD, S. y RIGOTTI, E. (1999) (cur.). *Semiotica I. Origini e fondamenti*. Brescia: La Scuola.
- BLACK, M. (1962). *Models and Metaphors*. Ithaca: Cornell University Press.
- BLOOMFIELD, L. (1933). *Language*. New York: Holt.
- BONFANTE, G. (1980). "Vico e la linguistica". *Bollettino del Centro di Studi Vichiani* 10: 134-138.
- BOOTH, W. (1979). "Metaphor as Rhetoric: The Problem of Evaluation". In: S. SACKS (a cargo de), *On Metaphor*, pp. 47-70. Chicago: University of Chicago Press.
- BOTTINI, G. et al. (1994). "The Role of the Right Hemisphere in the Interpretation of Figurative Aspects of Language: A Positron Emission Tomography Activation Study". *Brain* 117: 1241-1253.
- BOTTURI, F. (1996). *Tempo, linguaggio e azione. Le strutture vichiane della "Storia ideale eterna"*. Napoli: Alfredo Guida.
- BOYSSON-BARDIES, B. (1999). *How Language Comes to Children: From Birth to Two Years*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- BRAIN, R. (1974). "La neurologia del linguaggio". In: W. OLDFIELD - C. MARSHALL (a cargo de.), *Psicolinguistica*, trad. del inglés, 1974, pp. 358-385. Torino, Ed. Boringhieri.
- BRAINE, M. (1963). "The Ontogeny of English Phrase Structure: The First Phase". *Language* 39: 1-13.
- BRAINE, M. (1971). "The Acquisition of Language in Infant and Child". In: C. E. REED (a cargo de.), *The Learning of Language*, pp. 34-56. New York: Appleton-Century-Crofts.
- BRESSAN, D. (1987). "Enigmatic Devices in English-Italian Translation". *Multilingua* 6: 69-75.
- BRIGHT, W. (1992 (a cargo de)). *International Encyclopedia of Linguistics*, Vol. 2. Oxford: Oxford University Press, 1992.
- BRIOSI, S. (1985). *Il senso della metafora*. Napoli: Liguori.
- BROCA, P. (1861). "Remarques sur le siège de la faculté du langage articulé suivies d'une observation d'aphémie". *Bulletin de la Société d'Anatomie* 36: 320-357.
- BROWN, R. W. (1958). *Words and Things: An Introduction to Language*. New York: The Free Press.
- BROWN, R. W., LEITER, R. A. y HILDUM, D. C. (1957). "Metaphors from Music Criticism". *Journal of Abnormal and Social Psychology* 54: 347-352.
- BROWN, R.W. (1970). *Psycholinguistics*. New York: Free Press.
- BROWNELL, H. H. (1988). "Appreciation of Metaphoric and Connotative Word Meaning

by Brain-damaged Patients". In: C. CHIARELLO (a cargo de), *Right Hemisphere Contributions to Lexical Semantics*, pp. 19-32. New York: Academic.

- BROWNELL, H. H., POTTER, H. H. y MICHELOW, D. (1984). "Sensitivity to Lexical Denotation and Connotation in Brain-damaged Patients: A Double Dissociation?". *Brain and Language* 22: 253-265.
- BRUNER, J. (1990). *Acts of Meaning*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- BRUNER, J. S. (1983). *Child Talk*. New York: W. W. Norton.
- BÜHLER, K. (1908 [1951]). "On Thought Connection". In: D. RAPAPORT (a cargo de), *Organization and Pathology of Thought*, pp. 81-92. New York: Columbia University Press.
- BÜHLER, K. (1934). *Sprachtheorie: Die Darstellungsfunktion der Sprache*. Jena: Fischer.

## C

- CALABRESE, O., PETRILLI, S. y PONZIO, A. (1993). *La ricerca semiotica*. Bologna: Progetto Leonardo.
- CAMERON, L. - LOW, G. (1999). *Researching and Applying Metaphor*. Cambridge: Cambridge University Press.
- CANTELLI, G. (1993). "Reflections on the Vichian Thesis that the Original Language by Humanity was a Language Spoken by the Gods". *New Vico Studies* 11: 1-12.
- CAPUTO, C. (1999). "Grammatica, logica e psicologia nei 'Principes de grammaire générale' e ne 'La catégorie des cas' di Hjelmslev". In: A. QUARTA - P. PELLEGRINO (eds.), *Humanitas: Studi in onore di Antonio Verri*, vol. 1, pp. 71-90. Martina Franca: Mario Congedo Editore.
- CARROLL, S. - MEISEL, J. M. (1990). "Universals and Second Language Acquisition". *Studies in Second Language Acquisition* 12: 201-208.
- CASSIRER, E. (1944). *An Essay on Man*. New Haven: Yale University Press.
- CHIARELLO, C. (1988a). "Semantic Priming in the Intact Brain: Separate Roles for the Right and Left Hemispheres?". In: C. CHIARELLO (a cargo de), *Right Hemisphere Contributions to Lexical Semantics*, pp. 59-69. Berlin: Springer.
- CHIARELLO, C. (1988b) (a cargo de). *Right Hemisphere Contributions to Lexical Semantics*. Berlin: Springer.
- CHIARELLO, C., RICHARDS, L. y POLLACK, A. (1992). "Semantic Additivity and Semantic Inhibition: Dissociative processes in the Cerebral Hemispheres?". *Brain and Language* 42: 52-76.
- CHOMSKY, N. (1957). *Syntactic Structures*. The Hague: Mouton.
- CHOMSKY, N. (1964). "Degrees of Grammaticalness". In: J. A. FODOR - J. J. KATZ (a cargo de), *The Structure of Language*, pp. 384-389. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.
- CHOMSKY, N. (1965). *Aspects of the Theory of Syntax*. Cambridge, Mass.: MIT Press.

- CHOMSKY, N. (1966). *Cartesian Linguistics*. New York: Harper & Row.
- CHOMSKY, N. (1982). *Some Concepts and Consequences of the Theory of Government and Binding*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- CHOMSKY, N. (1986). *Knowledge of Language: Its Nature, Origin, and Use*. New York: Praeger.
- CHOMSKY, N. (1990). "Language and Mind". In: D. H. MELLOR (a cargo de), *Ways of Communicating*, pp. 56-80. Cambridge: Cambridge University Press.
- CHOMSKY, N. (1995). *The Minimalist Program*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- CHOMSKY, N. (2000). *New Horizons in the Study of Language and Mind*. Cambridge, Cambridge University Press.
- CONTE, G. (1972). *La metafora barocca: Saggio sulle poetiche del Seicento*. Milano: Mursia.
- CORNOLDI, C. - MCDANIEL, M. (1991). *Imagery and Cognition*, Berlin: Springer.
- CRAIN, S. - THORNTON, R. (1998). *Investigations in Universal Grammar: A Guide to Experiments on the Acquisition of Syntax and Semantics*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- CREMA, M. R. - DE ROBERTIS, D. (1987). *Viaggio nel linguaggio figurato*. Roma: Bulzoni.
- CROFT, W. (1991). *Syntactic Categories and Grammatical Relations*. Chicago: University of Chicago Press.
- CRYSTAL, D. (1987). *The Cambridge Encyclopedia of Language*. Cambridge, Cambridge University Press.
- CULICOVER, P. W. (1997). *Principles and Parameters: An Introduction to Syntactic Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.

## D

- DANESI, M. (1989). "The Neurological Coordinates of Metaphor". *Communication & Cognition* 22: 73-86.
- DANESI, M. (1989a). "Vico and Chomsky: On the Nature of Creativity in Language". *New Vico Studies* 7: 28-42.
- DANESI, M. (1989b). "The Role of Metaphor in Cognition". *Semiotica* 77: 521-531.
- DANESI, M. (1989c). "The Neurological Coordinates of Metaphor". *Communication & Cognition* 22: 73-86.
- DANESI, M. (1990). "Thinking is Seeing: Visual Metaphors and the Nature of Abstract Thought". *Semiotica* 80: 221-237.
- DANESI, M. (1993). *Vico, Metaphor, and the Origin of Language*. Bloomington: Indiana University Press.
- DANESI, M. (1995). *Giambattista Vico and the Cognitive Science Enterprise*. New York: Peter Lang.
- DANESI, M. (1998). *Sign, Thought, and Culture: A Basic Course in Semiotics*. Toronto: Canadian Scholars' Press.
- DANESI, M. (2000). *Semiotics in Language Education*. Berlin: Mouton de Gruyter.

- DANESI, M. (2001). *Lingua, metafora, concetto: Vico e la linguistica cognitiva*. Bari: Edizioni dal Sud.
- DANESI, M. - SANTERAMO, D. (1995). *Deictic Verbal Constructions*. Urbino: Centro Internazionale di Semiotica e di Linguistica.
- DE MAURO, T. (1980). *Idee e ricerche nella cultura italiana*. Bologna: Il Mulino.
- DEANE, P. (1992). *Grammar in Mind and Brain: Explorations in Cognitive Syntax*. Berlin: Mouton de Gruyter.
- DI CESARE, D. (1988). "Sul concetto di metafora in Giambattista Vico". In: L. FORMIGARI - F. LO PIPARO (a cargo de), *Prospettive di storia della linguistica*, pp. 213-224. Roma: Edizioni Riuniti.
- DI CESARE, D. (1993). "Parola, *lógos*, *dabar*: linguaggio e verità della filosofia di Vico". *Bollettino del Centro di Studi Vichiani* 22-23: 251-287.
- DI CESARE, D. (1995a). "Verum, Factum, and Language". *New Vico Studies* 13: 1-13.
- DI CESARE, D. (1995b). "Dal tropo retorico all'universale fantastico". In: J. TRABANT (a cargo de), *Vico und die Zeichen*, pp. 81-92. Tübingen: Gunter Narr.
- DIRVEN, R. - VERSPOOR, M. (1998). *Cognitive Exploration of Language and Linguistics*. Amsterdam: John Benjamins.
- DUNDES, A. (1972). "Seeing is Believing". *Natural History* 81: 9-12.

## E

- EBBINGHAUS, H. (1913). *Memory*. New York: Teachers College Press.
- EKMAN, P. - FRIESEN, W. (1969). "The Repertoire of Nonverbal Behavior: Categories, Origins, Usage, and Coding". *Semiotica* 1: 49-98.
- EPSTEIN, S. D. - HORNSTEIN, N. (2000) (a cargo de). *Working Minimalism*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- ERVIN TRIPP, S. M. - SLOBIN, D. I. (1966). "Psycholinguistics". *Annual Review of Psychology* 17: 435.

## F

- FASS, D. (1997). *Processing Metonymy and Metaphor*. Greenwich, Conn.: Ablex Publishing.
- FAUCONNIER, G. (1985). *Mental Spaces*. Cambridge: Cambridge University Press.
- FAUCONNIER, G. (1997). *Mappings in Thought and Language*. Cambridge: Cambridge University Press.
- FAUCONNIER, G. - TURNER, M. (2002). *The Way We Think: Conceptual Blending and the Mind's Hidden Complexities*. New York: Basic.
- FAUCONNIER, G. - SWEETSER, E. (1996) (a cargo de). *Spaces, Worlds, and Grammar*. Chicago: University of Chicago Press.
- FAUST, M., KRAVITZ, S. y BABKOFF, H. (1993a). "Hemisphericity and Top-Down Processing of Language". *Brain and Language* 44: 1-18.
- FIRTH, J. R. (1957). *Papers in Linguistics: 1934-1951*. Oxford: Oxford University Press.

- FIUMARA, G. (1995). *The Metaphoric Process: Connections between Language and Life*. London: Routledge.
- FOLDI, N. S., CICONE, M. y GARDNER, H. (1983). "Pragmatic Aspects of Communication in Brain-Damaged Patients". In: S. SEGALOWITZ (a cargo de), *Language Functions and Brain Organization*, pp. 51-86. New York: Academic.
- FONZI, A. - NEGRO SANCIPRIANO, E. (1975). *La magia delle parole: Alla riscoperta della metafora*. Torino: Einaudi.
- FRYE, N. (1981). *The Great Code: The Bible and Literature*. Toronto: Academic Press.

## G

- GARDNER, B. T. - GARDNER, R. A. (1975). "Evidence for Sentence Constituents in the Early Utterances of Child and Chimpanzee". *Journal of Experimental Psychology* 104: 244-262.
- GARDNER, H. (1982). *Art, Mind, and Brain: A Cognitive Approach to Creativity*. New York: Basic.
- GARDNER, R. A. - GARDNER, B. T. (1969). "Teaching Sign Language to Chimpanzee". *Science* 165: 664-672.
- GARMAN, M. (1990). *Psycholinguistics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GAZZANIGA, M. S. (1973). *Fundamentals of Psychology*. New York: Academic.
- GAZZANIGA, M. S. (1989). *Il cervello sociale*, trad. del inglés. Firenze: Giunti Barbera [ed. orig. 1985].
- GESCHWIND, N. - GALABURDA, A. (1987). *Cerebral Lateralization: Biological Mechanisms, Associations, and Pathology*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- GIANNINI, S. (1996). *Percorsi metalinguistici: Giluano Toledo e la teoria della grammatica*. Pavia: Franco Angeli.
- GIBBS, R. W. (1994). *The Poetics of Mind: Figurative Thought, Language, and Understanding*. Cambridge: Cambridge University Press
- GOATLEY, A. (1997). *The Language of Metaphors*. London: Routledge.
- GÖDEL, K. (1931). "Über formal unentscheidbare Sätze der Principia Mathematica und verwandter Systeme", I. *Monatshefte für Mathematik und Physik* 38: 173-189.
- GOLDBERG, E. - COSTA, L. D. (1981). "Hemispheric Differences in the Acquisition of Descriptive Systems". *Brain and Language* 14: 144-173.
- GOOSSENS, L. et al. (1995). *By Word of Mouth: Metaphor, Metonymy and Linguistic Action in a Cognitive Perspective*. Berlin: Mouton de Gruyter.
- GRASSI, E. (1992-1993), "Vico e Ovidio: il problema della preminenza della metafora". *Bollettino del Centro di Studi Vichiani* 22-23: 171-183.
- GRICE, H. P. (1975). "Logic and Conversation". In: P. COLE - J. MORGAN (a cargo de), *Syntax and Semantics*, vol. 3, pp. 41-58. New York: Academic.
- GUMPERZ, J. J. E LEVINSON, S. C. (1996) (a cargo de). *Rethinking Linguistic Relativity*. Cambridge: Cambridge University Press.

- GUYTON, A. C. (1991). *Neuroscienze: Basi di neuroanatomia e neurofisiologia*. Padova: Piccin Nuova Libreria [ed. orig. 1987].

## H

- HALLIDAY, M. A. K. (1973). *Explorations in the Functions of Language*. London: Edward Arnold.
- HALLIDAY, M. A. K. (1975). *Learning How to Mean: Explorations in the Development of Language*. London: Edward Arnold.
- HARRÉ, R. (1981). *Great Scientific Experiments*. Oxford: Phaidon Press.
- HASKELL, R. E. (1993). "Vico and Jaynes: Neurocultural and Cognitive Operations in the Origin of Consciousness". *New Vico Studies* 11: 24-52.
- HAUSMAN, C. R. (1989). *Metaphor and Art*. Cambridge: Cambridge U. P.
- HENRY, A. R. (1993). *Second Language Rhetorics in Process: A Comparison of Arabic, Chinese, and Spanish*. New York: Peter Lang.
- HIER, D. B. - KAPLAN, J. (1980). "Verbal Comprehension Deficits after Right Hemisphere Damage". *Applied Psycholinguistics* 1: 270-294.
- HJELMSLEV, L. (1963). *Prolegomena to a Theory of Language*. Madison: University of Wisconsin Press.
- HONECK, R. P. - HOFFMAN, R. (1980) (a cargo de). *Cognition and Figurative Language*. Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum.
- HUMBOLDT, W. VON (1988 [1836]). *On Language: The Diversity of Human Language-Structure and Its Influence on the Mental Development of Mankind*, P. Heath (trad.). Cambridge: Cambridge U.P.
- HYMES, D. (1972). "On Communicative Competence". In: J. B. PRIDE - J. HOLMES, *Sociolinguistics: Selected Readings*, pp. 269-293. Harmondsworth: Penguin.

## I

- INDURKHYA, B. (1992). *Metaphor and Cognition*. Dordrecht: Kluwer.

## J

- JAKOBSON, R. (1942). *Kindersprache, Aphasie und allgemeine Lautgesetze*. Uppsala: Almqvist and Wiksell.
- JAKOBSON, R. (1963 [1957]). *Essais de linguistique générale*. Paris: Editions de Minuit.
- JAKOBSON, R. (1966). *Saggi di linguistica generale*, trad. del francés. Milano: Feltrinelli [ed. orig. 1963].
- JAKOBSON, R. (1971). *Il farsi e il disfarsi del linguaggio, linguaggio infantile e afasia*, trad. del alemán. Torino: Einaudi [ed. orig. 1942].
- JOANETTE, Y. - GOULET, P. (1988). "Word Naming in Right-Brain Damaged Patients". In: C. CHIARELLO (a cargo de), *Right Hemisphere Contributions to Lexical Semantics*, pp. 1-18. Berlin: Springer Verlag.

- JOHNSON, J. S. - NEWPORT, E. L. (1991). "Critical Period Effects on Universal Properties of Language: The Status of Subjacency in the Acquisition of a Second Language". *Cognition* 39: 215-258.
- JOHNSON, M. (1987). *The Body in the Mind: The Bodily Basis of Meaning, Imagination and Reason*. Chicago: University of Chicago Press.
- JONES, R. (1982). *Physics as Metaphor*. New York: New American Library.

## K

- KÖVECSES, Z. (1986). *Metaphors of Anger, Pride, and Love: A Lexical Approach to the Structure of Concepts*. Amsterdam: Benjamins.
- KÖVECSES, Z. (1988). *The Language of Love: The Semantics of Passion in Conversational English*. London: Associated University Presses.
- KÖVECSES, Z. (1990). *Emotion Concepts*. New York: Springer.

## L

- LAKOFF, G. (1987). *Women, Fire, and Dangerous Things: What Categories Reveal about the Mind*. Chicago: University of Chicago Press.
- LAKOFF, G. - JOHNSON, M. (1980). *Metaphors We Live By*. Chicago: University of Chicago Press.
- LAKOFF, G. - JOHNSON, M. (1999). *Philosophy in the Flesh: The Embodied Mind and Its Challenge to Western Thought*. New York: Basic.
- LAKOFF, G. - TURNER, M. (1989). *More than Cool Reason: A Field Guide to Poetic Metaphor*. Chicago: University of Chicago Press.
- LANGACKER, R. W. (1987). *Foundations of Cognitive Grammar*. Stanford: Stanford University Press.
- LANGACKER, R. W. (1990). *Concept, Image, and Symbol: The Cognitive Basis of Grammar*. Berlin: Mouton de Gruyter.
- LANGACKER, R. W. (1999). *Grammar and Conceptualization*. Berlin: Mouton de Gruyter.
- LANGER, S. (1948). *Philosophy in a New Key*. Cambridge: Harvard University Press.
- LASHLEY, K. S. (1929). *Brain Mechanisms and Intelligence*. Chicago: University of Chicago Press.
- LAURETANO, B. (1989). "La metáfora in Vico". *Progresso del Mezzogiorno* 13: 105-123.
- LEECH, G. (1981). *Semantics: The Study of Meaning*. Harmondsworth: Penguin.
- LEEZENBERG, M. (1995). "Giambattista Vico: Metaphor and the Origin of Language". In: *Contexts of Metaphor: Semantic and Conceptual Aspects of Figurative Language*, pp. 53-60. Amsterdam: Institute for Language, Logic and Computation.
- LEEZENBERG, M. (2001). *Contexts of Metaphor*. Amsterdam: Elsevier.
- LENNEBERG, E. (1967). *The Biological Foundations of Language*. New York: John Wiley and Sons
- LEONT'EV, A. A. (1968). *Teoria dell'attività verbale. La psicolinguistica in Urss*,

trad. del ruso. Bari: Laterza.

- LEVIN, S. R. (1977). *The Semantics of Metaphor*. Baltimore: Johns Hopkins Press.
- LEVIN, S. R. (1988). *Metaphoric Worlds*. New Haven: Yale University Press.
- LEVY, J., TREVARTHEN, C. y SPERRY, R. W. (1972). "Perception of Bilateral Chimeric Figures following Hemispheric Disconnection". *Brain* 95: 61-78.
- LIEBECK, P. (1984). *How Children Learn Mathematics*. Harmondsworth: Penguin.
- LUCY, J. A. (1992). *Language Diversity and Thought: A Reformulation of the Linguistic Relativity Hypothesis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- LURIJA, A. R. (1947). *Traumatic Aphasia*. The Hague: Mouton.
- LURIJA, A. R. (1974a). "Basic Problems of Neurolinguistics". In: T. A. SEBEOK (a cargo de), *Current Trends in Linguistics*, vol. 12, pp. 2516-2594. The Hague: Mouton.
- LURIJA, A. R. (1974b). "Language and Brain: Towards the Basic Problems of Neurolinguistics". *Brain and Language* 1: 1-14.
- LURIJA, A. R. (1974c). *Neuropsicologia e neurolinguistica*, trad. del ruso. Roma: Editori Riuniti [ed. orig. 1968].
- LURIJA, A. R. (1978). *Problemi fondamentali di neurolinguistica*, trad. del ruso. Roma: Armando [ed. orig. 1975].

## M

- MACLAURY, R. E. (1997). *Color and Cognition in Mesoamerica: Constructing Categories as Vantages*. Austin: University of Austin Press.
- MALINOWSKI, B. (1923). "The Problem of Meaning in Primitive Languages". In *The Meaning of Meaning*, a cargo de C. K. OGDEN - I. A. RICHARDS, pp. 221-285. Oxford: Oxford University Press.
- MARCHESE, A. (1992). *Dizionario di retorica e di stilistica*. Milano: Mondadori.
- MARIN, J. A. (1999). "Il contenuto della forma filosofica: Dall'interpretazione della metáfora alla metáfora dell'interpretazione". In: F. RATTO - G. PATELLA (a cargo de), *Simbolo, metáfora e linguaggio nella elaborazione filosofico-scientifica e giuridico-politica*, pp. 235-246. Acquaviva Picena: Edizioni Sestante.
- MARTÍN, F. J. (1999). *La tradición velada: Ortega y el pensamiento humanista*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- MCNEILL, D. (1992). *Hand and Mind: What Gestures Reveal about Thought*. Chicago: University of Chicago Press.
- MILLER, G. A. (1951). *Language and Communication*. New York: McGraw-Hill.
- MILLER, G. A. (1956). "The Magical Number Seven Plus or Minus Two: Some Limits to Our Capacity for Processing Information". *Psychological Review* 6: 81-97.
- MILLER, G. A. (1978) (a cargo de). *Psychology and Biology of Language and Thought. Essays in Honor of Eric Lenneberg.*, New York: Academic.
- MITCHELL, M. (1993). *Analogy-Making as Perception: A Computer Model*.

- Cambridge, Mass.: MIT Press.
- MODICA, G. (1988). "Sulla fondazione del linguaggio in Giambattista Vico". In: L. FORMIGARI - F. LO PIPARO (a cargo de), *Prospettive di storia della linguistica*, pp. 175-190. Roma: Edizioni Riuniti.
- MORRIS, C. W. (1938). *Foundations of the Theory of Signs*. Chicago: University of Chicago Press.
- MOUNIN, G. (1974). *Storia della linguistica dalle origini al ventesimo secolo*, trad. dal francese. Milano: Feltrinelli [ed. orig. 1972].

## N

- NAVARINI, C. (1994). "Filogenesi e ontogenesi del linguaggio. L'umanità contesa dei 'bambini selvaggi'". *L'Analisi Linguistica e Letteraria* 2: 221-252.
- NAVARINI, C. (1995). "Vico, la metafora e l'origine del linguaggio". *L'Analisi Linguistica e Letteraria* 3: 285-289
- NUESSEL, F. (1992). "Metafora e cognizione: una rassegna critica". In: M. A. PINTO - M. DANESI (a cargo de), *La metafora fra processi cognitivi e processi comunicativi*, pp. 37-52. Roma: Bulzoni.
- NUYTS, J. (2001). *Epistemic Modality, Language, and Conceptualization: A Cognitive-Pragmatic Perspective*. Amsterdam: John Benjamins.
- NUYTS, J. - PEDERSON, E. (a cargo de) (1997). *Language and Conceptualization*. Cambridge: Cambridge University Press.

## O

- ONG, W. J. (1977). *Interfaces of the Word: Studies in the Evolution of Consciousness and Culture*. Ithaca: Cornell University Press.
- ORTONY, A. (1979) (a cargo de). *Metaphor and Thought*. Cambridge: Cambridge University Press.
- OSGOOD, C. E. - SEBOK, T. A. (1954) (a cargo de). *Psycholinguistics: A Survey of Theory and Research Problems*. Baltimore: Waverly Press.
- OSGOOD, C. E. - SUCI, G. E. (1953). "Factor Analysis of Meaning". *Journal of Experimental Psychology* 49: 325-328.
- OTTO, S. (1994). "Semiótica y metafísica. El subtexto transcendental de los textos signícos de Vico". *Cuadernos sobre Vico* 4: 39-51.

## P

- PAGLIARO, A. (1950). *Filosofia del linguaggio. La dottrina linguistica di G. B. Vico come chiave ermeneutica della storia del mondo*. Roma: Edizioni dell'Ateneo.
- PAGLIARO, A. (1971). *Altri saggi di critica semantica*. Messina-Firenze: G. D'Anna.
- PAIVIO, A. (1979). "Psychological Processes in the Comprehension of Metaphor". In: A. ORTONY (a cargo de), *Metaphor and Thought*, pp. 150-171. Cambridge: Cambridge University Press.

- PAVLOV, I. (1902). *The Work of Digestive Glands*. London: Griffin.
- PEIRCE, C. S. (1931-58). *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, vols. 1-8, Charles Hartshorne & Paul Weiss (a cargo de). Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- PENNISI, A. (1987). *La linguistica dei mercatanti. Filosofia linguistica e filosofia civile da Vico a Cuoco*. Napoli: Guida.
- PENNISI, A. (1988). "Calcolo verso Ingenium in Giambattista Vico: per una filosofia politica della lingua". In: L. FORMIGARI - F. LO PIPARO (a cargo de), *Prospettive di storia della linguistica*, pp. 191-207. Roma: Edizioni Riuniti.
- PETRILLI, S. (1995a). *Materia segna e interpretazione. Figure e prospettive*. Lecce: Milella.
- PETRILLI, S. (1995b). *Che cosa significa significare? Itinerari nello studio dei segni*. Bari: Edizioni dal Sud.
- PIAGET, J. (1923). *Le langage et la pensée chez l'enfant*. Neuchâtel: Delachaux et Niestlé.
- PIAGET, J. (1936). *L'intelligence avant le langage*. Paris: Flammarion.
- PIAGET, J. (1945). *La formation du symbole chez l'enfant*. Neuchâtel: Delachaux et Niestlé.
- PIAGET, J. (1955). *The Language and Thought of the Child*. Cleveland: Meredian.
- PIAGET, J. - INHELDER, J. (1969). *The Psychology of the Child*. New York: Basic Books.
- PINKER, S. (1990). "Language Acquisition". In: D. N. OSHERSON - H. LASNIK (a cargo de), *Language: An Invitation to Cognitive Science*, pp. 191-241. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- PINKER, S. (1994). *The Language Instinct: How the Mind Creates Language*. New York: William Morrow.
- PINKER, S. (1997). *How the Mind Works*. New York: Norton.
- PINTO, M. A. - DANESI, M. (1992) (a cargo de). *La metafora fra processi cognitivi e processi comunicativi*. Roma: Bulzoni.
- PLEBE, A. (1999). "La scienza cognitiva ha soppiantato la gnoseologia?". In: A. QUARTA - P. PELLEGRINO (a cargo de), *Humanitas. Studi in onore di Antonio Verri*, vol. 2, pp. 227-237. Martina Franca: Mario Congedo Editore.
- POLLIO, H., BARLOW, J., FINE, H., y POLLIO, M. (1977). *The Poetics of Growth: Figurative Language in Psychology, Psychotherapy, and Education*. Hillsdale, N. J.: Lawrence Erlbaum Associates.
- PONZIO, A. (1970). *Linguaggio e relazioni sociali*. Bari: Adriatica.
- PONZIO, A. (1974). *Filosofia del linguaggio e prassi sociale*. Lecce: Milella.
- PONZIO, A. (1985). *Filosofia del linguaggio*. Bari: Adriatica.
- PONZIO, A. (1988). "Il contributo di Giovanni Vailati alla filosofia del linguaggio". In: L. FORMIGARI - F. LO PIPARO (a cargo de), *Prospettive di storia della linguistica*, pp. 495-506. Roma: Edizioni Riuniti.
- PONZIO, A. (1991). *Dialogo e narrazione*. Lecce: Milella.

- PONZIO, A., CALEFATO, P. y PETRILLI, S. (1994). *Fondamenti di filosofia del linguaggio*. Bari: Laterza.
- POPPER, K. (1976). *The Unending Quest*. Glasgow: Harper Collins.
- PREMACK, A. (1976). *Why Chimps Can Read*. New York: Harper and Row.

## R

- RATTO, F. - PATELLA, G. (1998) (a cargo de). *Simbolo, metafora e linguaggio nella elaborazione filosofico-scientifica e giuridico-politica*. Acquaviva Picena: Edizioni Sestante.
- RICHARDS, I. A. (1936). *The Philosophy of Rhetoric*. Oxford: Oxford University Press.
- RICHARDSON, J. T. E. (1991). "Imagery and the Brain". In: C. CORNOLDI - M. A. MCDANIEL (a cargo de), *Imagery and Cognition*, pp. 1-31. New York: Springer.
- RIGOBELLO, A. (1991). "Metafora e testimonianza: categorie per una rilettura di Vico". In: A. VERRI (a cargo de), *Vico e il pensiero contemporaneo*, pp. 178-189. Lecce: Milella.
- ROSCH E. (1973). "On the Internal Structure of Perceptual and Semantic Categories". In: T. E. MOORE (a cargo de), *Cognitive Development and Acquisition of Language*, pp. 111-144. New York: Academic.
- ROSS, E. D. - MESULAM, M. M. (1979). "Dominant Language Functions of the Right Hemisphere: Prosody and Emotional Gesturing". *Archives of Neurology* 36: 144-148.
- RUMELHART, D. E. - MCCLELLAND, J. L. (1986) (a cargo de). *Parallel Distributed Processing*. Cambridge, Mass.: MIT Press.

## S

- SAMPSON, G. (1997). *Educating Eve: The 'Language Instinct' Debate*. London: Cassell.
- SAPIR, E. (1921). *Language*. New York: Harcourt, Brace, and World.
- SAUSSURE, F. DE (1916). *Cours de linguistique générale*. Paris: Payot.
- SCHOET, H. (1988). *Linguistics, Literary Analysis, and Literary Translation*. Toronto: University of Toronto Press.
- SEARLE, J. R. (1969). *Speech Acts: An Essay in the Philosophy of Language*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SEBEOK, T. A. - DANESI, M. (2000). *The Forms of Meaning: Modeling Systems Theory and Semiotics*. Berlin: Mouton de Gruyter.
- SEMMES, J. (1978). "Specializzazione emisferica: una possibile indicazione del meccanismo". In: F. DENES - C. UMILTÀ (a cargo de), *I due cervelli. Neuropsicologia dei processi cognitivi*, pp. 331-350. Bologna: Il Mulino.
- SEVILLA, J. M. (1993). "Universales poéticos, fantasía y racionalidad". *Cuadernos sobre Vico* 3: 67-114.

- SEVILLA, J. M. (2000). "El filósofo es un *decidor*. En torno al decir metafórico y el pensar etimológico de Ortega y Gasset (y su genealogía viquiana)". In: J.M. SEVILLA - M. BARRIOS CASARES (eds.), *Metáfora y discurso filosófico*, 109-166. Madrid: Tecnos.
- SHANNON, C. E. (1948). "A Mathematical Theory of Communication". *Bell Systems Technical Journal* 27: 379-423.
- SINGLETON, D. (1989). *Language Acquisition: The Age Factor*. Clevedon: Multilingual Matters.
- SKINNER, B. F. (1957). *Verbal Behavior*. New York: Appleton-Century-Crofts.
- SPERRY, R.W. (1968). "Hemisphere Disconnection and Unity in Conscious Awareness". *American Psychologist* 23: 723-733.
- SPERRY, R. W. (1973). "Lateral Specialization of Cerebral Function in the Surgically Separated Hemisphere". In: P. J. VINKEN - G. W. BRUYN (a cargo de), *The Psychophysiology of Thinking*, pp. 273-289. Amsterdam: North Holland.
- SPRINGER, S. P. - DEUTSCH, G. (1993). *Left Brain, Right Brain*. New York: W. H. Freeman.
- STACHOWIAK, F., HUBER, W., POECK, K., y KERSCHENSTEINER, M. (1977). "Text Comprehension in Aphasia". *Brain and Language* 4: 177-195.
- SWADESH, M. (1971). *The Origins and Diversification of Language*. Chicago: Aldine-Atherton.
- SWEETSER, E. (1990). *From Etymology to Pragmatics: The Mind-as-Body Metaphor in Semantic Structure and Semantic Change*. Cambridge: Cambridge University Press.

## T

- TAYLOR, J. R. (1995). *Linguistic Categorization: Prototypes in Linguistic Theory*. Oxford: Oxford University Press.
- TILLEY, C. (1999). *Metaphor and Material Culture*. London: Blackwell.
- TRABANT, J. (1996). *La scienza nuova dei segni antichi: La sematologia di Vico*. Bari: Laterza.

## V

- VIBERG, A. (1983). "The Verbs of Perception: A Typological Study". *Linguistics* 21: 123-162.
- VICO, G. B. (1708). *De nostri temporis studiorum ratione*, a cargo de F. Nicolini. Milano-Napoli: Riccardo Ricciardi. [Hay trad. esp. a cargo de F.J. Navarro Gómez (2002): *Del método de estudios de nuestro tiempo*. In: G. VICO, *Obras. Oraciones inaugurales & La antiquísima sabiduría de los italianos*, 73-126. Barcelona: Anthropos].
- VICO, G. B. (1963). *La scienza nuova, secondo l'edizione del 1744*, a cargo de P. Rossi. Milano: Rizzoli. [Hay trad. esp. a cargo de R. de la Villa (1995): G. VICO, *Ciencia nueva*. Madrid: Tecnos].

## Metáfora, pensamiento y lenguaje

- VICO, G. B. (2002). *Obras. Oraciones inaugurales & La antiquísima sabiduría de los italianos*, ed., trad. del latín y n. de Francisco J. Navarro Gómez, Pres. de E. Hidalgo-Serna, Introd. de J.M. Sevilla. Barcelona: Anthropos.
- VILLALOBOS, J. (1999). "Povera e nuda vai, filosofia". In: F. RAITO - G. PATELLA (a cargo de), *Simbolo, metafora e linguaggio nella elaborazione filosofico-scientifica e giuridico-politica*, pp. 19-30. Acquaviva Picena: Edizioni Sestante.
- VYGOTSKIJ, L. S. (1931). *Storia dello sviluppo delle funzioni psichiche superiori*. Firenze: Giunti-Barbèra.
- VYGOTSKIJ, L. S. (1962). *Thought and Language*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- VYGOTSKIJ, L. S. (1978). *Mind in Society*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

## W

- WERNICKE, C. (1874). *Der aphasische Symptomkomplex*. Breslau: Cohn & Weigart.
- WHORF, B. L. (1956). *Language, Thought, and Reality*, J. B. CARROLL (a cargo de). Cambridge, Mass.: MIT Press.
- WINNER, E. (1982). *Invented Worlds: The Psychology of the Arts*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- WINNER, E. - GARDNER, H. (1977). "The Comprehension of Metaphor in Brain-Damaged Patients". *Brain* 100: 717-729.
- WITTGENSTEIN, L. (1921). *Tractatus Logico-Philosophicus*. London: Routledge and Kegan Paul.
- WITTGENSTEIN, L. (1953). *Philosophical Investigations*. New York: Macmillan.
- WOHLFART, G. (1981). "Vico e il carattere poetico del linguaggio". *Bollettino del Centro di Studi Vichiani* 11: 58-95.

## Y

- YU, N. (1998). *The Contemporary Theory of Metaphor: A Perspective from Chinese*. Amsterdam: John Benjamins.

## Colección Mínima del CIV

Dirigida por José M. Sevilla

Editorial Kronos (Sevilla)

Volúmenes editados en la colección:

MIGUEL PASTOR PÉREZ, *Fragmentos de filosofía civil. (Ensayos y estudios bibliográficos)*. 2002. Págs. 114. I.S.B.N.: 84-86273-41-2.

MARÍA DEL ÁGUILA SOLA DÍAZ, *La idea de lo trascendental en Heidegger*. 2002. Págs. 126. I.S.B.N.: 84-86273-61-7.

JOSÉ M. SEVILLA, *Tramos de Filosofía*. 2002. Págs. 119. I.S.B.N.: 84-86273-62-5.

PABLO BADILLO O'FARRELL, *De repúblicas y libertades*. 2003. Págs. 102. I.S.B.N.: 84-86273-69-2.

P. BADILLO O'FARRELL, J. M. SEVILLA, J. VILLALOBOS (Eds.), *Simulación y disimulación. Aspectos constitutivos del pensamiento europeo*. 2003. Págs. 120. I.S.B.N.: 84-86273-78-1.

MARCEL DANESI, *Metáfora, pensamiento y lenguaje*. 2004. Págs. 118.

JOSÉ M. PANEA, *Arthur Schopenhauer: Del dolor de la existencia al cansancio de vivir*. 2004. Págs. 100.

## COLECCIONES MÍNIMA DEL CIV y NUEVA MÍNIMA DEL CIV

Edición digital autorizada para el Centro de Investigaciones sobre Vico (<http://www.us.es/civico>).

Esta versión digital se provee únicamente para fines académicos y educativos, restringidos a consulta y lectura. Al amparo de la Ley y por derecho del autor, esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada o transmitida por ningún medio, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético, electro-óptico, o de cualquier otro tipo. Cualquier reproducción (fotocopias, reproducción electrónica, etc.; incluyendo la reedición impresa y/o en libro, revista, etc., en soporte electrónico, CD, o cualquier otro medio) destinada a otros fines distintos de los indicados (o sea, consulta y lectura) deberá obtener por escrito el permiso correspondiente del autor o del titular del © o en su defecto del director de la colección.

Edición digital preparada por J.M. Sevilla, reproducción de la edición original en papel: MARCEL DANESI, *Metáfora, pensamiento y lenguaje. Una perspectiva viquiana de teorización sobre la metáfora como elemento de interconexión*, trad. y pres. de José M. Sevilla, Ed. Kronos (Col. Mínima del CIV), Sevilla, 2004 (ISBN 84-86273-94-3).

Todos los derechos reservados.

© del autor: Marcel Danesi, 2002, 2005. e-mail: [marcel.danesi@utoronto.ca](mailto:marcel.danesi@utoronto.ca)

© de la traducción española: José M. Sevilla Fernández, 2004, 2005. e-mail: [sevilla@us.es](mailto:sevilla@us.es)

© de esta edición-e Centro de Investigaciones sobre Vico, 2005.  
e-mail: [sevilla@us.es](mailto:sevilla@us.es) [mpastor@us.es](mailto:mpastor@us.es)”.